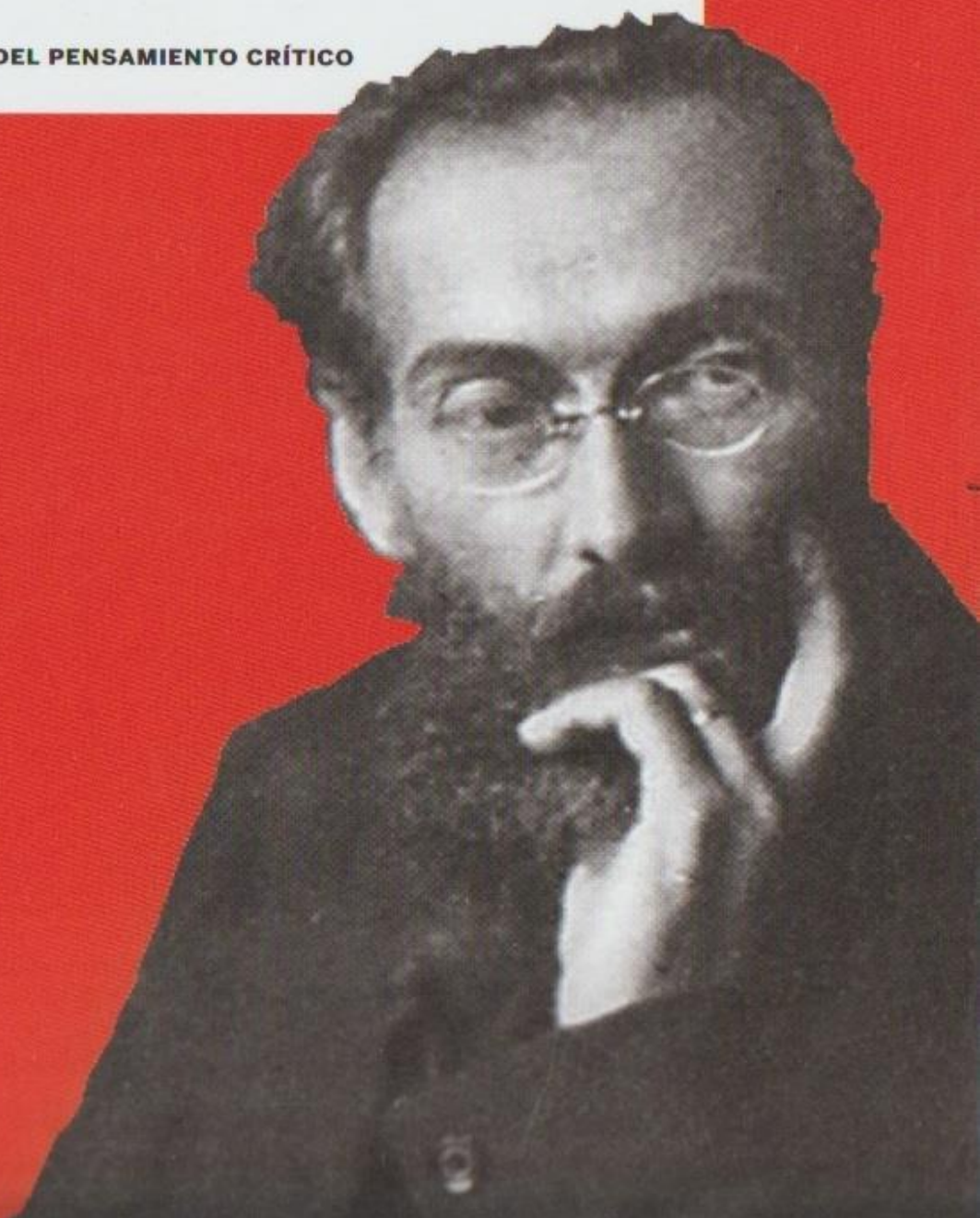
ANTOLOGÍA

GUSTAV LANDAUER

ANARCOSOCIALISMO Y MÍSTICA COMUNITARIA

EDICIÓN DE
CARLOS TAIBO

CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO CRÍTICO



CATARATA

Gustav Landauer

Anarcosocialismo y mística comunitaria

Edición de Carlos Taibo

CATARATA

COLECCIÓN CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO CRÍTICO
FUNDADOR: FRANCISCO FERNÁNDEZ BUEY (1943-2012)
DIRECTORES: JORGE RIECHMANN Y CÉSAR DE VICENTE HERNANDO (1964-2022)

LOS TÍTULOS QUE INTEGRAN ESTA COLECCIÓN TIENEN UNA ORIENTACIÓN FUNDAMENTALMENTE PEDAGÓGICA. SU OBJETIVO ES ACERCAR AL LECTOR ACTUAL LA OBRA Y EL PENSAMIENTO DE AQUELLOS AUTORES Y AUTORAS QUE HAN DESTACADO EN LA ELABORACIÓN DE UN PENSAMIENTO CRÍTICO A LO LARGO DE LA HISTORIA. ENSEÑAR QUÉ DIMENSIÓN HISTÓRICA TUVIERON Y QUÉ DIMENSIÓN POLÍTICA, SOCIAL Y CULTURAL TIENEN; ENSEÑAR CÓMO SE LEYERON Y CÓMO SE LEEN HOY.

TRADUCCIONES DE CARLOS TAIBO, GIUSEPPE MAIO, PEDRO SCARON
Y DIEGO ABAD DE SANTILLÁN

© DE LA INTRODUCCIÓN, CARLOS TAIBO, 2023

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2023
FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 05 04
WWW.CATARATA.ORG

ANARCOSOCIALISMO Y MÍSTICA COMUNITARIA

ISBN: 978-84-1352-829-8
DEPÓSITO LEGAL: M-29.273-2023
THEMA: DNT/JPFB/JPFC

IMPRESO POR ARTES GRÁFICAS COYVE

ESTOS MATERIALES HAN SIDO EDITADOS PARA SER DISTRIBUIDOS. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEAN UTILIZADOS LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGAN CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

creative commons

ESTA LICENCIA PERMITE COPIAR, DISTRIBUIR, EXHIBIR E INTERPRETAR ESTE TEXTO, SIEMPRE Y CUANDO SE CUMPLAN LAS SIGUIENTES CONDICIONES:

AUTORÍA-ATRIBUCIÓN: SE DEBERÁ RESPETAR LA AUTORÍA DEL TEXTO. SIEMPRE HABRÁ DE CONSTAR EL NOMBRE DEL AUTOR.

NO COMERCIAL: NO SE PUEDE UTILIZAR ESTE TRABAJO CON FINES COMERCIALES.

NO DERIVADOS: NO SE PUEDE ALTERAR, TRANSFORMAR, MODIFICAR O RECONSTRUIR ESTE TEXTO.

LOS TÉRMINOS DE ESTA LICENCIA DEBERÁN CONSTAR DE UNA MANERA CLARA PARA CUALQUIER USO O DISTRIBUCIÓN DEL TEXTO. ESTAS CONDICIONES SOLO SE PODRÁN ALTERAR CON EL PERMISO EXPRESO DEL AUTOR. ESTE LIBRO TIENE UNA LICENCIA CREATIVE COMMONS ATTRIBUTION-NODERIVS-NONCOMMERCIAL. PARA CONSULTAR LAS CONDICIONES DE ESTA LICENCIA SE PUEDE VISITAR: HTTPS://CREATIVECOMMONS.ORG/LICENSES/BY-NC-ND/4.0/ O ENVIAR UNA CARTA.

ÍNDICE

Introducción. Un anarcosocialista místico,
por Carlos Taibo 9
Gustav Landauer y su tiempo 35
Nota sobre la selección y la traducción de los textos 40

Siete textos inéditos en castellano 43
Primer folleto. ¿Qué quiere la Alianza Socialista? 43
Segundo folleto. ¿Por dónde debemos empezar? 47
Políticos débiles, pueblo aún más débil 55
El 'consejo' obrero libre 58
Carta a Max Nettlau 62
México 64
Actas del Consejo Nacional Provisional del Estado Popular de Baviera en los años 1918/1919 70
Fragmentos de obras 85

Bibliografía seleccionada 119

INTRODUCCIÓN

UN ANARCOSOCIALISTA MÍSTICO

CARLOS TAIBO

Gianfranco Ragona ha descrito a Gustav Landauer como un intelectual de frontera, que

> citaba a Proudhon o a Goethe con igual pasión; a Kropotkin o a Shakespeare con la misma perspectiva ideal; al judío Jesús y al hereje Jan Hus con la misma nostalgia: todos habían consagrado sus vidas al objetivo de resucitar el espíritu de la revuelta, de la renovación y del renacimiento, y con ellos se sentía íntimamente hermanado[1].

Por su parte, en uno de sus trabajos, Michael Löwy prefirió subrayar el difícil encaje de la figura de Landauer, quien resultó ser demasiado místico para los anarquistas ateos, demasiado romántico para los socialistas hechizados por la ciencia y el progreso, demasiado judío para los *asimilacionistas* y demasiado asimilado, en cambio, para los sionistas[2]. No han faltado, por lo demás, las etiquetas ideológicas aplicadas al personaje, que a menudo se autodescribió —tengámoslo

1. Gianfranco Ragona, *Gustav Landauer. Anarchico, ebreo, tedesco* (Riuniti, Roma, 2010), pág. 432.
2. Michael Löwy, "Le messianisme romantique de Gustav Landauer", en VV AA, *Gustav Landauer, un anarchiste de l'envers* (À Contretemps / Éditions de l'éclat, París, 2018), pág. 100.

presente— como un anarquista-socialista. Si para Francesco Ferreri la obra de Landauer es una "singular síntesis de anarquismo y mística, socialismo y comunitarismo"[3], el recién mentado Löwy ha apreciado en ella "un mesianismo judío de carácter anarquista"[4], en tanto Paul Avrich ha recordado que "fue al mismo tiempo un individualista y un socialista, un romántico y un místico, un militante y un defensor de la resistencia pasiva"[5].

Importa señalar cuanto antes que en esta modesta antología en modo alguno se presta la atención debida a muchas de las dimensiones, comúnmente olvidadas, de los trabajos de Landauer. En descarado provecho de la figura del filósofo de la historia y del agitador político y de conciencias, no aparecen por aquí, o apenas lo hacen, la mística, el judaísmo, la literatura, las traducciones o el periodismo. Tampoco lo hace el activista vinculado con movimientos como el Arts and Crafts de Ruskin y Morris, o como el Garden City de Geddes y Howard[6]. Y eso que la obra de Landauer configura un todo en el que se dan cita, tal y como con buen criterio lo recuerda José María Ripalda, política, arte, literatura, trabajo y mística[7]. Tampoco se dispensa aquí mayor atención —dicho sea de paso— a los cambios eventualmente registrados, con el transcurrir del tiempo, en las ideas y propuestas de Landauer, en el buen entendido de que en mi ayuda acude el hecho de que no parecen haber sido muy significativos. Al cabo, lo suyo es recordar que el grueso de la obra landaueriana se desplegó en un espacio de tiempo reducido, delimitado por el congreso que la Segunda Internacional celebró en Londres en 1896 y por la ola revolucionaria que acompañó al final de la primera guerra mundial[8], una ola

3. Francesco Ferrari, "Introduzione", en Gustav Landauer, *Per la storia dell'evoluzione dell'individuo* (Lit, Roma, 2017), pág. 6.
4. Michael Löwy, *Redención y utopía. El judaísmo libertario en Europa central. Un estudio de afinidad electiva* (El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1997), pág. 130.
5. Paul Avrich, "Nota biográfica", en Gustav Landauer, *La revolución y otros escritos* (Enclave de Libros, Madrid, 2016), pág. 250.
6. Paul Avrich, *Anarchist Portraits* (Princeton University, Princeton, 1988), pág. 249.
7. José María Ripalda, "Prólogo", en Gustav Landauer, *La Revolución. Una filosofía social propia* (NED, Barcelona, 2016), pág. 13.
8. Ragona, *op. cit.*, pág. 9.

que acarreó a la postre —no se olvide— el desfondamiento del sector más radical de la socialdemocracia alemana y el del propio anarquismo germano.

Si el lector, con todo, desea bucear en esas múltiples manifestaciones de los intereses de Landauer, bueno será que me haga eco de lo que entiendo que es un buen resumen —el del por tercera vez citado Löwy— del contenido de la obra correspondiente. Löwy identifica al respecto dos textos principales entre los escritos de Landauer: *La revolución*, de 1907, y *Llamamiento al socialismo*, de 1911. A esos dos textos conviene agregar los artículos de nuestro autor contra la guerra, editados en 1919, las cartas sobre la revolución francesa, del mismo año, y el ensayo filosófico titulado *Escepticismo y mística*, de 1903. Añadamos, en el terreno de la literatura, la novela *El predicador de la muerte*, de 1893, el estudio sobre Shakespeare publicado a título póstumo en 1920, dos volúmenes de textos varios que vieron la luz en 1921 y 1924, respectivamente, y los dos tomos de correspondencia editados por Martin Buber en 1929[9].

Apostillaré, eso sí, que Landauer no siempre fue sistemático y cabal en sus reflexiones. Gastaba, por otra parte, una lengua que poco tenía de popular, aun cuando con toda evidencia se dirigía, sin embargo, al pueblo. Este quedaba instituido como receptor privilegiado, pese a que, en la percepción de Nino Muzzi, debía tratarse, inevitablemente, de un receptor admirado y subalterno[10]. Comoquiera que Landauer nunca renunció al estilo profesoral y académico, de su parte no cabe apreciar algo que remita a una inmersión en la comunidad hablante[11]. No hay en nuestro autor, por lo demás, y en este mismo orden de cosas, ni autoironía ni denuncia de la palabrería que a menudo caracterizaba, y caracteriza, los discursos académicos.

9. Michael Löwy, "Gustav Landauer, revolucionario romántico", en Gustav Landauer, *Llamamiento al socialismo. Por una filosofía libertaria contra el Estado y el progreso tecnológico* (El Salmón, Alicante, 2019), pág. 9.
10. Nino Muzzi, "Il linguaggio di Landauer", en Gustav Landauer, *La comunità anarchica* (Elèuthera, Milán, 2012), pág. 31.
11. *Ibidem*, págs. 32-33.

EL HILO CON EL PASADO. LA REVOLUCIÓN

En la tarea landaueriana orientada a encontrar el hilo emancipador que enlaza con el pasado desempeña un papel central uno de los libros que ya he invocado. Hablo de *La revolución*. Para Siegbert Wolf es un "texto central de la filosofía de la historia anarquista", en tanto que para Rudolf Rocker constituye el "aviso de un profeta"[12]. En esas páginas, y en otras, Landauer entiende la revolución como un largo proceso histórico que, no concluido, nos retrotrae a la edad media y a los tiempos de la reforma y de la guerra de los campesinos en la Europa central. Nunca ocultó nuestro autor su interés, en particular, por la edad media, al amparo, dicho sea de paso, de ideas muy similares a las postuladas por Kropotkin en *El apoyo mutuo*. En la trastienda operaba, en lugar primordial, el concepto de *espíritu*, que en sustancia daba cuenta de la capacidad comunitaria de los hombres asentada en el despliegue de su solidaridad íntima.

El hilo correspondiente tiene su hito inicial en el espíritu comunal cristiano característico de la edad media mencionada. Su resultado mayor no fue otro que una síntesis de libertad y tradición gestada al amparo de una enorme diversidad de espacios que disfrutaban de una notable autonomía en un escenario en el que en los hechos no operaba nada que recordase a la institución Estado. Una inspiración primigenia al respecto la aportó la figura de Petr Chelčický, el profeta husita del siglo XIV. Landauer lo describió como "un anarquista cristiano muy adelantado a su tiempo", capaz de identificar en la Iglesia y el Estado los mayores enemigos[13]. La primera revolución moderna fue, por otra parte, la guerra campesina de principios del XVI que vinculamos con el nombre de Thomas Müntzer y con los anabaptistas. En el buen entendido de que en la lista hay que agregar también los escritos del maestro Eckhart. El eco de estas posiciones se reveló, más adelante, en muchos movimientos

12. Gabriel Kuhn y Siegbert Wolf, "Introduction", en Gustav Landauer, *Revolution and Other Writings. A Political Reader* (Merlin, Pontypool, 2010), pág. 30.
13. Löwy, "Gustav Landauer...", *op. cit.*, pág. 13.

que tuvieron a bien enfrentarse a un sinfín de estructuras centralizadas y que defendieron la huella de las instancias comunales del pasado. Landauer pensaba que lo que se abrió camino a partir del siglo XVI —a su entender el renacimiento no fue un retorno a la antigüedad clásica, sino el inicio de una larga etapa adobada de rasgos negativos— fue una era de decadencia en la que el espíritu se vio reemplazado por la violencia y por la autoridad que acarreaba el Estado[14]. No le generaban otra cosa que desconfianza, por otra parte, las revoluciones vinculadas con este último, entre las que a buen seguro incluía la inglesa, la norteamericana y la francesa, aun cuando en lo que hace a la tercera apreciase el impulso saludable aportado por el concepto de *fraternidad*[15].

Hay que subrayar de nuevo que en la obra de Landauer el hilo que me ocupa vio la luz, indefectiblemente, en la edad media y en la Europa central. Lo hizo, además, y al menos conforme a lo que rezan los escritos redactados antes de 1908, al calor del mundo cristiano. Solo a partir de esta fecha, a la hora de explicar el surgimiento y la deriva de la comunidad que postulaba aparecieron remisiones al mundo judío[16]. Pero hasta donde llega mi conocimiento, y con la liviana excepción del interés suscitado por el *mir* —la comuna rural— ruso, faltaron invocaciones a otros pueblos, a otros espacios geográficos y a otros momentos de la historia[17]. Acaso lo suyo es concluir que Landauer solo buscaba los ejemplos que venían a ilustrar sus tesis en aquello que conocía, o que creía conocer, de primera mano.

Más allá de todo lo anterior, en el núcleo del hilo que me atrae estaba, sin duda —vuelvo a ello—, la idea de *revolución*. En esta no se apreciaba un evento, un momento, sino una era, una

14. Löwy, *Redención y utopía*, *op. cit.*, pág. 131.
15. Löwy, "Gustav Landauer...", *op. cit.*, pág. 13.
16. Löwy, *Redención y utopía*, *op. cit.*, págs. 133 y 135.
17. Lo anterior no fue óbice para que Landauer, en *La revolución*, subrayase los numerosos absurdos que rodean a la pretensión de superioridad que asaltaba, y asalta, al mundo occidental. Así lo testimonian un par de textos de los recogidos en esta selección.

larga transformación que discurría desde tiempos lejanos[18]. Por lo demás, la revolución remitía directamente al ahora. No hay que esperar a nada para llevarla a cabo. Lo que se impone es alejarse, ya, de la mezquindad de la comunidad contemporánea[19] y resucitar la comunidad ancestral y, con ella, el espíritu acompañante. "El socialismo es posible en cualquier momento allí donde un número suficiente de seres humanos lo desean"[20]. Es menester rechazar, en paralelo, todo lo que huela a presuntas condiciones objetivas y al despliegue, en lo que hace a su identificación, de un método supuestamente científico. Frente a la vulgata que, con razón o sin ella, ha sido mil veces identificada con la obra de Marx, el socialismo del que Landauer se reclamó no dependía del desarrollo de las fuerzas productivas ni de la vitalidad del capitalismo, que en modo alguno configuraba, por añadidura, una etapa de progreso sino, antes bien, una de visible decadencia. Landauer reivindicó, de cualquier modo, la imposibilidad de conocer lo que nos espera:

> En detalle no sabemos realmente nada sobre nuestro camino inmediato; puede pasar por Rusia, pero también por la India. Lo único que podemos saber es que nuestro camino no pasa a través de las tendencias y luchas del día, sino por lo desconocido, por lo que yace en lo profundo y por lo repentino[21].

Si —apostillo yo— se antoja inevitable recelar del planteamiento de Landauer en lo que hace a la inexistencia de condiciones objetivas que deben permitir o alentar un proceso revolucionario, no parece razonable olvidar que muchas de las aserciones landauerianas en lo que respecta a la linealidad y el determinismo de tantos análisis de Marx estaban cargadas de razón.

---

18. Karl Mannheim apreció en la obra de Landauer la huella del milenarismo anabaptista, empeñado en rechazar evoluciones y progresos de la mano de una visión que tiene también sus ecos en Martin Buber y Walter Benjamin. Véase Löwy, *Redención y utopía*, *op. cit.*, pág. 132.
19. Ragona, *op. cit.*, pág. 193.
20. Landauer, "Das erste Flugblatt. Was will der Sozialistische Bund?", en Gustav Landauer, *Antipolitik* (vol. 3.1) (AV, Lich, 2010), págs. 130-134.
21. Martin Buber, *Caminos de utopía* (Fondo de Cultura Economía, Ciudad de México, 2006), pág. 70.

Doy, con todo, un salto más, que vinculo con el término *socialismo*. Este último no exige la invención de algo nuevo, sino el descubrimiento de algo previamente existente[22]. "Nuestro movimiento procede de siglos lejanos y se mueve hacia el futuro", afirma Landauer[23]. Y es que el socialismo existe ya como realidad mística atemporal, oculta en virtud del hecho de que los individuos, aislados y dispersos, ajustan sus relaciones a lo que dictan el Estado y el capital. Cierto es que en la percepción de Landauer se barrunta un eco romántico que con toda evidencia no conduce, sin embargo, a la recuperación de los grandes mitos germanos. Apela, antes bien, por un lado, a la mística y, de resultas, busca la relación entre el individuo y el todo. Pero, por el otro, remite a la cultura *volkisch* nacionalpopular en su dimensión de restauración del ser humano como ser comunitario[24]. Löwy ha apostillado que el romanticismo de Landauer no es ni una reacción política, ni una nostalgia de la Alemania medieval, ni una manifestación literaria, sino el producto del designio de plantar cara a "la estrechez, la mezquindad y la vulgaridad burguesas" [25]. Ragona subraya con buen criterio que el eco de este Landauer —o el ascendiente de una idea muy similar a la blandida por Landauer— se revela en estas líneas de Walter Benjamin:

El pasado lleva consigo un índice secreto que lo reenvía a la redención. ¿No despunta también entre nosotros un soplo de aire que despuntaba ya entre quienes vivieron antes que nosotros? ¿No hay, en las voces que escuchamos, un eco de voces hoy enmudecidas? [...] Si ello es así, existe un encuentro misterioso entre las generaciones del pasado y la nuestra[26].

22. *Ibidem*, págs. 67-68.
23. Landauer, "Das dritte Flugblatt. Die Siedlung", en Landauer, *op.cit.*, págs. 140-145.
24. Gianfranco Ragona y Nino Muzzi, "La obstinada esperanza de un anarquista contracorriente", en Gustav Landauer, *La revolución y otros escritos* (Enclave de Libros, Madrid, 2016), pág. 23.
25. Löwy, *Redención y utopía*, *op. cit.*, pág. 130.
26. Benjamin, cit. en Ragona, *op. cit.*, pág. 280.

Conviene que añada que a Landauer le asaltaron dudas en lo que respecta a la capacidad de la época que le tocó vivir en orden a recoger el hilo que me interesa en estas páginas. Buber ha subrayado que para nuestro hombre esa época fue un momento en el que imperaban la violencia y la condición de determinados individuos, una época de individualismo y, por consiguiente, de atomización y de masas desarraigadas y desintegradas, sin espíritu y, en consecuencia, sin verdad[27]. Cabe preguntarse si no podemos decir lo mismo, y alimentar dudas parejas, en lo que atañe al momento presente.

LA COMUNIDAD

En el núcleo de la propuesta de Landauer está la idea de *comunidad* y, con ella, el deseo de procurar el camino de la experimentación en busca de la fraternidad. La comunidad humana defendida por nuestro autor surge del trabajo, del apoyo mutuo, de las relaciones de vecindad entre los seres humanos, las comunas y los pueblos, y no de la guerra o del Estado[28]. Al respecto la vida cotidiana y las relaciones humanas tienen franca prelación frente a las grandes tesituras históricas y los procesos acompañantes. Cuanto más autónomo es un individuo, cuanto más se concentra en sí mismo, tanto más se separa de las acciones de sus contemporáneos y recupera, de resultas, el mundo del pasado que le es natural al calor de la comunidad verdadera[29]. Se trata, pues, de recuperar lo que está oculto en nosotros, siempre sobre la base de la inferencia de que en todos los individuos hay un potencial comunitario. "En nuestro interior está la realidad, que es la fuerza, ya no de la humanidad futura, sino de la humanidad que ya ha existido y que por esto vive y permanece

27. Buber, *op. cit.*, pág. 77.
28. Kuhn y Wolf, *op.cit.*, pág. 35. Ragona recuerda que para Landauer cabía hablar, con todo, de tres conceptos distintos de comunidad: el de la hereditaria, que reflejaba la herencia de la humanidad pasada; el de la autoritaria de la era burguesa, concretada en el Estado, y el de la comunidad auténtica del futuro, capaz de expresar la armonía entre el individuo y la humanidad; véase Ragona, *op. cit.*, pág. 190.
29. Ragona, *op. cit.*, pág. 191.

en nosotros. [...] En nosotros está la dignidad que exige reciprocidad, la racionalidad que reconoce el interés de los demás"[30].

Ya sabemos que Landauer estudió con profusión las comunidades medievales, que a su entender equivalían a una mezcla de "cooperativismo, federalismo, independencia, autonomía y libre iniciativa"[31]. No ignoraba en modo alguno, sin embargo, lo que significaron, en paralelo, el feudalismo, la Iglesia, la Inquisición y la opresión[32]. Para el presente reivindicaba comunidades de cultura, de consumo y de producción que no se proponían conquistar el poder político ni reemplazar a la clase que lo dirigía. Depositaba Landauer singular acento en las comunidades de consumo que, independientes de los intereses de los empresarios de la industria y de los comerciantes, debían permitir el asentamiento de prácticas de apoyo mutuo e igualdad, siempre desde la autonomía de cada una de las instancias implicadas. Sin jerarquías y centralizaciones, y con mandatos imperativos, debía cobrar cuerpo una federación de cooperativas de producción y de consumo que acabaría sustituyendo al Estado.

No se trataba, con todo, de retornar a la edad media, sino de otorgar un carácter nuevo a lo viejo, al amparo de los rasgos de la civilización moderna. Claro que, antes, había que rescatar las formas comunitarias que hubiesen podido pervivir, "gérmenes y cristales de vida de la cultura socialista futura"[33]. Al respecto era menester revivir el espíritu de los campesinos heréticos y de las revueltas del pasado, y restaurar en paralelo la unidad entre la agricultura, la industria y el artesanado, entre el trabajo individual y el espiritual, entre la enseñanza y el aprendizaje[34]. Despuntaba, de resultas, un claro elemento conservador al lado de otro revolucionario. Löwy ha sugerido al respecto que Landauer aportó un "modelo acabado de pensamiento restaurador/utópico en el universo cultural del siglo XX"[35].

---

30. Landauer, cit. en Ragona y Muzzi, *op. cit.*, pág. 37.
31. Larizza, cit. en Ragona, *op. cit.*, pág. 260.
32. En *ibidem*, pág. 261.
33. Löwy, *op. cit.*, pág. 17.
34. *Ibidem*.
35. Löwy, *Redención y utopía*, *op. cit.*, pág. 130.

Téngase presente que el objetivo de la Liga Socialista fundada por Landauer no era otro que crear colonias vinculadas con las tradiciones comunales, sobre la base de la idea de que la comuna rural es el puente que comunica el ideal socialista y la historia humana[36]. "Queremos fundar colonias; queremos que los trabajadores agrícolas, en el campo, y los de la industria, en las fábricas y en las oficinas, se unan; ansiamos disfrutar de todas las posibilidades de producir por nosotros mismos todo lo que necesitamos"[37]. A buen seguro que, por otra parte, los consejos obreros que Landauer defendió en los últimos meses de su vida se le presentaban como "los partidos orgánicos del pueblo que se autogestiona"[38], un remedo, una vez más, de las comunidades medievales. En la trastienda —volveré sobre la cuestión— se hacía valer el peso de las tesis de La Boétie sobre la servidumbre voluntaria, concretado ahora en la idea de que el pueblo debe retirar su apoyo a las instituciones autoritarias y configurar otras propias[39]. Esas comunidades humanas que, a buen seguro, y por sí solas, no acarrearán el hundimiento del aparato de poder del capital y del Estado, deben provocar, sin embargo, un sentimiento de imitación y facilitar una cura de desintoxicación con respecto al propio Estado, a la mercancía y al narcisismo[40]. Allanarán así el camino revolucionario lejos, en cualquier caso, del impulso de destrucción que inspiró muchos de los escritos de Bakunin[41]. Al cabo se trataría de conseguir que el Estado fuese una instancia superflua, y no de destruirlo en términos estrictos, todo ello en virtud de un mecanismo que antes lo sería de sustitución que de destrucción.

36. Kuhn y Wolf, *op. cit.*, pág. 27.
37. Landauer, "Das dritte Flugblatt. Die Siedlung", *op.cit.*, págs. 140-145.
38. Cit. en Löwy, *Redención y utopía*, *op. cit.*, pág. 140.
39. Avrich, "Nota biográfica...", *op. cit.*, pág. 254.
40. Kuhn y Wolf, *op. cit.*, pág. 27.
41. Gianfranco Ragona, "Introduction", en Gianfranco Ragona (dir.), *Gustav Landauer. A Bibliography (1889-2009)* (Storia e Letteratura, Roma, 2011), pág. X.

EL ESTADO

Acabo de referirme a la convicción landaueriana de que no se trata de derribar el Estado y el capital, sino de dejar que estos últimos se desmoronen en virtud de una acción socialista que, asentada en la construcción de una sociedad paralela, haga inútiles y prescindibles aquellos, sin que necesariamente se revele, al tiempo, un modelo canónico alternativo. En vez de derribar el Estado hay que trabajar para cambiar las relaciones entre las personas, argumento que se expresa a través de una frase de Landauer mil veces repetida: "El Estado es un vínculo, una relación entre los hombres, una manera que estos muestran de comportarse los unos con los otros. Y se destruye cuando se desarrollan otras relaciones, cuando nos comportamos de manera diferente los unos con los otros"[42].

Por detrás de la visión de Landauer se aprecia el eco de Kropotkin, para quien el Estado había reemplazado infelizmente a las ciudades, a las ligas, a las guildas, a las confraternidades y a las comunidades aldeanas, instancias todas ellas en las que el trabajo, la tierra, la cultura y el espíritu constituían vínculos reales[43]. De resultas, convertido en sustituto lamentable del orden comunitario de antaño, no es sino una instancia coactiva que impide que los individuos satisfagan sus necesidades de manera independiente. Al respecto no está de más agregar que el poder político contemporáneo de Landauer de forma evidente había perdido todo contacto auténtico con la realidad del pueblo y de la tierra. Ni siquiera cabía relacionar al Estado con la dimensión natural de las naciones, como lo demostraba el hecho de que, por medio de la guerra, aquel pudiese crear nuevas naciones tras conquistar territorios e imponer usos, costumbres y lenguas[44].

Las percepciones recién mencionadas marcaron poderosamente la visión landaueriana en los terrenos más dispares.

---

42. Gustav Landauer, "Schwache Staatsmänner, schwächeres Volk!", en *Antipolitik* (volumen 3.1) (Edition AV, Lich, 2010), pág. 234.
43. Ragona, *Gustav Landauer...*, *op. cit.*, pág. 236.
44. *Ibidem*, pág. 235.

Me permitiré recordar al respecto que Landauer subrayaba que el pueblo judío nunca había desarrollado ninguna suerte de estatolatría, circunstancia que acaso fue decisiva a la hora de marcar las distancias con respecto a un sionismo que, incipientemente, en muchas de sus manifestaciones lo que revelaba, por encima de todo, era una añoranza del Estado[45]. Por otra parte, y rescato un segundo ejemplo de las secuelas de la visión abrazada por Landauer, nada se antojaba más absurdo que una revolución empeñada en alcanzar sin más el poder político. Landauer estimaba, por añadidura, que si la revolución social que acariciaba surgía de un estallido revolucionario, de una insurrección, estaría llamada a reproducir la lógica de las instituciones que quería derrocar[46].

LAS CLASES, EL PROLETARIADO, LOS PRECURSORES

Cabe preguntarse, en ese escenario, qué papel corresponde en las percepciones de Landauer al proletariado y a otras clases sociales. Kuhn y Wolf subrayan que la visión landaueriana del proletariado es cualquier cosa menos clara. Por un lado, el anarcosocialista alemán sostiene que el proletariado industrial es el grupo humano menos preparado para afrontar los retos de la revolución. Pero, por el otro, no faltan textos en los que Landauer cifra buena parte de sus esperanzas en aquel[47]. De por medio, lo que parece revelarse con frecuencia es cierto recelo ante la dimensión de vanguardia que lastraría al propio proletariado. Esa dimensión no conduciría en los hechos, de su lado, a otra cosa que a la ratificación de la necesidad de actuar en el seno del sistema imperante. Inserto en la maquinaria capitalista, el proletariado no puede ser una clase revolucionaria: solo se convertirá en tal si procede a construir una sociedad distinta,

45. *Ibidem*, pág. 306.
46. Helmut Rüdiger, "Un socialiste libertaire allemand", en VV AA, *Gustav Landauer, un anarchiste de l'envers* (À Contretemps / Éditions de l'éclat, París, 2018), pág. 48.
47. Kuhn y Wolf, *op. cit.*, pág. 33.

volcada en la satisfacción de sus propias necesidades, al margen del capital y de sus intereses. Más allá de todo lo anterior, salta a la vista —lo reitero— que Landauer rechaza la perspectiva de que la liberación del proletariado sea el producto, sin más, de una acumulación de circunstancias políticas y económicas ajenas a él.

Conviene subrayar, por otra parte, que la mayoría de los primeros socialistas —los mal llamados socialistas *utópicos*—, pero también Marx y el propio Proudhon, consideraron a los trabajadores como productores, y olvidaron llamativamente su condición, al tiempo, de consumidores[48]. De ahí el énfasis de todos esos pensadores en la huelga como herramienta principal de acción. Entiendo que, a los ojos de Landauer, a tono con lo que acabo de señalar, la huelga puede constituir, antes bien, una herramienta de ratificación del orden del capital. O al menos puede convertirse en eso si no se ve acompañada de la construcción de una sociedad paralela, y ello por mucho que contribuya a acrecentar los mecanismos de solidaridad entre los trabajadores. En un argumento que el tiempo ha venido a fortalecer, Landauer estima que el poder de estos como consumidores es mucho mayor que el que les corresponde en su condición de productores.

Formulo tres apostillas que creo permiten cerrar el círculo de las percepciones landauerianas sobre las clases y sus potencialidades. La primera me invita a recordar que para Landauer el socialismo remite ante todo a la cuestión agraria, que proporciona un ámbito de discusión y de acción distinto del que aporta ese proletariado concebido como *clase del capital*. "La lucha por el socialismo es la lucha por la tierra; la cuestión social es una cuestión agraria", afirmó Landauer[49] al amparo de un argumento que parece invertir los papeles que en el grueso de su obra asignó Marx al proletariado y al campesinado. La segunda apostilla aconseja concluir que Landauer acariciaba la configuración

48. Ragona, *Gustav Landauer...*, *op. cit.*, pág. 99.
49. Gustav Landauer, *Aufruf zum Sozialismus* (Europäische Verlagsanstalt, Fráncfort, 1976), pág. 175.

de lo que llamaré movimientos *interclasistas*, como los que, en su percepción, habían operado en la edad media. Esa visión encajaba sin mayores fisuras con una de las dimensiones postuladas por el anarquismo decimonónico, que percibía un grupo revolucionario muy dispar en el que debían darse cita proletarios de la industria, campesinos, artesanos e integrantes del lumpen proletariado. Parece servida la conclusión de que, a los ojos de Landauer, y las cosas como fueren, ningún grupo humano singularizado debía correr a cargo de forma protagónica de la transformación revolucionaria. Me permito añadir, en tercer y último lugar, que sobran los motivos para aseverar —y hablo ahora de una cuestión que remite a la materialidad de la difusión de las ideas, y no al relieve correspondiente a uno u otro grupo social— que buena parte de la propuesta landaueriana tenía como receptor a los intelectuales libertarios, y no a los anarquistas proletarios. Avrich subrayó en su momento, en particular, que el *Der Sozialist* landaueriano era una revista más atractiva para intelectuales y profesiones liberales que para los obreros y los campesinos[50].

Cierro este epígrafe con algunas observaciones relativas a una cuestión fundamental: ¿cuál era el papel que, en el marco de revoluciones, comunidades y clases, debía corresponder a los anarquistas o, de manera más general, a lo que Landauer llamaba los *precursores*[51] y muchos describirían, para bien o para mal, como la vanguardia revolucionaria? Respondo de forma rápida. La tarea de los precursores estribaba en estimular la creación de comunidades, en restaurar la relación con la tierra y con la naturaleza, y en reconstruir los lazos de solidaridad[52]. Se trataba, en otras palabras, de modificar los términos de la vida concreta y de servir, de resultas, de ejemplo. Martin Buber recordó que a los ojos de Landauer

50. Avrich, "Nota biográfica...", *op. cit.*, pág. 252.
51. Ragona, *Gustav Landauer...*, *op. cit.*, pág. 388.
52. *Ibidem*, pág. 352.

ser socialista significa estar en contacto vital con el espíritu y la vida comunitarios de la época, estar alerta y reconocer con mirada imperturbable lo que de ellos aún se encuentra en la profundidad de nuestra vida desprovista de comunidad y, siempre y cuando sea posible, enlazar fuertemente a lo perdurable las formas creadas por primera vez[53].

Dejemos hablar al propio Landauer:

Nosotros, los socialistas, queremos dar al espíritu la realidad y el clima para que, con espíritu de unión, conduzca a los hombres a su comunidad. Nosotros, los socialistas, queremos hacer al espíritu sensible y corpóreo, queremos ponerlo en acción, y precisamente así espiritualizaremos los sentidos y la vida terrena[54].

Aunque parece que las observaciones que acabo de perfilar dan cuenta de manera suficiente de la percepción landaueriana en lo que se refiere a los precursores, en alguno de los textos recogidos en las páginas de esta selección las cosas se antojan menos claras, y parecen dejar abierto el horizonte a una percepción menos igualitaria y más tradicional —lo diré eufemicamente— de las tareas de la vanguardia[55].

FRENTE A MARX, LA SOCIALDEMOCRACIA Y EL BOLCHEVISMO

No es difícil concluir que las percepciones de Landauer acarreaban una confrontación, las más de las veces aguda, con tres propuestas que disfrutaron de innegable predicamento en la

53. Buber, *op. cit.*, pág. 72.
54. *Ibidem*, pág. 78.
55. Véase, así, el procedente de "Durch Absonderung zur Gemeinschaft". En el trabajo de los precursores, y en lo que atañe al propio Landauer, creo que no debe despreciarse, en fin, el papel que este último desempeñó en su condición de traductor de un sinfín de autores. Ahí están los nombres de Mijail Bakunin, Étienne de La Boétie, Voltairine de Cleyre, Piotr Kropotkin, Multatuli, Pierre-Joseph Proudhon o Élisée Reclus, pero también los Honoré de Balzac, Jean-Jacques Rousseau, Rabindranath Tagore, Lev Tolstói, Walt Whitman y Oscar Wilde.

última década del siglo XIX y en las dos primeras del XX. Me refiero a las tesis defendidas por Marx, al proyecto de la socialdemocracia alemana y, al final de esa etapa, a la apuesta que a la postre blandieron los bolcheviques en lo que al poco se conoció como *Unión Soviética*.

La primera disensión de Landauer en lo que hace a las tesis de Marx da cuenta de un franco rechazo en lo que se refiere a la existencia de leyes históricas determinantes. A los ojos de Landauer no tenía sentido imaginar una ciencia del desarrollo de las sociedades que otorgue certezas. Como consecuencia, la voluntariedad de la acción alcanzaba a sus ojos un relieve que permitía esquivar determinismos insorteables. Una de las concreciones de lo anterior, y una segunda disensión, subraya que Landauer rechazaba visceralmente la idea de que la burguesía constituyese una clase generadora de cambios saludables que preparaban el camino del socialismo. La burguesía era, antes bien, la aniquiladora mayor del espíritu comunitario en un escenario en el que el orden capitalista no hacía sino obedecer a sus propios intereses, sin abrir el camino, de resultas, a ninguna perspectiva emancipadora. Al tiempo Landauer estimaba que no hay ningún motivo para concluir que la concentración del capital industrial, financiero y comercial supusiese un avance hacia el socialismo, y recelaba también de la perspectiva de que el desarrollo de la técnica en la industria propiciase la irrupción de este último[56]. A los ojos de Landauer semejantes percepciones olvidaban que esos aparentes progresos convertían al hombre en mero apéndice de la máquina y propiciaban la uniformización y la alienación[57]. Más allá de todo lo anterior, Landauer reiteró muchas de las críticas vertidas por la socialdemocracia alemana, y en singular por Bernstein, en lo que hace a las previsiones de Marx: no se había producido la polarización de clases vislumbrada por este, no se habían degradado visiblemente las condiciones de vida del proletariado, no había indicios de una crisis terminal del capital

56 Ragona, *Gustav Landauer...*, *op. cit.*, pág. 338.
57 *Ibidem*, pág. 341.

y, en suma, no era en modo alguno evidente que el socialismo constituyese una consecuencia ineluctable del desarrollo del capitalismo.

En la trastienda parece innegable que Landauer hizo frente, también, a la idea de progreso común en buena parte de la obra de Marx. Para Landauer la ideología correspondiente no era sino la del propio capitalismo, empeñado en someter la tierra. En ese marco —acabo de referirme a ello— a duras penas sorprenderá que Landauer recelase, también, de la dimensión liberadora de la tecnología: "Ningún progreso, ninguna técnica, ninguna habilidad nos traerán la salvación y la felicidad", señaló en *Llamamiento al socialismo*[58]. Y agregó: "Toda innovación, a pesar del fuego y del entusiasmo que la acompañan, tiene algo de caótico, de feo, de sacrílego"[59]. Tampoco sorprenderá que subrayase lo que entendía que eran carencias en la visión marxiana del desarrollo de las fuerzas productivas, bien reveladas en el hecho de que esa visión se mostrase incapaz de apreciar lo mucho que había de *socialista* en las ciudades-Estado medievales o en el *mir* ruso. Las carencias en cuestión conducían a una visible marginación de lo que cabe concluir que debía ser un principio fundamental, la autoemancipación de los trabajadores, frente a las ilusiones vinculadas con un proyecto de transformación desde el Estado y, en su caso, desde el parlamentarismo. En esta dimensión Landauer se presentó como un digno heredero de los antiautoritarios que se manifestaron, décadas antes, al calor de la Primera Internacional.

Cierto es, con todo, que algunas de las críticas vertidas por Landauer en lo que a las opiniones de Marx respecta se hicieron valer con trazos gruesos que en buena ley hubieran reclamado posiciones más matizadas. Como verdad parece que Landauer no tuvo la oportunidad de conocer —en su caso desdeñó— los escritos redactados por Marx en la última década de su vida. En ellos Marx pareció romper con muchos de los esquemas

58. Landauer, cit. en Löwy, "Le messianisme...", *op. cit.*, pág. 98.
59. Landauer, cit. en Guillaume Paoli, "Histoires de famille. Gustav Landauer, Otto Gross, Erich Mühsam", en VV AA, *Gustav Landauer...*, pág. 109.

deterministas que había abrazado con anterioridad, hizo otro tanto con la idolatría del desarrollo de las fuerzas productivas que había arrastrado, prestó una atención creciente a las sociedades campesinas y se acercó a lo que significaba, por muchos conceptos, la comuna rural rusa.

En ningún momento de su vida política e intelectual sintió Landauer proximidad, y doy un salto a una segunda cuestión, con la socialdemocracia alemana. Siempre percibió en esta un proyecto anquilosado, jerarquizado y autoritario, inmerso por añadidura en una rígida disciplina interna. Landauer fue un crítico impenitente de la centralización, de la burocracia, de la corrupción y del estatalismo acompañantes de un socialismo de Estado que cobraba cuerpo visiblemente desde arriba. En ese orden de cosas, defendió siempre la acción económica en detrimento de la político-parlamentaria, de la mano de una perspectiva en la que en muchos sentidos se apreciaba la huella de la obra de Proudhon y, más adelante, la de muchas de las manifestaciones del emergente sindicalismo revolucionario[60].

La muerte temprana de Landauer, en 1919, impidió, en suma, que de su lado menudeasen las consideraciones sobre lo que, desde febrero y octubre de 1917, estaba cobrando cuerpo en Rusia y en su imperio. Pocas dudas hay, de cualquier modo, en lo que atañe al hecho de que en todo momento mostró su lejanía con respecto a la revolución bolchevique. Landauer entendía que los bolcheviques defendían "un régimen militar que sería mucho más horrible que cualquier otro que hubiera conocido el mundo"[61]. La revolución no podía ser, a su entender, el producto de decretos dictatoriales formulados por una vanguardia encargada de infundir conciencia a los trabajadores. Frente a ello, y como ya sabemos, el anarquista alemán defendió la idea de que el socialismo no es una etapa final, sino un proceso de creación continua de comunidad que habrá de responder a las condiciones de cada momento[62].

60. Ragona y Muzzi, *op. cit.*, pág. 29.
61. Cit. en Avrich, "Nota biográfica...", *op. cit.*, pág. 256.
62. Buber, *op. cit.*, pág. 81.

LA RELACIÓN CON EL ANARQUISMO

Parece que puede afirmarse que Landauer siempre se consideró un anarquista o, si así se quiere, un anarcosocialista. En el buen entendido de que a sus ojos los términos *socialismo* y *anarquismo* eran en sustancia sinónimos. Demos al respecto la palabra a su correligionario, y en ocasiones detractor, Erich Mühsam:

> Landauer fue un anarquista; siempre se definió como anarquista. Aun con ello, sería manifiestamente ridículo contemplar sus ideas a través del prisma de una corriente específica del anarquismo, loarlo o condenarlo como un individualista, un comunista, un colectivista, un terrorista o un pacifista. En primer lugar, Landauer, como cualquiera que no se halle congelado dogmáticamente, experimentó desarrollos y cambios durante los treinta años de compromiso anarquista. En segundo término, nunca consideró su anarquismo como una doctrina limitada en el terreno político u organizativo, sino como una expresión de libertad en el pensamiento y la acción[63].

O citemos al propio Landauer: "La anarquía no es un sistema de pensamiento cerrado y muerto; es la vida de los hombres que han huido de la opresión"[64]. Siempre enfrentado a las normas prefijadas y a los caminos preestablecidos, Landauer mostró en todo momento el deseo de acabar con muchas de las separaciones que afectaban a las escuelas del pensamiento anarquista. Próximo a Kropotkin —o, al menos, a las consideraciones de este sobre el apoyo mutuo, la descentralización y la moral libertaria—, no por ello dejaba de admirar a Bakunin, de quien editó en alemán, en colaboración con Max Nettlau, una selección de escritos. Con el paso del tiempo sus preferencias parecieron volcarse, con todo, en Tolstói y, en particular, en Proudhon, cuyo mutualismo influyó mucho en la obra landaueriana.

---

63. Mühsam, cit. en Kuhn y Wolf, *op. cit.*, pág. 25.
64. "Anarchismus-Sozialismus", en Gustav Landauer, *Anarchismus* (AV, Lich, 2009), pág. 185.

Nada de lo mencionado puede ocultar que Landauer vivió comúnmente aislado, e incomprendido, en el mundo anarquista alemán, de tal suerte que no le quedó más remedio que desenvolverse en un círculo relativamente cerrado. Nunca fue, de resultas, un autor popular. La condición mística y el idealismo de muchas de sus opciones, junto con el carácter ocasionalmente individualista de su anarquismo, no fueron, a buen seguro, de ayuda. Frecuentemente criticado en la prensa libertaria, Heinrich Drewes señaló que Landauer se había convertido, sin más, en un utopista y en un filántropo burgués. Otros anarquistas anotaron, por su parte, que las colonias comunitarias defendidas por Landauer a duras penas podrían escapar a los tentáculos del Estado si antes no se acababa con el orden económico y social propio del capitalismo[65].

Creo, aun así, que fueron dos los elementos principales de desencuentro —mayor peso correspondió, sin duda, al primero que al segundo— entre Landauer y el grueso del movimiento anarquista alemán. Por lo pronto, nuestro autor no ocultó su lejanía con respecto al anarquismo proletario inmerso en la lucha de clases. Cierto es que su visión relativa a esta última reclama mucha finura en el análisis. Y es que Landauer no rechazó tanto el principio en cuestión como lo que estimaba que era su aplicación rígida y mecanicista. En la visión landaueriana la lucha de clases identificada por Marx no remitía sino a una ley interna del capitalismo y, con ella, a un sinfín de prácticas incapaces de dejar atrás este último[66]. La lucha de clases solo tenía sentido, en otras palabras, si se concretaba en una confrontación y en una organización para el socialismo. El otro elemento de fricción invocado no fue sino el rechazo landaueriano de la violencia, un rechazo que se manifestó en un momento histórico difícil en el que la violencia anarquista tenía —no lo olvidemos— una presencia

65. Christoph Knüppel, "'Sur le sol ferme de la glèbe s'élèvera un jour l'heure de la liberté'. Gustav Landauer et le mouvement d'implantation communautaire", en VV AA, *Gustav Landauer, un anarchiste de l'envers* (À Contretemps / Éditions de l'éclat, París, 2018), pág. 79.

66. Rüdiger, *op. cit.*, pág. 47.

importante. Creo que es evidente que la dimensión propositiva de la obra de Landauer encajaba mal en ese escenario[67]. Lo alejaba del anarquismo que creía en la insurrección de las masas y en la *propaganda por el hecho*, una opción que apostaba por actos precisos, temporalmente acotados, y liberadores. Verdad es que, aunque Landauer repudió las acciones terroristas, comprendió en todo momento la desesperación que conducía a ellas[68].

LAS COSTUMBRES, EL ANTIMILITARISMO

Quiero desgajar del epígrafe anterior dos dimensiones interesantes que recojo ahora aquí. Si la primera, como se verá, alejaba a Landauer de cierto anarquismo, la segunda lo situaba en el centro de un debate omnipresente en los años de la guerra mundial librada entre 1914 y 1918, con Alemania en papel protagonista.

Landauer se enfrentó a una parte del mundo anarquista, y en singular entró en colisión con las opiniones de su amigo Erich Mühsam, en lo que respecta al tratamiento que merecen el matrimonio y muchas costumbres, con el psicoanálisis, por cierto, en la trastienda. Bueno será que empiece recordando que nuestro hombre mostró de siempre un franco recelo con respecto a las ideas de Fourier, a las comunas por este defendidas y a la pretensión de extender el amor —supongo que carnal— por todas partes, una operación que a los ojos de Landauer convertiría el resultado en la peor de las tiranías. En la percepción landaueriana el primero que puso orden afortunado en estas disputas fue Proudhon, con su defensa del matrimonio y de la familia, y con su designio de condenar a las mujeres al hogar y de colocar en el mismo plano la seducción, el adulterio, el incesto, el estupro, la violación y la prostitución. Para Proudhon, en otras palabras, el amor libre no sería sino una señal de decadencia vinculada con el triunfo del individualismo liberal[69].

67. Ragona y Muzzi, *op. cit.*, pág. 29.
68. Avrich, *Anarchist Portraits*, *op. cit.*, pág. 252.
69. Paoli, *op. cit.*, págs. 106-107.

Aunque bien puede afirmarse que Landauer asumió genéricamente esa perspectiva, parece cierto que lo que le preocupaba no era tanto la pervivencia de una represiva moral burguesa, que innegablemente quería rechazar, como la irrupción, en el mundo contestatario, de pulsiones egoístas insaciables[70]. Para Landauer los lazos familiares, aunque insuficientes por estrechos y limitados, eran los únicos vínculos naturales que quedaban, de tal forma que debían servir de fundamento para la configuración de las comunidades que defendía. No solo se trataba, con todo, de eso: esos lazos debían otorgar a estas últimas un carácter llamado a permitir que escapasen de la frialdad imperante. En ese contexto el concepto de *amor* remitía antes, claro, a la *filia* que al *eros*, a la solidaridad que al sexo. En la percepción landaueriana, en suma, no había socialismo posible sin abnegación, esto es, sin el designio de reprimir las pulsiones egoístas, en un escenario en el que lo suyo era reivindicar las manifestaciones naturales de organización comunitaria frente a las pervertidas formas de las que hacía gala la sociedad burguesa[71].

En un segundo escalón estoy obligado a subrayar el relieve, y el coraje acompañante, del antimilitarismo abrazado por Landauer, quien ya en 1907 había denunciado la descarnada apuesta bélica e imperial del *Reich* alemán. Esa apuesta inspiraba la política exterior del país, propiciaba el aislamiento de este y trababa todos los esfuerzos encaminados a preservar la paz[72]. Landauer subrayó también cómo el militarismo en cuestión tuvo consecuencias indelebles en términos de la propia política interna germana, al conseguir que buena parte de la población cerrase filas con los gobernantes. En ese sentido dedicó buena parte de sus energías al propósito de evitar la confusión entre el pueblo germano y una *Alemania* de perfiles que en los hechos coincidían con los de sus gobernantes. A partir de 1914, Landauer —quien contestó posiciones como la defendida por Kropotkin— trabajó denodadamente para articular un movimiento pacifista y

70. *Ibidem*, pág. 109.
71. *Ibidem*, págs. 111-113.
72. Ragona, *Gustav Landauer...*, *op. cit.*, pág. 368.

reivindicó al efecto, en singular, que los trabajadores dejasen de colaborar con el esfuerzo bélico, en la confianza de que ello obligaría a los gobernantes a poner fin a la guerra. A los ojos de Landauer esta última era "un acto de poder, de asesinato, de robo"[73].

EL LEGADO

Propongo aquí unas breves notas sobre el legado de Landauer[74]. Lo primero que debo señalar al respecto es el papel principal que, en lo que hace a la preservación de ese legado, correspondió a su amigo Martin Buber. Los esfuerzos de este, y de otras personas, no parecen haber sido suficientes, con todo, para colocar a Landauer en un primer plano en la propia Alemania que lo vio nacer y morir. En la tarea en cuestión no ha sido de ayuda, innegablemente, la dificultad de los textos landauerianos y, en su caso, su vínculo con discusiones que hoy, acaso por error, no parecen principales. Las cosas como fueren, las obras escogidas editadas a partir de 2008 —los títulos hasta el momento publicados se recogen en la bibliografía final de este libro— no son fácilmente accesibles y, hasta donde llega mi conocimiento, tampoco despuntan las ediciones en lengua alemana de *La revolución* y de *Llamamiento al socialismo.*

No sin paradoja, y por una vez, la presencia de Landauer se antoja más sólida en el mundo de habla hispana. A buen seguro que al efecto han sido decisivos el peso de los movimientos anarquistas y anarcosindicalistas en países como España o Argentina, por un lado, y la tarea de traducción y divulgación desarrollada en su momento por Diego Abad de Santillán, por el otro. A ello conviene agregar los textos de Max Nettlau publicados en *La protesta* en Buenos Aires y en *La revista blanca* en Barcelona. No sin olvidar ediciones de trabajos de Landauer como las que

73. Cit. en Avrich, *Anarchist Portraits*, *op. cit.*, pág. 253.
74. Véase Leonard M. Fiedler, Renate Heuer y Annemarie Taeger-Altenhofer, *Gustav Landauer (1870-1919). Eine Bestandsaufnahme zur Rezeption seines Werkes* (Campus, Fráncfort, 1995).

han entregado a la imprenta las editoriales Anarres, Enclave de Libros, Herder, NED, El Salmón y, tiempo atrás, Tusquets. La presencia de Landauer es cada vez más notable en Italia —ahí están, para demostrarlo, los trabajos de Gianfranco Rogona, y los de Nino Muzzi y Libera Pisano— y parece repuntar, por fin, en Francia —mencionaré los nombres de Gaël Cheptou, Freddy Gomez y Michael Löwy— y en los países de lengua inglesa. Tengo la convicción de que el contenido de muchas de las reflexiones y propuestas de Landauer anuncia un interés creciente, de despliegue urgente, por su obra. Un interés que interpreto acabará por beneficiar también a pensadores y activistas anarquistas alemanes, como Erich Mühsam o Rudolf Rocker, a las obras de Martin Buber y de Walter Benjamin, al consejismo de Pannekoek y de otros autores, y a numerosos trabajos críticos con lo que al cabo supuso el experimento soviético.

LA PERSONA

No deja de ser sorprendente que en el caso de Landauer, que tanto énfasis depositó en la necesidad de cambiar la vida cotidiana y las relaciones humanas, sean tan pocas las observaciones que la bibliografía especializada incluye sobre su carácter personal. Aun con todo, Paul Avrich describió a nuestro hombre en los siguientes términos: "Alto, delgado, de hombros estrechos, con rasgos finos y ojos expresivos, a menudo empleaba una capa y un sombrero a la antigua. Su poblada barba y su pelo, oscuro y largo, le conferían el aspecto de un profeta del viejo testamento"[75]. Por su parte, Rudolf Rocker afirmó que cuando Landauer hablaba "cada palabra salía de su alma con el sello de la integridad absoluta". En el terreno que ahora me atrae estoy obligado a recordar que la mayor parte de la correspondencia mantenida por nuestro hombre se ha perdido, y que están pendientes de clasificación y análisis su diario y sus notas personales, que se encuentran en

75. *Ibidem*, pág. 252.

el Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam y, de manera tangencial, en la biblioteca de la Universidad de Jerusalén[76]. Para mi sorpresa, y sin que nada mayor pueda agregar al respecto, Hans Blüher atribuye a Landauer la condición de autor de hermosísimas cartas de amor[77].

Creo que importa subrayar que en ocasiones se ha señalado que la implicación de Landauer en la república de los consejos de Múnich mucho tuvo de sacrificio en la persona de alguien que estaba dispuesto a llegar al respecto, y llegó, hasta la muerte[78]. La mística que impregnó toda la obra de Landauer lo habría acompañado, así las cosas, hasta el final. Para Martin Buber, "cayó como un profeta y un mártir de la comunidad humana por venir"[79]. Creo que esas interpretaciones están muy por encima de la certificación de que, al margen de sus disputas dentro de los movimientos socialistas, muchos alemanes acabaron por odiar a Landauer de resultas de su firme oposición a la guerra librada entre 1914 y 1918.

ACTUALIDAD DE LANDAUER

A buen seguro que una parte significativa de la obra, y de la vida, de Gustav Landauer tiene por fuerza que resultarnos ajena. Hay, con todo, en una y otra, varios elementos que creo que son de estricta actualidad, y que lo son tanto más si tomamos nota, en estas horas, de la locura del capitalismo como sistema explotador y depredador, y de la necesidad paralela de articular respuestas de carácter emancipador.

Por lo pronto, Landauer nos emplaza a creer en la gente común o, lo que es casi lo mismo, a comprender que por detrás de muchas conductas está, pese a todo, esa comunidad ancestral

76. Kuhn y Wolf, *op. cit.*, pág. 32.
77. Avrich, *Anarchist Portraits*, *op. cit.*, pág. 248.
78. Libera Pisano, "'Un predicatore del deserto'. L'ebraismo anarchico di Gustav Landauer", en Gustav Landauer. *Esilio e anarchia. Scritti ebraici* (Lit, Roma, 2019), pág.18.
79. Löwy, *Redención y utopía...*, *op. cit.*, pág. 140.

que hundía sus raíces en la fraternidad y en la solidaridad. Con afán provocador muchas veces he señalado que, pese a las apariencias, lo que es excepcional en la historia humana es la férula del capital, del Estado y —ya me gustaría que esto último fuese también cierto— de la sociedad patriarcal. Lo digo de otra manera: creo que la mayoría de las sociedades humanas, desde tiempo inmemorial y en los cinco continentes, han mostrado espontáneamente sus vínculos con lo que cabe llamar autogestión y apoyo mutuo. En la estela de Landauer se trataría de provocar la resurrección de una comunidad humana liberada de los mitos que rodean a la acumulación, al crecimiento, al progreso, a la competición y a la tecnología presuntamente liberadora[80]. Y de emplear esa comunidad como un ejemplo de que es posible encarar los grandes problemas de forma diferente, de la misma suerte que es posible acelerar la descomposición de tantas reglas e instituciones —el Estado, en singular— que nos conducen a un más que probable colapso. En la tarea correspondiente es vital empezar a construir, desde ya, los elementos propios de una sociedad, de una comunidad, liberada que haga estériles esas reglas e instituciones. Y es menester liberarse de cualquier sugerencia que identifique en el capitalismo elementos emancipadores que preparan el camino del socialismo.

Ya sé que sobre nosotros pesan muchos problemas y restricciones, como pesaban sobre el mundo que Landauer tenía delante de los ojos. Pero malo sería que rechazásemos el horizonte de que, ante el colapso mencionado, sean muchos, en los países presuntamente ricos del Norte, los llamados a pelear por las respuestas colectivas y por el apoyo mutuo solidario. Y muchos también quienes, en los del Sur, procuren fusionar culturas precapitalistas y proyectos anticapitalistas. "El tiempo de Gustav Landauer no ha llegado todavía", afirmó su compañero de fatigas Erich Mühsam, asesinado por los nazis en 1934[81].

80. José Ardillo, "Actualidad de Gustav Landauer", en Gustav Landauer, *La revolución y otros escritos* (Enclave de Libros, Madrid, 2016), pág. 19.
81. Cit. en Ragona, *Gustav Landauer...*, *op. cit.*, pág. 432.

GUSTAV LANDAUER Y SU TIEMPO[82]

1870 Gustav Landauer nace en Karlsruhe. Sus padres regentan una zapatería. Por lo que parece, nunca mantuvo con ellos una relación estrecha.

1888-1892 Estudia literatura alemana e inglesa, así como filosofía e historia del arte, en Heidelberg, Estrasburgo y Berlín. En adelante residirá la mayor parte del tiempo en esta última ciudad. De esos años hereda la amistad con el filósofo del lenguaje Fritz Mauthner. Descubre a Nietzsche.

1890 Empieza a trabajar en una novela titulada *Der Todesprediger (El predicador de muerte)*, que será publicada en 1892. Se interesa por el socialismo.

1891 Frecuenta los grupos anarquistas y colabora con colectivos de teatro popular. Es un momento en el que en los círculos literarios se revela una intensa participación en las discusiones políticas y sociales.

82. Buena parte de los datos incluidos en esta cronología proceden de los textos de Gaël Cheptou, "Vie et oeuvre de Gustav Landauer: 'Pour moi, les morts vivent'", en VV AA, *Gustav Landauer, un anarchiste de l'envers* (À Contretemps / Éditions de l'éclat, París, 2018), págs. 15-42; Gabriel Kuhn y Siegbert Wolf, "Introduction", en Gustav Landauer, *Revolution and Other Writings. A Political Reader* (Merlin, Pontypool, 2010), págs. 18-60, y Siegbert Wolf, *Gustav Landauer zur Einführung* (Junius, Hamburgo, 1988), págs. 124-128.

1892 Conoce a su primera esposa, Margarethe Leuschner, y contrae matrimonio con ella. Tendrá dos hijas, la segunda de las cuales muere con dos años de edad. Se suma a la Unión de Socialistas Independientes, que acoge militantes excluidos del Partido Socialdemócrata Alemán. Se ve obligado, por falta de recursos, a abandonar los estudios universitarios. Estudia el *Das Kapital* (*El capital*) de Marx.

1893 Trabaja como redactor de la revista anarquista *Der Sozialist*. La policía alemana describe a Landauer como el mayor agitador del movimiento revolucionario radical. Viaja a Zúrich para asistir al congreso de la Segunda Internacional, de la que son expulsados los anarquistas. Acusado de incitación a la desobediencia civil y a la revuelta, es encarcelado; en la prisión escribe otra novela, titulada *Arnold Himmelheber*.

1894 Sale de la cárcel. Estudia las manifestaciones del cooperativismo en Alemania y en otros escenarios.

1895 Expresa su simpatía por el husismo, el anabaptismo y los movimientos populares de revuelta que se hicieron valer durante la llamada *guerra de los campesinos*. Coordina una cooperativa de consumidores y asume las enseñanzas de Robert Owen y de algunos de los escritos de Kropotkin.

1896 Delegado en el congreso socialista de Londres, del que de nuevo son expulsados los anarquistas. Defiende la fundación de cooperativas agrícolas.

1897 Ruptura entre los "anarquistas proletarios" y el grupo de Landauer. Participa en campañas de solidaridad con los anarquistas españoles.

1899 Condenado por publicar un texto en solidaridad con un obrero, Albert Ziethen, injustamente procesado por el supuesto asesinato de su esposa. Landauer, que en alguna medida desempeña un papel similar al de Zola en el caso Dreyfus, pasa seis meses en la cárcel. Vive, en Berlín, con Hedwig Lachmann, con la que

tendrá otras dos hijas. Traduce del alemán antiguo una selección de los textos del maestro Eckhart. Deja de publicarse *Der Sozialist*.

1900 Sale de la cárcel. Participa en la fundación de la Nueva Comunidad, en la que se dan cita intelectuales y artistas de Friedrichshagen, en Berlín. Traba amistad con Martin Buber y Erich Mühsam.

1901 Publica en la revista *Das Reich der Erfüllung* el texto "Durch Absonderung zur Gemeinschaft" (Por la separación a la comunidad). En *Die Zukunft* aparece "Anarchistische Gedanken über Anarchismus" (Pensamientos anarquistas sobre el anarquismo). Se instala en Inglaterra, donde conoce a Kropotkin; aunque reprocha al pensador ruso su positivismo y su eslavofilia, traducirá al alemán *Mutual Aid* (*El apoyo mutuo*), *Field, Factories and Workshops* (*Campos, fábricas y talleres*) y *La grande révolution, 1789-1793* (*La gran revolución, 1789-1793*). En estos años se relaciona también con Fernando Tarrida del Mármol, Rudolf Rocker, Max Nettlau, Errico Malatesta, Louise Michel y Élisée Reclus.

1902 Regresa a Berlín.

1903 Se separa de Margarethe Leuschner. Publica *Skepsis und Mystik* (*Escepticismo y mística*).

1904-1906 Trabaja en una librería en Berlín.

1907 Aparece *Die Revolution* (*La revolución*), que abre una etapa de activa intervención política. Publica "Dreißig sozialistische Thesen" (Treinta tesis socialistas) en *Die Zukunft*.

1908 Funda la Liga Socialista. Publica un texto titulado "Die Zwölf Artikel des Sozialistischen Bundes" (Los doce artículos de la Liga Socialista). Conferencias en el sur de Alemania y en Suiza.

1909 Traduce a Proudhon. Reaparece, y se publica hasta 1915, *Der Sozialist*. Cuestiona el juego de apariencias de la celebración del Primero de Mayo y subraya el

carácter estéril, por la falta de un genuino esfuerzo socialista, de muchos de los elementos de lucha contra las instituciones.

1911 Aparece su libro *Aufruf zum Sozialismus* (*Llamamiento al socialismo*). Landauer se inclina por defender posiciones manifiestamente antimilitaristas.

1912 Pronuncia en Berlín una conferencia sobre judaísmo y socialismo.

1913 Trabaja en una eventual síntesis entre judaísmo y anarquismo. La Liga Socialista pierde fuerza.

1914 Participa en las actividades de organizaciones que se proponen impedir la guerra. Frente a lo que ocurre con algunos de los pensadores más cercanos, Landauer nunca abandonará sus convicciones antimilitaristas y pacifistas, y siempre partirá de la certeza de que en la guerra en curso el agresor fue Alemania.

1915 *Der Sozialist* se ve obligado a interrumpir su publicación, al tiempo que se prohíbe la difusión de *Aufruf zum Sozialismus*. Creciente aislamiento de Landauer, que viaja a Suiza. Un tribunal lo declara no apto para la guerra. Sigue difundiendo mensajes antimilitaristas.

1917 Se traslada a Krumbrach, en Baviera.

1918 Muere Hedwig Lachmann. Acepta un puesto de dramaturgo —no llegará a ocuparlo— en Düsseldorf. El nuevo presidente de la recién creada república bávara, Kurt Eisner, lo invita a sumarse a la revolución en curso. Se convierte en miembro del Consejo Obrero Revolucionario y del Consejo de Obreros, Campesinos y Soldados de Múnich.

1919 Redacta una nueva introducción a *Aufruf zum Sozialismus*. Se publican sus "Briefe aus der französischen Revolution" (Cartas sobre la revolución francesa). El partido de Eisner obtiene pésimos resultados en las elecciones celebradas en enero. Se proclama en Múnich una república de los consejos en la que Landauer, pese a los recelos que ello le debía provocar,

se convierte en comisario del pueblo de Educación y Cultura. Frente al parlamentarismo y frente a una eventual dictadura del proletariado, defenderá en todo momento la autonomía y la autoorganización de los consejos. Un golpe contrarrevolucionario conduce a la configuración de la segunda república de los consejos, de mayoría comunista, con la que Landauer, aun con ello, colabora. Tras un nuevo golpe contrarrevolucionario, Landauer es asesinado salvajemente por la soldadesca en la cárcel de Stadelheim. El oficial que golpeó inicialmente a Landauer hubo de pagar una multa liviana, y otro militar fue arrestado unas cuantas semanas, no por el asesinato, sino por el robo de algunas de las pertenencias de Landauer. El responsable militar de lo ocurrido nunca fue procesado.

NOTA SOBRE LA SELECCIÓN Y LA TRADUCCIÓN DE LOS TEXTOS

Como inmediatamente podrá apreciarse, los trabajos de Landauer recogidos en esta selección se ajustan a dos bloques. El primero incluye media docena de textos presuntamente íntegros que, hasta donde llega mi conocimiento, nunca han sido publicados en castellano. Pongo por delante la cautela relativa a la debilidad de mis conocimientos por cuanto me resulta imposible rastrear eventuales traducciones de Landauer publicadas en España antes de la guerra civil y en América Latina en muy diversos momentos. El segundo bloque incorpora un buen puñado de textos sueltos de Landauer, que en unos casos han sido difundidos antes en castellano y en otros no.

Debo subrayar que esta selección en modo alguno lo es de toda la obra landaueriana. Si me acojo a la percepción de Gabriel Kuhn, quien distingue tres grandes capítulos en esa obra —el político, el filosófico y el literario-cultural[83]—, salta a la vista que los textos incluidos en este libro se interesan en exclusiva por el primero de ellos. O, para mejor decirlo, se interesan por una parte del legado político que Landauer nos ha dejado: la vinculada con el desarrollo de la historia desde la edad media, con la revolución, con la comunidad, con las clases sociales.

83. Gabriel Kuhn, "Editor's Note", en Gustav Landauer, *Revolution and Other Writings. A Political Reader* (Merlin, Pontypool, 2010), pág. 10.

con Marx y sus epígonos, con el anarquismo y con el antimilitarismo. Si, por el contrario, me guio por el contenido de las obras escogidas de Landauer que han ido publicándose a partir de 2008, creo que la mayoría de los textos aquí incluidos remite a los tomos 2 (*Anarchismus*, 2009), 3.1 y 3.2 (*Antipolitik*, 2010), 11 (*Aufruf zum Sozialismus*, 2015) y 13 (*Die Revolution*, 2017).

La fragilidad de mi alemán ha desaconsejado que buscase el camino de una traducción directa, decisión tanto más afortunada —creo yo— cuanto que lo que hay de por medio es una lengua tan compleja como la de Landauer, no siempre comprensible siquiera para los germanohablantes. De resultas, si en unos casos me he servido de traducciones ajenas que corren por ahí, en otros he traducido yo mismo textos de Landauer vertidos con anterioridad al francés, al inglés o al italiano. Permítaseme la humorada de señalar que lo anterior bien puede tener ventajas nada despreciables. En alguna ocasión he mostrado mi sorpresa ante la admiración que Walter Benjamin sentía por la obra de Baltasar Gracián, un pensador a mis ojos difícil de entender, y no porque su castellano no fuese cristalino, sino porque la hilazón de sus pensamientos siempre se me ha antojado inescrutable. Supongo que a Benjamin le atraía Gracián porque se beneficiaba de traducciones al alemán de los textos de este que a buen seguro clarificaban el significado de las aserciones del aragonés... Creo, por lo demás, que el contenido de los trabajos de Landauer aquí incluidos, que con certeza no son los más complejos de nuestro autor, facilita la tarea de la traducción.

Como se verá, antes de cada texto se incluyen el título original del trabajo de Landauer —libro o artículo— del que procede, la traducción castellana de ese título, la fecha de publicación y el nombre del traductor responsable. Cuando este último no sea objeto de mención habrá de sobreentenderse que la traducción es mía. Los textos aparecen ordenados, por lo demás, en virtud de su año de publicación.

Quiero agradecer en singular, en fin, a los amigos de Enclave de Libros las facilidades dadas a la hora de reproducir

textos incluidos en la edición de Landauer que publicaron en 2016. Y a la Fondation Pierre Besnard la buena idea de recoger en su *web* la traducción que Diego Abad de Santillán realizó de *Llamamiento al socialismo*.

CARLOS TAIBO

DE 'DAS ERSTE FLUGBLATT. WAS WILL DER SOZIALISTISCHE BUND?' (PRIMER FOLLETO. ¿QUÉ QUIERE LA ALIANZA SOCIALISTA?), 1908

La Liga Socialista aspira a reunir a todos los hombres que desean seriamente construir el socialismo.

Se os ha contado que solo en un futuro lejano e incierto podrá sustituir la sociedad socialista a la explotación, a la proletarización y al capitalismo. Se os ha señalado que hay que tener en cuenta el *desarrollo*.

Nosotros decimos: el socialismo no llegará nunca si no lo creáis vosotros.

Hay, entre vosotros, quienes dicen que la revolución debe producirse para que el socialismo pueda comenzar.

¿Pero cómo? ¿Instaurando el socialismo desde arriba? ¿Un socialismo de Estado? ¿Dónde están, en ese caso, las organizaciones, los inicios, los primeros gérmenes de trabajo comunitario y de intercambio justo e igual entre comunas de trabajo socialistas? En ninguna parte. No se encuentran ni la menor traza ni la menor alusión. En ninguna parte se considera esa necesidad.

¿Debemos, llegado el momento, depender de los abogados, de los políticos, de los tutores del pueblo?

Los pueblos han tenido de siempre experiencias desgraciadas con esas gentes.

Decimos: hay que subvertir las cosas, y poner la cabeza en la cola. No esperemos la revolución para que el socialismo comience: comencemos a hacer del socialismo una realidad *para que se abra camino la gran convulsión mundial.*

Todas las organizaciones que el pueblo trabajador ha creado hasta ahora para satisfacer sus necesidades son organizaciones de lucha para la supervivencia *en el interior* de la sociedad capitalista. Son necesarias para que los individuos y los sectores profesionales que forman puedan seguir existiendo y puedan beneficiarse de pequeñas ventajas. Pero no permiten salir del círculo del capitalismo. No permiten caminar hacia el socialismo.

El marxismo, que desempeña un papel tan importante como funesto en el movimiento obrero, predijo que la polarización ganará terreno, que las crisis económicas serán cada vez más graves, que la competición entre los capitalistas resultará cada vez más encarnizada, que el número de empresas se reducirá y que, de resultas, el capitalismo colapsará.

¿Han discurrido así los hechos?

¿Qué hace el *Estado*?

Suaviza los ángulos cuando la miseria se hace excesiva; a través de leyes de todo tipo —de seguros obreros, de protección social o de reglamentación del trabajo—, el Estado trata de impedir que el capitalismo sucumba ante sus propios excesos, trata de *perpetuar* el sistema que es el nuestro, un sistema de injusticia que lleva al absurdo la producción y el reparto de los bienes.

Si el capitalismo se perpetúa, ello se debe al trabajo legislativo del Estado. Si se perpetúa, ello es debido al trabajo legislativo de la clase obrera y de sus representantes.

¿Qué hacen los *capitalistas*?

Se esfuerzan, a través de las corporaciones, de los grupos de interés, de los seguros mutuos y de acuerdos de todo tipo, en desmentir la profecía de esos sabios marxistas que viven

encerrados en sus gabinetes. No despliegan ninguna competencia inútil: acuden en ayuda los unos de los otros. En lugar de matarse sin piedad, se mantienen vivos mutuamente y limitan las crisis organizando la producción. Si todo ello a menudo se hace en detrimento de los trabajadores, con certeza se desarrolla en detrimento del socialismo. Porque *el capitalismo se perpetúa.*

¿Qué hacen los *trabajadores* en sus organizaciones económicas y en sus luchas? ¿En sus sindicatos?

En sus sindicatos los trabajadores se organizan en el interior del capitalismo, según los ramos de la industria y los grupos de oficios que el capitalismo necesita. Con el concurso de los seguros y de las cajas de resistencia, a través de la mejora de las condiciones de trabajo y de vida, en uno u otro ramo se esfuerzan por mitigar los horrores más llamativos, por *perpetuar el estado de las cosas*. ¿Las cosas? ¡*El capitalismo*!

Porque lo que los individuos ganan en su condición de productores el pueblo en su conjunto lo pierde, y por encima de todo esto le ocurre al pueblo trabajador en tanto que consumidor. ¿Quién paga los salarios que el capitalista entrega a *sus* trabajadores? El mismo que necesita las mercancías: el trabajador en tanto que consumidor.

La lucha económica sigue siendo una necesidad para los trabajadores, en la medida en que provoca que nos aferremos al capitalismo. Pero no nos permite salir de él. Hace que nos veamos firmemente atrapados por el capitalismo.

¿Qué es lo que nos conducirá al socialismo?

¡La huelga general!

Pero debe tratarse de una huelga general de naturaleza diferente de la que se halla en los labios de los agitadores y en el corazón de masas fácilmente exaltables, esas masas que, tras haber aplaudido la víspera con toda su alma, acuden penosamente a la fábrica la mañana siguiente.

La huelga general, tal y como se predica hoy, consiste en esperar con los brazos cruzados para saber quién será el más fuerte y quién dispondrá de más tiempo: los trabajadores o los capitalistas.

No nos da miedo señalar que lo que sucede cada vez más a menudo es que, gracias a sus organizaciones, los capitalistas consiguen resistir frente a los trabajadores. Es lo que ocurre con las pequeñas huelgas, lo que se revela de forma aun más clara en las grandes, y no será muy distinto el panorama que se manifieste a través de una huelga general pasiva. Que cada cual lo medite seriamente y abra los ojos. Es cierto que resulta molesto abrir bien los ojos y contemplar de frente la realidad cuando uno está habituado a la tenue luz del crepúsculo. *¡Pero es, qué caramba, necesario!*

Trabajadores, ¡dejad que hablemos de la *huelga general activa*!

No hablamos ahora del acto revolucionario decisivo y final que debe desarrollarse justo después o durante la huelga general y que, para muchos, será su consecuencia necesaria. *No empecemos por el final, sino por el principio.* Si nada se ha hecho por el socialismo, si hoy todavía no hay ninguna señal de este, ¿por qué razón habríais de luchar y de exponer vuestras vidas? ¿Por la dominación de unos cuantos jefes que os dirán, llegado el caso, lo que quieren, lo que promueven, lo que hay que hacer para reorganizar el trabajo y la distribución de los bienes que precisáis?

¿No sería preferible que todo ello lo supieseis y lo hicieseis por vosotros mismos?

¡La acción decisiva del pueblo trabajador reside en el trabajo!

En la huelga general activa los trabajadores aspiran a matar de hambre a los capitalistas porque *ya no trabajan para ellos, sino para satisfacer sus propias necesidades.*

¡Ay de los capitalistas! ¿Tenéis el dinero? ¿Tenéis títulos de papel? ¿Tenéis máquinas a punto de oxidarse? Pues bien: ¡comedlas, intercambiadlas entre vosotros, vendeoslas los unos a los otros, haced lo que queráis! O bien, ¡poneos a trabajar! ¡Trabajad como nosotros! Porque ya no dispondréis de nuestro trabajo. Nosotros nos necesitamos a nosotros mismos. Retiremos nuestro trabajo de vuestra economía absurda y delirante para ponerlo al servicio de las organizaciones y de las comunas del socialismo.

Eso es lo que un día sucederá. El inicio del socialismo no puede ser sino eso, y no otra cosa.

Algunos dirán: "El camino por recorrer es largo. ¿Solo ahora empezamos a realizar el socialismo? ¡Y nosotros que creíamos que estábamos cerca del final!".

¿Cómo podríais estar cerca del final vosotros, que todavía no habéis dado ni un solo paso adelante?

Solo tenéis que poneros en marcha. Y enseguida veréis cómo el final aparece ante vosotros con toda su claridad.

El primer paso consiste en aceptar la verdad. Aunque, como algunas raíces comestibles, la verdad tiene un gusto amargo, una vez que se desarrolla produce hermosos frutos azucarados.

Estas son las primeras palabras que os dirigimos, pero aún no hemos dicho todo lo que debéis escuchar. Tenemos que explicaros con precisión cómo se sale del capitalismo, cómo hay que negarse a servir a este, cómo se inicia y cómo se desarrolla el socialismo hasta que el capitalismo se sienta obligado a capitular, sea por sí mismo de forma introspectiva, sea a través de la sumisión en virtud de una necesidad externa.

DE 'DAS ZWEITE FLUGBLATT. WAS IST ZUNÄCHST ZU TUN?' (SEGUNDO FOLLETO. ¿POR DÓNDE DEBEMOS EMPEZAR?), 1909

Queremos hacer real en serio el socialismo. ¿Por dónde debemos empezar?

El pueblo alemán carece de coraje, de iniciativa, de fe en el acto libre. Incluso los mejores de entre nosotros están acostumbrados a esperar. Cuando se les convoca para que actúen por sí mismos, preguntan inmediatamente qué obstáculos insorteables aparecerán en su camino. Por eso los hay que esperan lo que llaman *la revolución*, los hay que aguardan el desarrollo del capitalismo, no faltan quienes depositan sus esperanzas en la estulticia del enemigo y hay quien cree en la intervención del parlamento y del gobierno.

Todos arrastran un miedo incurable a las *experiencias*, a los éxitos y a las derrotas.

Temen la derrota hasta el extremo de que no se percatan de que todo lo que han hecho —y no han hecho nada— desde hace cincuenta años no es sino un única, grande y continua derrota.

Solo puede vencer quien no teme a las derrotas e inmediatamente se dice que estas exhiben un carácter provisional y nada tienen de aterradoras. Solo puede triunfar quien camina hacia adelante con alegría y confianza.

¿Dónde se encuentra entre nosotros, en Alemania, el deseo de actuar, la esperanza gozosa de las grandes cosas que nosotros mismos hacemos? ¿Dónde se encuentra la confianza? ¿Dónde está la fe en la causa propia?

El movimiento que en Alemania se ha hecho llamar socialista ha perdido desde mucho tiempo atrás el frescor y el color. Estos *socialistas* dicen que el rojo es su color y lo emplean febrilmente en las coronas de flores que depositan en recuerdo de sus muertos. Aunque los recuerdos de estos socialistas son quizá rojos, su vida es gris.

¿Por dónde debemos empezar?

Quienes, al responder a una profunda necesidad interior y a la riqueza desbordante de su ser, quieren realizar en serio el socialismo deben reunirse en el seno de la Liga Socialista.

Querer, querer realmente algo, equivale a hacer realidad ese algo. No hablamos ahora de los hombres que "sienten simpatía por...", a los que "les gustaría...", que "se alegran de ver...", que "quieren tender hacia...", sea cual sea la expresión dilatoria que empleen. Hablamos aquí de la confluencia de todos aquellos que quieren y que, en consecuencia, empiezan a crear el futuro.

¿Quién puede unirse a nosotros? Aquellos que sienten que la miseria es una vergüenza para cada uno de nosotros. Que estiman que la forma de producir los bienes —no en nombre de la unidad común de las necesidades, sino en provecho de unos cuantos que quieren enriquecerse y disponer del poder— es una locura sacrílega. Aquellos que sienten que el error de todos —de

las generaciones pasadas y de las de los seres de hoy— es un insulto que se revela a través de la voz, que llora, del borracho, nos desafía en los ojos de la prostituta y nos contempla fijamente tras los barrotes de las prisiones. Aquellos que recorren todas las épocas con asco y cólera, y que sin embargo conservan, indestructibles, la esperanza en el corazón, la voluntad en las manos y la lucidez en los ojos. Aquellos que, en lo más profundo de sí mismos, estiman que es necesario crear una unidad común, un pueblo, un orden superior que sea completamente diferente de la entidad que se hace llamar imperio alemán.

Que aquel que se reconozca en ello no dude un instante: es de los nuestros. Que se acerque a nosotros, que camine con nosotros, que cree alegría con nosotros y que triunfe con nosotros.

Lo que hoy llamamos Liga Socialista debe convertirse un día en nuestro pueblo, en todo nuestro pueblo.

Hoy no somos sino unos pocos. Pero queremos convertirnos, un día, en multitud.

Aunque seamos poco numerosos, hay que empezar. Y como somos poco numerosos, hay que comenzar en lo más pequeño. Una vez hayamos empezado, mostraremos, a todos aquellos que puedan vernos, lo que es el socialismo, lo que es la alegría, lo que es la comunidad. Y entonces —¡estamos seguros!— seremos rápidamente muchos.

Empezamos a realizar el socialismo cuando dejamos de ser los esclavos del capital. Empezamos a realizar el socialismo cuando dejamos de producir bienes para el mercado en tanto que trabajadores asalariados.

Dedicar el trabajo que desarrollamos nosotros mismos a la tarea de hacer la vida hermosa y de alcanzar la beatitud interior, al servicio del consumo con los hermanos y hermanas que trabajan y acuden en nuestra ayuda; ese es el comienzo del socialismo.

Algunos dirán: "¿cómo podría suceder eso? ¿Cómo es posible? ¿Dónde encontraremos los hombres, las fábricas, la tierra, el dinero?".

En el curso de los últimos cincuenta años habréis aprendido que el socialismo no llegará si no lo construimos. Un día os contaremos la historia de las relaciones entre la socialdemocracia y las cooperativas, difundiremos todas las piezas y documentos, y demostraremos que la socialdemocracia ha sido desde antaño, sobre la base de las absurdas teorías de Karl Marx, enemigo jurado de las cooperativas. Y si en nuestros días en algunos distritos se crean cooperativas en provecho del Partido Socialista, o casi, la socialdemocracia sigue tratando al movimiento cooperativista como si fuese un hijo bastardo. A pesar de ello, los trabajadores que se han asociado con el objetivo de obtener las mercancías necesarias para el consumo poseen en la actualidad fábricas, panaderías industriales, mataderos, una sociedad de compra al por mayor que cuenta con sus propios navíos. ¿De dónde ha salido el dinero para adquirir todos esos terrenos, esos inmuebles, esas fábricas, esa maquinaria? ¡Esos trabajadores han organizado su clientela! Quien dice relación de clientela, dice crédito, y quien dice crédito, dice poder económico. En el socialismo que asoma la cabeza el empleador es la clientela organizada. Dicho mejor: en el socialismo se produce para el consumo; el consumidor es el empleador, y el productor el empleado; como se trata de la misma persona, no hay ya ni empleador ni empleado. Hoy los consumidores quieren precios bajos y los productores desean salarios altos, sin percatarse de que es como si, al querer darle un bofetón a la imagen que rebota de un espejo convexo, se golpeasen ellos mismos en la cara. El socialismo incipiente rompe el espejo deformador que proporciona la usura intermedia: el consumidor y el productor se reconocen como la misma y única persona. Se trata, pues, de fundar una liga de consumidores que producirían para sí mismos. Ahí están vuestros terrenos y vuestras fábricas, vuestra maquinaria y vuestro *dinero*. Hoy vendéis vuestra fuera de trabajo al empresario, que os entrega un salario, y dais el dinero al tendero para adquirir las mercancías que precisáis. ¿No es verdad, por simple deducción lógica, que si vosotros, los

trabajadores, invirtieseis el orden y empezaseis entregándoos el dinero a vosotros mismos para comprar las mercancías que necesitáis, podríais entonces pagaros los salarios a vosotros mismos y poner vuestra fuerza de trabajo a vuestra disposición? ¿No es verdad que la mercancía no existe, puesto que ya no hay ni intermediario ni beneficio mercantil, no hay ni salario, ni *dinero*, ni empleado, ni empleador?

Las luchas por los salarios de aquellos que producen para el capitalismo no permiten realizar el socialismo. El socialismo comienza con la organización del consumo. La organización del consumo crea el poder económico de los hombres que trabajan para la comunidad humana, así como las cosas que son la expresión material de ese poder: crédito mutuo, tierras, inmuebles, fábricas, maquinaria y todo lo que es necesario. La organización del consumo retira a los dueños parasitarios que amasan las riquezas su poderío económico y, con él, todo el poder: el capital, el valor de su dinero, sus trabajadores, la posibilidad de vivir sin asumir un trabajo productivo.

Si, en la época en la que el movimiento obrero todavía era joven, cuando estaba uncido a las revoluciones políticas que hacían posible la transformación rápida de las condiciones y de los hombres, los socialistas hubieran sabido lo que sabemos hoy, habrían reconocido lo que el mayor socialista, es decir, Proudhon, les decía antaño y lo que al cabo repetimos, mucho después, hoy: el socialismo no es cuestión de reivindicación y de paciencia, sino de acción. Si en el curso de los cincuenta últimos años no hubiésemos dejado de organizar con alegría y coraje, en estrecha relación con las necesidades de los trabajadores, primero el intercambio y, más tarde, la producción en sentido socialista, el último gran debate del socialismo hace mucho que habría llegado a su madurez de la mano de la unión de productores y consumidores. Esa unión a través de la organización del consumo y del crédito crea el poder económico que sustituye al capital y destruye el capital hostil. De esta forma se arrancan de las manos de los monopolistas todas las actividades de transformación de las materias primas. Pero queda la

lucha, contra los monopolios de primera categoría, por la producción de las materias primas y los alimentos esenciales. Queda la lucha por la naturaleza, que no puede ser producida por los hombres, la lucha por lo que pertenece por naturaleza a los hombres: la lucha por la tierra. Si esta materia, verdaderamente esencial, del socialismo —decimos nosotros— hubiese adquirido su madurez hace mucho y, con ella, hubiesen sido resueltas las grandes cuestiones políticas, el pueblo habría alcanzado la libertad y la autodeterminación. ¡Pueblo y tierra! ¡Tierra y libertad! Solo cuando las instituciones populares locales poseen la tierra, como otrora la poseyeron en todos los países, se realizan la esencia del pueblo y la libertad.

El espíritu del socialismo falta a menudo en las cooperativas hoy en día existentes. Faltan la voluntad y el objetivo. Acogen el más peligroso de los venenos para los alemanes: el espíritu de la burocracia. Esas cooperativas se han convertido en un fin en sí mismas, de tal suerte que su espíritu se ha visto ahogado por la mezquindad. Se rigen por las relaciones entre amos y esclavos, entre intermediarios comerciales que quieren vender mucho y una masa de miembros que debe comprar, también, mucho. Solo unos pocos saben que esas asociaciones están llamadas a subvertir nuestra vida material en todas sus formas. Claro que esto solo sucederá si todos los hombres que participan ponen manos a la tarea, conforme a una profunda subversión interna y a una fuerza de voluntad grande y sana. Sin embargo, las gentes que me ocupan no han conseguido sobrepasar la relación empleados-empleadores y han introducido en la cooperación sus hábitos de esclavos y sus deseos de venganza, así como las formas de los amos, que han aprendido rápidamente. Y cuando se conoce la actitud de las cooperativas de consumo con respecto a los trabajadores que producen en su interior, o a los que lo hacen para ellas, no se sabe lo que es peor: la conducta de los trabajadores organizados en su papel de cooperadores-empleadores, o bien la de los cooperadores-empleados, organizados en los sindicatos, contra las cooperativas.

Hay que actuar de manera distinta: lo que debe conducir hacia el final debe empezar en el espíritu y debe comenzar, por ello, por lo más pequeño.

Allí donde reinan el centralismo y la burocracia no hay ni comunidad, ni sinergia, ni liberación de las fuerzas gozosas.

Y, sin embargo, aunque esas cooperativas no tengan ni el espíritu, ni el fin, ni el fundamento que les conviene, y aunque la gran masa de sus miembros no sean considerados otra cosa que simples pagadores o compradores, la cooperativa es la única forma de organización de nuestro tiempo que lleva en sí misma, en su forma, el comienzo del socialismo. Hay que unir a los consumidores con el fin de que trabajen en virtud de sus necesidades en lugar de trabajar para el mercado capitalista: los cooperativistas serán de los nuestros una vez hayan tomado conciencia de lo que tienen que hacer. Por el momento son como esos príncipes de los cuentos que procuran un hermoso país sin darse cuenta de que ya están en él. Y ello por cuanto están rodeados por la niebla de la falsedad.

Se trata, pues, de mostrarles, a ellos y a todos los demás, lo que les falta, y no solamente de decirlo, porque la palabra pasa y se olvida rápidamente: lo que les falta es la tierra y el espíritu.

Más allá de las cooperativas burocratizadas que separan la administración y las masas de adherentes, el socialismo ya está presente en esos pequeños grupos que, por efecto de las luchas por el salario y de las huelgas, o en nombre de la vida desnuda y por razones de propaganda, salen del capitalismo al empezar a producir para satisfacer sus necesidades o buscar una clientela de obreros. En Alemania, y hasta ahora, hay pocos ejemplos. Pero los ha habido en Suiza, en Francia y en otros países de los cuales podemos aprender mucho, tan acostumbrados como estamos a un espíritu de pasividad estrecha y servil.

Cada vez que una lucha económica estalla en el seno de los sectores que atienden a las necesidades esenciales, los trabajadores implicados deberían preguntarse si no es el momento de privar al capitalismo de nuestro trabajo, y no solo durante unos pocos días, sino para siempre. Porque los trabajadores afectados

no son solo productores que han ido a la huelga, sino también muchos consumidores que en ocasiones son convocados para apoyar a aquellos a través del boicot. Pero hace falta que el boicot se vea acompañado de la organización del consumo y del tránsito a la producción obrera autónoma asumido por los consumidores organizados. Sin ello, el resultado no puede ser sino una subida momentánea de los salarios en el caso de los productores y un aumento duradero de los precios en el de los consumidores.

En cada lucha económica, en cada huelga, los trabajadores implicados deberían preguntarse si en ese periodo de inactividad no podemos trabajar y edificar algo por nosotros mismos, por nuestra unidad común. ¿No podemos prepararnos para organizar el consumo en común, aunque sea solamente, y para empezar, en los comedores populares que crearíamos y que haríamos vivir con nuestras propias fuerzas, incluso antes del final de la huelga?

Es evidente que hablo de pequeños comienzos, de pequeños gérmenes, de pequeñas células. ¡Pero son tantas las cosas que suceden una vez que el espíritu de la iniciativa, de la creación gozosa, del emprendimiento, de la esperanza, alcanza al pueblo, una vez que alcanza a las masas!

La alegría, la esperanza y la confianza habitan en nosotros, en quienes formamos parte de la Liga Socialista, y queremos expandirlas a nuestro alrededor. Ya tenemos suficiente en materia de retrocesos y de espera por lo que puedan hacer otros. Vamos hacia adelante en todos los dominios que participan de la vida nueva. Y los demás nos seguirán cuando nos vean puestos a la obra.

La etapa de la destrucción de los obstáculos —si es que son verdaderos obstáculos— llega cuando se está tan cerca que ya no hay, en medio, espacio posible. Hoy no hay sino obstáculos levantados por la anticipación, la imaginación y el miedo. Contemplamos ya los obstáculos que aparecerán, cuando el momento haya llegado, en nuestro camino y no hacemos otra cosa que ladrar.

¿Cuándo llegará el momento? ¡Dejemos al menos que llegue!

¿Qué es lo que puede provocarte violencia a ti, pueblo, si no lo haces tú por ti mismo?

Es preciso que la pequeña minoría vaya hacia adelante para convertirse en multitud.

Cuando lleguemos a la mitad del camino los enemigos habrán desaparecido o, al menos, no dispondrán de tropas suficientes para oponerse.

¿Dónde están esas tropas? ¿No se habrán desvanecido precisamente porque hemos llegado a ser más numerosos? ¿No será que nuestros antiguos enemigos se han sumado a nuestras filas?

¿No se habrá producido un efecto de eco? ¿Qué teme el pueblo? ¡El pueblo! ¿Qué impide actuar a las masas? ¡Las masas!

Vosotros mismos sois vuestros enemigos. ¡Edificad, fortaleceros, uníos! Cada uno de vosotros es doble: el que va hacia el socialismo le proporciona un amigo y le resta un enemigo.

Hace tiempo que deberíais saber que vuestra completa servidumbre es voluntaria y que realmente nadie puede impedir que actuéis por vosotros mismos.

Quien construye desde el espíritu justo destruye, al construir, los obstáculos más poderosos.

Si todos los que aspiran a alcanzar el socialismo lo desean de verdad, esto es, lo hacen realidad, seremos invencibles.

Por ahora, y hasta que llegue el momento en que el mundo estará con nosotros, queremos atraer a los demás hacia nuestra causa. Nosotros, el pequeño número de hoy, queremos actuar y hacer.

El verdadero socialismo, integral, vivo, nacido del espíritu que crea a su alrededor, empieza a existir en la colonia socialista. Y desde allí irradia por la tierra y por el pueblo.

DE 'SCHWACHE STAATSMÄNNER, SCHWÄCHERES VOLK!' (POLÍTICOS DÉBILES, PUEBLO AÚN MÁS DÉBIL), 1910

Un hombre muy pálido y muy agitado, muy enclenque y muy débil, traza unas notas en el papel, sentado en su oficina. Está a punto de componer una sinfonía. Trabaja con aplicación y hace

uso de todas las habilidades que ha aprendido. A continuación se ejecuta la sinfonía. Ciento cincuenta hombres tocan en la orquesta. En el tercer movimiento retumba el sonido de diez timbales, de quince yunques y de un órgano. Y en el último movimiento entran en acción un coro, a ocho voces, de quinientas personas y una orquesta *ad hoc* de pífanos y tambores. El público está entusiasmado ante semejante exuberancia de fuerza, ante ese impresionante poderío.

Nuestros hombres de Estado y nuestros políticos —y cada vez más la clase dominante como un todo— traen a la memoria a ese compositor moderno que, aunque carece de toda fuerza, es capaz de ordenar que las masas humanas aparenten disponer de ella. Detrás de todas las debilidades y de todas las impotencias, de la falta de eficacia y del derroche de esos hombres, hay una especie de gigantesca orquesta sometida a sus órdenes: el pueblo en armas, el ejército.

Los gritos de los partidos, la cólera de los ciudadanos y de los trabajadores, el puño cerrado en el bolsillo, ninguna de estas oposiciones o de estas críticas puede ser tomada en serio por el gobierno, ninguna puede ser considerada un poder real. Porque los elementos del pueblo que por su naturaleza deben ser los más radicales —los jóvenes de 20 a 25 años— se mantienen, organizados en regimientos, detrás de gobiernos incapaces, cuyas órdenes siguen sin albergar ninguna duda. En esas condiciones nadie, en el extranjero, en el país o en el seno del propio gobierno, se percata del estado deplorable de nuestra situación política y de la incapacidad de nuestros dirigentes.

Nosotros, los socialistas, hemos tomado conciencia de que el socialismo, esto es, la *conexión inmediata de los intereses verdaderos*, lucha desde hace más de cien años contra esa política que no es sino una dominación de los privilegiados en medio de un sinfín de ficciones. Esperamos mantener, en la medida de nuestras fuerzas, despertando el espíritu y construyendo otras realidades sociales, esa poderosa tendencia histórica que debe conducir a los pueblos hacia la libertad y la igualdad social. Nada en absoluto tenemos que ver con la política estatal.

Si, con todo, se demostrase que los poderes del no-espíritu, que representan la política de la violencia, todavía son capaces de provocar el nacimiento de grandes personalidades, de políticos de envergadura, determinados y enérgicos, mostraríamos algún respeto por esos hombres, aunque se encontrasen en el campo enemigo, y podríamos llegar a preguntarnos si los poderes del viejo mundo no están destinados a pervivir mucho tiempo. Y, sin embargo, poco a poco se hace evidente —podríamos observar algo similar en otros países— que el poder del Estado ya no reside en el espíritu y en la fuerza natural de sus representantes: reside en adelante en el hecho de que las masas, incluso las más descontentas, incluidas las proletarias, ignoran que están llamadas a separarse del Estado y a fundar lo que debe reemplazarlo. Esto no solo es verdad en Alemania. Lo es también en otros países.

Por un lado, están el poder estatal y la impotencia de las masas, escindidas en una multitud de individuos aislados y desvalidos. Por el otro, la organización socialista, una sociedad de sociedades, una alianza de alianzas, un pueblo. Esos son los dos extremos que deben enfrentarse en tanto que realidades. El poder del Estado, el principio del gobierno y la naturaleza de los hombres que representan al viejo mundo van a debilitarse cada vez más. Y todo el viejo sistema se verá irremediablemente condenado si el pueblo empieza a constituirse al margen del Estado. Pero los pueblos no han comprendido todavía que el Estado desempeña una función precisa y que sigue siendo una necesidad inevitable en tanto falte aquello que está llamado a sustituirlo: la realidad socialista.

Una mesa puede ponerse boca abajo, y es posible romper un cristal. Pero qué logrados charlatanes, qué ingenuos adoradores de frases hechas son todos aquellos que consideran que el Estado es un objeto o un fetiche que podría destruirse, rompiéndolo sin más. El Estado es un vínculo, una relación entre los hombres, una manera que estos muestran de comportarse los unos con los otros. Y se destruye cuando se desarrollan otras relaciones, cuando nos comportamos de manera diferente los unos con los otros.

El monarca absoluto podía decir: el Estado soy yo. Y nosotros —que también estamos presos dentro del Estado absoluto— debemos reconocer esa verdad: el Estado somos nosotros. Lo seguiremos siendo durante mucho tiempo en tanto no seamos otra cosa, en tanto no perfilemos instituciones que establezcan una verdadera comunidad y una verdadera sociedad de seres humanos.

DE 'VOM FREIEN ARBEITERTAG' (EL 'CONSEJO' OBRERO LIBRE[84]), 1911

Algunas personas aducen que todo lo que la Liga Socialista desea hacer para crear el socialismo es establecer colonias y asentamientos. Nada más lejos de la verdad. Quienes afirman tal cosa no nos conocen en absoluto. De forma similar, las acciones más recientes del grupo Arbeit de la Liga Socialista en Berlín —acciones a las que se han sumado otros grupos— no deben interpretarse como un retorno a la perspectiva proletaria, a la perspectiva de la lucha de clases. Es absurdo concluir que hemos dejado de lado nuestros objetivos y nuestros métodos. En modo alguno hemos cambiado. Ustedes, queridos oyentes, disfrutan ahora de la oportunidad de modificar su opinión de resultas de un mejor conocimiento de lo que somos. Siempre hemos dicho que no podemos explicar e ilustrar lo que somos a los ojos de todo el mundo y de forma inmediata. Así las cosas, no es sorprendente que se hallen ustedes confusos en lo que se refiere a lo que queremos y somos. Aun así, procuraremos hacer la luz.

Los gobiernos de los Estados europeos parecen disfrutar cuando castigan al pueblo con la guerra. Primero Alemania, después Francia, Inglaterra, España, y ahora Italia y Turquía. Es una realidad que estamos intentando enfrentar. La otra es que

84. La traducción es figurada. Véase Gustav Landauer, *Revolution and Other Writings. A Political Reader* (Merlin, Pontypool, 2010), pág. 218.

la socialdemocracia alemana y los sindicatos se encuentran en una posición patética y miserable. Sus representantes hablan mucho pero no hacen nada. De resultas, pensamos que es imposible iniciar el socialismo entre los trabajadores alemanes a través exclusivamente de la propaganda y de la educación. ¿Qué consecuencias podrían tener esas herramientas cuando falta el *sentido* de lo que el socialismo verdadero significa? ¿Qué consecuencias podrían tener cuando el alma y la mente de los trabajadores, su paciencia y su coraje, han sido maltratadas durante sesenta años?

Además, no creemos que el socialismo sea una materia privativa de la llamada *clase trabajadora*. Apelar exclusivamente al pueblo no nos ayudará. La apelación es la actividad de los artistas y de los comediantes profesionales. Lo que tenemos que hacer —y esto nos afecta a todos, a los integrantes de todas las clases— es mostrar a los demás, y mostrarnos a nosotros mismos, lo que el socialismo supone *en la acción*. Debemos hacer real el socialismo, en la medida de lo posible, *aquí y ahora*.

En lo que respecta a un activo desarrollo social y cultural, no podemos esperar más de la clase trabajadora que de otras clases. Y, sin embargo, los hechos parecen muy diferentes en términos de indignación y de rechazo, de emoción y de fuerza, imperativos en lo que se refiere a una resistencia efectiva. Eso que se describe a sí mismo como el *movimiento socialista* o el *movimiento de los trabajadores* está constituido hoy por numerosas corrientes y sectas. Hay unidad en lo que atañe a los principios más importantes, ignorados, eso sí, por los líderes, los funcionarios públicos y los burócratas. Eso es lo que explica que el movimiento en su totalidad corra peligro de desaparecer o se limite a cerrar el puño dentro del bolsillo. Ahí es donde empieza nuestro trabajo. Tenemos que identificar, claramente y sin reserva alguna, qué es lo que está en juego. Tenemos que motivar a quienes siguen a otros —casi, parece, con el olfato— para que vuelvan a sí mismos, para que reaviven su conciencia y su voluntad de autodeterminar su futuro. Esa es la razón por la que afirmamos lo que sigue.

Los obreros socialistas auténticos no tienen intereses patrióticos. Como es lógico, aman los paisajes en los que viven, y aman la lengua y las costumbres del lugar. Pero saben perfectamente que las disputas entre los gobiernos no se refieren a paisajes, lenguas o costumbres. Remiten, antes bien, al dinero.

Los obreros socialistas auténticos no desean la guerra. Rechazarían incluso una revolución que se tradujese en un asesinato de masas, tal y como lo hace el Estado en tiempos de guerra. Se oponen a la guerra, no solo porque no se identifican con sus objetivos, sino, más aún, porque los detestan.

Hay algo que el verdadero obrero socialista siente, en sus manos y en los músculos que se contraen, cuando está trabajando: cuando la producción se detiene, ningún gobierno puede ir a la guerra.

El deber de todos los socialistas es convertir este sentimiento en conocimiento y voluntad.

En caso de guerra, incluso en la eventualidad de las amenazas creadas por un gobierno belicoso, los trabajadores deben prepararse para afrontar todas las dimensiones de un paro. Los gobiernos necesitan saber qué es lo que ocurrirá. Muchas decisiones tienen que adoptarse antes de que sea demasiado tarde: la forma de la huelga, los sectores a los que afectará, el momento exacto en el que cobrará cuerpo y la declaración que la anunciará.

Uno de los beneficios derivados de la huelga será que los trabajadores socialistas se percatarán de que, sobre la base de los principios que comparten, pueden constituir, a pesar de las diferencias, una unión real, una liga. Será el detonante de un sinfín de acciones futuras basadas en un espíritu común.

Necesitamos comprender lo que sigue, algo compartido ya por muchas personas: si los gobiernos y las capas privilegiadas en el terreno político, social y económico son los enemigos de la clase trabajadora, el mayor obstáculo en materia de desarrollo real y de eficacia de los trabajadores es la burocracia que ellos mismos han creado en forma de partidos y sindicatos. Las acciones de los trabajadores solo pueden ser efectivas cuando

abandonan el sistema de representación permanente, el ruinoso sistema parlamentario que han copiado del Estado. Frente a ello deben unirse en grupos y alianzas basadas en lazos particulares y comunidades locales. Un debate permanente en el interior de esos grupos es de la mayor importancia.

Aunque en ocasiones la representación puede ser necesaria a efectos prácticos, los delegados han de designarse en estricta relación con tareas precisas y nunca deben perder el vínculo con quienes los eligieron. Sabemos que no es eso lo que ocurre en el caso del Partido Socialdemócrata y en el de los sindicatos centralizados. Estas instituciones nada saben de una democracia real. En ellas imperan la demagogia parlamentaria y la burocracia gubernamental. Los trabajadores alemanes nada saben de autodeterminación, de la vida de un pueblo unido, de la libertad y de la unidad. Si quieren recuperar el control de su destino, deben dar un primer paso: deben reunirse en una liga y actuar.

La Liga Socialista ha sido creada con ese propósito. Pero no es un medio supeditado a un fin. La unidad de los trabajadores de la mano de una acción que se autodetermina constituye una parte decisiva en la creación de la verdadera sociedad, de un pueblo verdadero, esto es, de un *socialismo* verdadero.

Invitamos a los trabajadores alemanes a preparar una conferencia libre y general. Será una señal clara de que están dispuestos a pasar a la acción y a controlar los asuntos públicos. Se está formando una comisión encargada de preparar esa conferencia. Pronto formulará algunas propuestas que deberán discutirse donde los trabajadores se reúnan, en las obras en construcción, en las fábricas y en los talleres. En su caso se formarán grupos que representen a ciertas profesiones, pero serán objeto de creación directa, al margen de las estructuras de los partidos y de los sindicatos.

La conferencia, el cimiento de un consejo obrero libre, no dispondrá de una asamblea en un lugar preciso. Encuentros desarrollados en paralelo en diversas ciudades y regiones demostrarán y fortalecerán la unidad de los trabajadores.

No nos hacemos ilusiones en lo que hace a esta empresa. Es un reto mayúsculo. Por un lado, sabemos qué es lo que tenemos que hacer, qué deberíamos hacer y qué no podemos lograr; por el otro, nadie puede predecir el resultado. Puede ser algo formidable o, por el contrario, algo modesto, al amparo de un desarrollo rápido o lento. Y, sin embargo, si cada uno de nosotros hace lo que tiene que hacer, demostraremos que están equivocados quienes preconizan la inacción por cuanto no tienen *fe en las masas* (en realidad carecen de fe en sí mismos). El apocamiento y la duda nunca han llevado a ninguna parte.

La tarea de quienes comparten nuestra idea es propagar entre los trabajadores, allí donde puedan, este comienzo socialista: en fábricas, en talleres, en donde sea. Quien quiera formular sugerencias, generales o específicas, que lo haga. No estamos hablando de teorías, erudición, ciencia o filosofía. Luchamos por algo simple, por lo natural, lo evidente. Se hará realidad gracias al pueblo. Convocamos para determinar nuestro destino, para hablar más fuerte y para actuar en nuestro propio nombre.

DE 'BRIEF AN MAX NETTLAU' (CARTA A MAX NETTLAU), 1911

Querido Nettlau:

Creo que tus comentarios son muy convincentes y entiendo tus razones. Estás en lo cierto en lo que respecta al hecho de que ya me había interesado antes por esas cuestiones. Quizás deberías mirar los hechos desde mi perspectiva y analizarlos en los términos que yo empleo. Entenderás mejor esos términos cuando hayas leído mi *Llamamiento al socialismo.* Es indispensable distinguir entre realidades materiales como la tierra y sus productos, por un lado, y realidades complejas como el Estado y el capital, por el otro. Sin esa distinción no son posibles ningún conocimiento y ninguna acción reales. El Estado, y otro tanto cabe decir del capital, es una relación entre seres humanos, es

una forma —activa y pasiva— de actuar y de sufrir que ha pasado de generación en generación. Étienne de La Boétie lo ha explicado de una vez por todas.

Me niego a dividir al pueblo entre aquellos que dirigen el Estado y aquellos que sirven a este último. Las relaciones humanas dependen de la conducta humana. La posibilidad de la anarquía nace de la creencia de que el pueblo puede modificar *siempre* su conducta. Para cambiarnos a nosotros mismos y para cambiar las condiciones sociales debemos utilizar la libertad, limitada, de la que disfrutamos. Somos nosotros quienes tenemos que actuar, creando la mayor libertad y la mayor unidad posibles. ¿Quién negará que hemos hecho un uso muy liviano de las posibilidades a nuestro alcance?

Somos como niños que disponen de muchos juguetes pero que, con terquedad, se niegan a utilizarlos porque lo que quieren son los muñecos de su hermano mayor. Tal vez regresemos al mundo de ese fantasma sin vida, pasivo y letárgico, que se aparecía a nuestros antepasados y ahora se nos aparece a nosotros (claro que sabemos que esos fantasmas acosan a la gente viva, que se comporta como corales o caracoles que se esconden en una casa que transportan ellos mismos).

Lo anterior justifica mi respuesta a tu comentario sobre Tucker. Dices que Tucker tiene derecho a rechazar una revolución que no se ajusta a sus objetivos. Naturalmente. No aprecio ningún problema en ello. Sumarse o no a una revolución remite a una cuestión delicada que cada cual debe resolver por su cuenta, y ello incluso aunque no puede adelantarse ninguna respuesta antes de que la revolución estalle.

Mi objeción tiene que ver únicamente con la pasividad de aquellos que no encuentran ninguna tarea que desarrollar *ahora mismo*. Mientras los anarquistas —sea cual sea la escuela a la que pertenezcan— interpongan una eternidad entre ellos mismos y lo que desean crear, nunca crearán nada. Evocaré el lema que reza *Hic Rhodus, hic salta* (Aquí está Rodas, ¡salta!) mientras tengamos la oportunidad de hacer algo, por limitado que sea.

Quienes hablan constantemente de los obstáculos que hay que enfrentar y de aquello sobre lo que tenemos que triunfar actúan así porque no tienen nada mejor que hacer. Esto significa que rechazo reducir las relaciones entre las personas a la compraventa de cerillas, rocas o campos. No me asusta que las gentes luchen contra otras gentes. Ni me asusta defender esa lucha. Pero creo que solo se hace necesaria cuando hayamos agotado todas las posibilidades de que nuestro enemigo deje de interponerse en nuestro camino.

Mi libro demostrará que disponemos de nuestro propio *capital* aun cuando carezcamos de la tierra y de sus productos. La lucha contra nuestros enemigos humanos solo podrá empezar cuando empleemos nuestro capital y reclamemos la tierra. Lo mismo sucede en el ámbito del Estado. Hemos sido capturados en una tela de araña. Si no fuera así, nuestras cooperativas, asentamientos y federaciones serían realidades increíbles. Nos falta corazón y claridad. Cuando hagamos lo que podemos hacer nuestros enemigos se estremecerán.

Pero ¿quiénes somos *nosotros*? Para que seamos muchos más —muchos más de los que muchos de nosotros pueden imaginar— bastará con que hablemos la lengua justa, la lengua de la inocencia en vez de la lengua de los filisteos. Ello —y no solo ello— reclama capacidad de autocrítica. También en mi caso, el de una persona que está empezando a liberarse de la tela de araña. Tengo que aprender a hablar de forma diferente. Aun así, cuando hayamos aprendido a hablar la lengua justa, seremos tantos que será posible emplear la lengua que realmente cuenta: la lengua del ejemplo y la del comienzo.

Saludos calurosos.

Tuyo, Gustav Landauer.

DE 'MEXICO' (MÉXICO), 1914

No hay duda alguna de que la revolución en México —tal y como ya se ha explicado en esta misma publicación— dura desde hace

tanto porque se basa en una revolución social y no se reduce a una de carácter político. Esa es la única razón por la que ningún arribista ha sido capaz de establecer su autoridad con la ayuda de las clases monopolistas. Una revolución social no acepta la consigna *paz y orden* en tanto no llega a su término. Para encontrar seguidores, los arribistas tienen que fortalecer el *desorden* en el país; es fácil para ellos, incluso si sus personalidades no son particularmente atractivas y no son particularmente fuertes sus vínculos con las clases privilegiadas.

Parece que hay numerosas declaraciones que aseveran que esta revolución aspira a hacerse con el poder político, y que la guerra de guerrillas y la expropiación son sus medios principales. Y, sin embargo, el verdadero significado de la revolución es la transformación económica, la lucha contra la propiedad privada y el monopolio. Eso es lo que hace que perdure en el tiempo.

A veces tenemos la impresión de que el llamado Partido Liberal Mexicano de los hermanos Magón, en realidad una organización anarquista, solo existe en el sur de California, de que se ha exagerado la dimensión social de la revolución, de que se han idealizado sus objetivos y de que no estamos sino ante una ilusión que mezcla deseos y realidad. Y, sin embargo, ahora sabemos con certeza que Zapata y sus seguidores han colocado el lema *tierra y libertad* en sus banderas, y actúan en consecuencia. Lo mismo cabe decir de los campesinos y de los jornaleros —muchos de ellos indios y mestizos, los llamados *peones*— que se les han unido.

Los zapatistas, unos diez mil hombres, operan en el norte del país. Sus actividades han sido descritas en los últimos tiempos por el previsiblemente airado corresponsal del *Frankfurter Zeitung*. Piden el reparto de todas las grandes haciendas y han empezado a aplicarlo en las que ocupan. De acuerdo con *Regeneración*, el diario del Partido Liberal Mexicano, ello ha sucedido en Morelos, el sur de Puebla, Michoacán, Guerrero, Veracruz, el norte de Tamaulipas, Durango, Sonora, Sinaloa, Jalisco, Chihuahua, Oaxaca, Yucatán y Quintana Roo.

El *Frankfurter Zeitung* señala que las acciones de los zapatistas acarrean quemar los archivos y acabar con la memoria del antiguo régimen. El artículo agrega que el programa de esos rebeldes del norte está repleto de *frases socialistas*. No obstante, la política zapatista a duras penas se limita a las *frases*. Tal y como lo confirma el propio corresponsal, los zapatistas han confiscado toda la propiedad privada de los ricos, de tal suerte que su gobierno provisional administra ahora minas, industrias cerveceras y fábricas. Aunque a nuestra prensa burguesa le moleste, es probablemente cierto lo que afirma *Regeneración* cuando señala que "la prensa burguesa en México ha tenido que admitir que los trabajadores han tomado posesión de la tierra por sí mismos, y no han esperado, para hacerlo, a que apareciese algún gobierno condescendiente...".

Si ello es cierto, no nos sorprenderá la impresión difundida por un escritor norteamericano, John Kenneth Turner, en el número de junio de la respetada publicación *The New Review*, en un artículo titulado "Por qué estoy con Zapata": "Analfabetos como son, los numerosos mexicanos que luchan, las armas en la mano, saben mejor lo que quieren que cualquier número igual de norteamericanos *superiores*, y saben mejor cómo conseguir lo que quieren".

Frente a esta realidad, no debería sorprendernos que tanto el presidente de Estados Unidos como los grandes terratenientes norteamericanos hayan ido convenciéndose poco a poco de que la tierra pertenece al pueblo mexicano, esto es, al pueblo que la trabaja. La importancia de ello no sorprenderá a quienes recuerdan la cruda explotación y las condiciones semiesclavistas que han pervivido en el campo mexicano y en los latifundios de propiedad estadounidense (véanse los artículos publicados en *Der Sozialist* a partir de 1911). Era lógico que, a través de una ambiciosa reforma agraria, el presidente Huerta intentase salvar su gobierno unas pocas semanas antes de verse obligado a dimitir por efecto de la presión que llegaba de todas partes. *Los Angeles Times*, portavoz de los explotadores californianos, denunció

la propuesta de Huerta como "el mayor plan de confiscación nunca propuesto por un gobierno".

Ahora puede apreciarse claramente que la revolución mexicana no solo construye en relación con la cuestión de la tierra: los revolucionarios reivindican activamente esta última con respetable éxito y sus acciones son aplaudidas por la población e incluso por algunos políticos. Podemos observar también claramente que el Partido Liberal Mexicano no solo produce contundentes manifiestos revolucionarios, llenos de esa maravillosa expresividad y emoción del español, sino que configura al tiempo una fuerza social real. Aunque el partido puede llamarse *liberal*, declara abiertamente su orientación anarquista. No debe en modo alguno subestimarse el peso de la facción correspondiente, la más fuerte dentro de una gran revolución. De forma llamativa el Partido Liberal se dirige al Congreso Anarquista Internacional con una declaración, precisa y orgullosa, que demanda el reconocimiento de la revolución mexicana, no como "una simple guerra de capitalistas, políticos y bandidos", sino como una empresa en la que la recuperación de la tierra por el pueblo trabajador se considera "el primer paso para garantizar el pan y la libertad económica". El Partido Liberal Mexicano solicita por añadidura que todos los pueblos reconozcan el carácter ejemplar de las acciones de los revolucionarios.

De por medio hay, con todo, dos discusiones diferentes. La primera reclama un reconocimiento sin reservas: una vez que la revolución —por razones políticas, no debemos olvidarlo— estalló, los jornaleros mexicanos actuaron de forma ajustada a la realidad de un país escasamente poblado en el que la tierra es todavía abundante. Tomaron lo que necesitaban de los monopolistas y de los terratenientes. En lo que se refiere a la fijación de un modelo, sin embargo, no hay por qué negar que las condiciones en nuestros países son significativamente diferentes, de tal suerte que nosotros, como anarquistas, todavía tenemos mucho que hacer para emular el ejemplo de los campesinos mexicanos. Necesitaremos mucho tiempo para alcanzar lo que

ellos han alcanzado. Lo anterior quiere decir también, sin embargo, que no nos toparemos con los mismos problemas que están a punto de encontrar ellos.

Seamos claros: la tierra que el pueblo mexicano ha conquistado ya y la que conquistará en un futuro próximo —¡tendrán que hacerlo con rapidez!— lo más probable es que quede en sus manos. Es un enorme triunfo del que toda la humanidad se beneficiará y que merece ser celebrado. Al mismo tiempo, y sin embargo, veremos cómo ese triunfo se verá sometido enseguida a trabas que procederán, en particular, de la administración burocrática que quedará en manos de la nueva entidad política que inevitablemente surgirá de la revolución, se llame Unión Norteamericana o República Mexicana.

Si es cierto que los éxitos sociales y económicos determinarán la altura de la revolución, también lo es que nuevas formas de poder político marcarán su final y obligarán a considerar el retorno a sus comienzos. No puede establecerse la verdadera anarquía, como no pueden establecerse la sociedad verdadera, la libertad verdadera y la justicia verdadera. Sobre la base de las significativas mejoras que restarán sobre el terreno se revelarán una nueva violencia, nuevos monopolios y una nueva explotación, y habrá nuevas luchas. La historia no ha esquivado a ningún pueblo. Debemos desear que en México, y en cualquier otro lugar, la etapa intermedia, la etapa de paz, sirva para preparar y para crear el socialismo.

Hemos empleado el término *anarquistas* en relación con el Partido Liberal Mexicano revolucionario. No es muy frecuente que actuemos así. Anarquismo y política partidaria están en contradicción. En este caso, sin embargo, realmente nos hallamos ante un *partido* anarquista, circunstancia que explica al tiempo su éxito contemporáneo y su inevitable derrota futura.

Hay tres grandes modalidades de actividad anarquista. Todas merecen este adjetivo porque es el que emplean los protagonistas y porque estos últimos comparten el rechazo del Estado, desean la libertad y propician la unión voluntaria sobre

la base de sus creencias. Una primera modalidad de actividad anarquista es la lucha individual en momentos en los que las masas se contentan con escuchar discursos. Esta modalidad, determinada por la llamada *propaganda por el hecho y por la insurrección*, pertenece a la historia. Una segunda modalidad es la interferencia en revoluciones políticas que han suscitado el apoyo popular. La tercera la ofrece la preparación y la creación de los fundamentos espirituales y económicos de una sociedad de sociedades sin Estado.

Los anarquistas mexicanos entraron en actividad en una revolución cuya erupción apenas provocaron. Esto significa que solo han podido estar inmersos en la segunda modalidad recién mencionada. Para la tercera, la fundamental, es demasiado tarde. Su anarquía no podrá servir para otra cosa que para ayudar a recuperar la tierra en provecho de quienes han sido privados de ella por medios violentos. Los liberales mexicanos no podrán esquivar la institucionalización de una nueva violencia autoritaria una vez la revolución se haya desvanecido, ni serán capaces de evitar que esa violencia opere al servicio de las clases privilegiadas y acorrale al pueblo trabajador.

No podemos hacer una revolución social. Los liberales mexicanos no han hecho ninguna. Solo pueden servir como instrumentos para una revolución política y para emplear a los políticos como herramientas de la expropiación socialista. En su calidad de interrupciones de la historia, las revoluciones desempeñarán probablemente un papel en la gran transformación social que nos proporcionarán nuevas formas de sociedad y de espíritu. Pero la transformación social considerada como un todo no puede reducirse a tales interrupciones.

Nuestra tarea no debe consistir en imitar un gran episodio revolucionario en un país escasamente poblado y apenas industrializado. Nuestra única tarea debe ajustarse a la tercera modalidad de actividad anarquista antes mencionada. En nuestra situación esa debe ser la prioridad absoluta. Una vez más el objetivo es *la preparación y la creación de los fundamentos espirituales y económicos de una sociedad de sociedades sin Estado.*

Creemos en una verdadera anarquía. Creemos que un día la explotación capitalista tocará a su fin, como ocurrió con el feudalismo. Entonces no surgirá ninguna nueva forma de privilegio económico, sino que emergerán comunidades y alianzas —*una humanidad*— que crearán instituciones de intercambio justo. Creemos —de hecho, podemos verlo con claridad— que el odio y la violencia, con todas sus terribles consecuencias, nos parecerán un mal sueño cuando los fundamentos, las formas y el funcionamiento tranquilo de una sociedad sin explotación hayan quedado garantizados.

Por eso hemos decidido asumir un enfoque diferente del que abraza el *partido* anarquista revolucionario mexicano: tenemos que permitir que el espíritu —un espíritu que siempre sabe lo que tiene que hacer— se materialice. Tenemos que crear humanidad. Tenemos que evitar que las grandes interrupciones de la historia, con sus éxitos, se vean limitadas por la ley y la arbitrariedad.

¡Saludamos a los bravos revolucionarios mexicanos! Y los invitamos a ir más allá del apasionante y tempestuoso trabajo revolucionario contra la decadencia y la putrefacción de la sociedad, para que se unan a nosotros en la tarea, aún más importante, aunque sea lenta y gradual, de liberar y de crear espíritu, permitiendo con ello que los pueblos de la humanidad establezcan cooperativas económicas, comunidades y alianzas.

DE 'VERHANDLUNGEN DES PROVISORISCHEN NATIONALRATES DES VOLKSSTAATES BAYERN IM JAHRE 1918/19' (ACTAS DEL CONSEJO NACIONAL PROVISIONAL DEL ESTADO POPULAR DE BAVIERA EN LOS AÑOS 1918/1919), 1918

¡Señoras y señores! Todo lo que afirmaré en esta sede no lo diré en nombre del Partido Socialdemócrata Independiente, por cuanto no deseo hacer a este responsable de nada. Hablaré, eso

sí, con la aprobación de la Fracción Socialdemócrata Independiente.

¡Señoras y señores! Si piensan en el desarrollo de esta revolución hasta el día de hoy, si consideran que en este parlamento, el primero desde el final de la revolución, se pueden escuchar discursos como por ejemplo los del honorable Hohmann o los del honorable Hauptmann, que desarrolló ayer su intervención, si después cotejan los datos con la impresión de energía efervescente y de firmeza que va dirigida al fondo que ayer, en esta misma sala, ha hecho valer nuestro presidente Kurt Eisner, entonces podrán preguntarse: "¿Cómo puede explicarse todo esto?". Por un lado, está la revolución más tranquila y humana que se haya revelado nunca (aparte del hecho de que se ha desarrollado sin derramamiento de sangre, en particular aquí en Baviera), acompañada de una plena libertad de expresión y de prensa. Por el otro se halla la impresión de que, en el mismo día que siguió a la revolución en cuestión, los viejos partidos se han recuperado rápidamente, han salido quizá del desconcierto y del estupor, y se han adaptado a la nueva situación. No creo que haya gran cosa de lo que sorprenderse. Hablo de los partidos burgueses que —disculpen la expresión popular, dicha de forma amable— han cambiado de posición con la rapidez de un mono, o de la socialdemocracia, de aquella socialdemocracia que gobernaba al viejo estilo y que se comporta como si no hubiese sucedido nada, que de hecho no siente la necesidad de considerar la revolución como un cambio notable, que como mucho, en alguno de sus exponentes políticos, parece irritada como si tuviese que encarar un contratiempo que el programa y la táctica no habían previsto y que trastabilla el proyecto general de las organizaciones políticas y sindicales tradicionales.

Otras muchas corrientes han experimentado una impresión igualmente desagradable, en especial en lo que hace a los discursos relativos a la procedencia, al origen, al origen espiritual de esta revolución, a su significado. De hecho, no puede hablarse de la génesis de la revolución sin hablar al tiempo de los orígenes y de las responsabilidades vinculados con la guerra.

Acaso recordarán el durísimo ataque asestado por el canciller Michaelis —ya fallecido, Dios lo tenga en su gloria—, junto con el honorable Von Capelle, contra algunas personas —en realidad contra el Partido Socialdemócrata Independiente como un todo— en relación con algunos movimientos insurreccionales registrados en la armada. En el momento en cuestión, sin que se desarrollase ninguna investigación y sin asomo de prueba alguna, se insinuó que el partido era responsable del motín, y por ello era también culpable de traición a la patria. Hoy que no estamos inmersos en el viejo régimen debemos admitir, recordando los hechos, que para amplios sectores de la opinión pública aquellos eran los primeros síntomas de un movimiento de revuelta serio y en expansión, de un auténtico movimiento revolucionario entre los soldados. Ese movimiento no nacía de protestas genéricas contra los oficiales, o de razones relativas a determinadas situaciones específicas; tampoco del hecho de que los soldados y los marineros de la flota de alta mar disfrutasen de tanto tiempo libre que pudiesen interesarse por cuestiones culturales, históricas o de otro tipo. El movimiento remitía a la condición de un pequeño grupo de hombres que habían llegado a conclusiones precisas en lo que hace al origen de la guerra y a la responsabilidad de Alemania. Se trataba de un grupo que en modo alguno se había perfilado conforme a criterios estrictos de pertenencia partidaria, pero que, y por ejemplo, configuró un componente específico de la Liga de una Nueva Patria. Se trataba de hombres que sabían lo que otros podían pero no querían saber.

En esta sede se afirmó ayer que Alemania es el único país en el cual se puede escupir en el plato en el que se come. Aunque la expresión no es la que literalmente se empleó, el significado era ese. Hay que distinguir bien, sin embargo, entre el país, el pueblo y el otrora gobierno alemán, una realidad esta última que se ha cubierto de vergüenza. Un inglés no dice "*right or wrong, my government*" —justo o equivocado, es mi gobierno—, sino "justo o equivocado, es mi país". Aquel que no defiende a la patria propia, al propio país, al pueblo correspondiente,

que ha demostrado ignorancia, servilismo, conformismo o esa mentalidad sumisa que le ha sido impuesta e inculcada a través de la educación, ¿arrastra una gran culpa?

Pero cuánto pesa la culpa pasiva del pueblo alemán, que ciertamente ha soportado, tolerado, ignorado y cerrado los ojos, dejándose dominar, frente a la culpa ingente de aquellos que, muy bien informados, conscientes de todo, han hecho esta guerra (sí, la han hecho: ¿de qué otra forma podríamos expresarlo?). Claro que se dirá: "Seguro que no son los únicos culpables". La guerra se ha ido forjando poco a poco en el curso de décadas. Hemos podido observar cómo en todos los países la situación se ha ido haciendo cada vez más amenazadora. Hemos visto al presidente Poincaré, hemos contemplado las relaciones políticas en Rusia, se ha certificado lo que se ha definido como un cerco sobre Alemania. Sobre todo esto tengo mis opiniones. Pero la cuestión es la siguiente: hay que saber distinguir entre la posibilidad —lo concederé: la probabilidad— de que antes o después estallase una guerra y el estallido de esta guerra precisa. Es indiscutible: a partir de 1870-1871 —de nuevo, y sobre todo, por culpa de Alemania— las relaciones entre los Estados se han deteriorado progresivamente, hasta el punto de que una nueva guerra parecía inevitable. Dejada atrás la era bismarckiana, una época de violencia, en el mismo momento en que las instancias encargadas del desarme, del entendimiento internacional, estaban encontrado un eco notable en todos los países, hasta alcanzar a las instancias de gobierno, Alemania, en consonancia con la conferencia de La Haya —quien no haya estudiado seriamente los informes debe hacerlo—, optó por un aislamiento voluntario.

Un país se coloca voluntariamente al margen, manteniendo posiciones belicosas y con la espada desenfundada, mientras los otros alcanzan acuerdos de paz y de recíproco respeto. Pero el alemán ingenuo estima que su compatriota atrincherado en su estilo belicoso es víctima de un cerco.

Los otros, los que rechazan la actitud medieval del caballero amenazante y aguerrido, los otros, que por haber llevado a

cabo esa revolución que ha faltado en Alemania han alcanzado cierto grado de libertad, se han aliado entre sí y se han preparado para la defensa, dando a entender que, aun no queriéndolo, en caso de necesidad estarán en disposición de responder. Sabían que Alemania por sí sola, dada su organización, su actitud y su preparación militares, era casi tan fuerte como todos los demás Estados considerados en conjunto.

Ese es el supuesto cerco que padece Alemania. Algunos hombres, y también algunas mujeres, se percataron de en qué medida fuera del país, hasta julio de 1914, todo el mundo sabía, tanto los neutrales como los llamados *enemigos*, que Alemania había planificado la guerra.

Podemos afirmar, y podemos demostrar, que si el archiduque Francisco Fernando d'Este viviese hoy tranquilo en cualquier lugar como príncipe destronado, en el mes de agosto de 1914 la guerra habría estallado igual: se habría encontrado otro motivo, otra ocasión, otro pretexto.

Alemania ha buscado los pretextos para esta guerra a diestra y siniestra, sirviéndose de la crisis marroquí. No siempre han funcionado. La guerra habría debido desencadenarse en 1911 o, después, en la primavera de 1913, cuando se hizo valer una oposición exterior y hubo que aguardar un poco de tiempo más. En 1914 —tenemos la prueba, una prueba importante y meritoria proporcionada por el gobierno revolucionario bávaro— de que el mando militar alemán llegó a la convicción de que el momento decisivo había llegado, de que la cosa estaba madura, y de hecho la guerra empezó.

Empezó como un resplandor, que era —hablo desde el punto de vista puramente militar— todavía mayor que el que se manifestó entre los sucesores de Federico el Grande, que permanecieron sentados o marcharon a dormir antes de la batalla de Jena. Desde el punto de vita militar el pueblo ha experimentado un fracaso sin parangón. Se pensaba: "Ah, los ingleses. ¿Qué podrán hacer? No se han preparado durante decenios, a diferencia de nosotros". Y siguieron pensando igual: "Ah, los norteamericanos, qué estupidez, un ejército de circo ecuestre",

así los ha definido nuestra mayor autoridad militar. ¿Y qué es lo que hemos visto? Que los hombres que iban a la guerra por una idea, por un ideal, en un año estuvieron en condiciones de ponerse a punto, e incluso de superar todo aquello que había sido creado al calor del ruido del militarismo alemán, que no peleaba para defender un país o una idea, sino solo para garantizar el poder y el dominio.

Se ha dicho en este lugar —quiero volver a ello— que solo el alemán, con su fanático sentimiento de la justicia, es capaz de actuar airadamente contra su patria. No es una afirmación justa. La mayor parte de ustedes conoce al menos el título de un libro de un alemán, publicado fuera del país, durante la guerra: *J'accuse.* ¿No les dice nada ese título? Su autor germano, Richard Grelling, que se ha inclinado, por xenofilia, por elegir un título francés, decía: "Me uno a Émile Zola, que por amor a la verdad decidió no respetar ni a la patria, ni al gobierno, ni a la propia condición". ¿No lo recuerdan? ¿No les viene a la memoria el caso Dreyfus? Entonces una minoría de franceses desplegó eficientemente durante años la batalla contra la mayoría del gobierno, contra la autoridad, contra el ejército, y triunfó. De nuestro lado, y de vez en cuando, se han hecho valer intentos similares. Pero ante el militarismo se ha revelado una revolución, la nuestra, que había que derrotar.

Qué espectáculo tener que bajar la mirada, con vergüenza, cuando esos mismos hombres —los liberales, los demócratas, los socialdemócratas—, que durante decenios, en tiempo de paz, habían protagonizado la batalla política contra el militarismo y de repente se dirigieron al pueblo alemán, a los pueblos enemigos y a los pueblos neutrales con declaraciones en las cuales afirmaban desconocer la existencia en Alemania de ningún militarismo, confesaban estar orgullosos de nuestro ejército nacional, un ejército alemán limitado, y asumían otras posiciones similares.

No acierto a saber qué ciencia puede haber por detrás. Reformulo la pregunta: "¿Cómo es que usted no lo sabe, honorable?". No es posible que haya estado durmiendo durante todos

estos años. Lo sabe todo el mundo. Un síntoma del rápido cambio operado en el Partido Socialdemócrata, en el Democrático y en el Liberal, un pequeñísimo síntoma, ha sido el *Simplicisimus*[85], que tiene sus lectores en esos partidos, y que ha dado un giro repentino que ha permitido arrojar fango y basura sobre sus enemigos, todo ello de la forma más lúgubre y desafinada, al tiempo que trataba de otra manera, en cambio, al general, al general, al general, y al militarismo como un todo. Lo mismo ha ocurrido con toda la prensa, con los llamamientos, con todo. Y todo el mundo lo sabe.

Tranquilos, que después podrán intervenir. Si he recordado el ejemplo francés de antes de la guerra, subrayo ahora que tampoco faltan los hombres que en Inglaterra, durante el conflicto, han apuntado hacia su propia patria. Ahí está, por ejemplo, el admirable Bernard Shaw. No sé si conocen sus escritos. Los alemanes no hemos quedado al margen de sus críticas. Ha inventado —creo que ya estaba en circulación en 1914— el espléndido término *Potsdamnation*, que puede traducirse como "nación de Potsdam" y como "condenación de Potsdam". Los ingleses también han fustigado el mercantilismo, el sistema entero imperante en su patria, el propio gobierno, y debo confesar que nosotros alemanes tendríamos que barrer primero nuestra casa. No he sido capaz de identificar los defectos de Inglaterra como lo ha hecho Bernard Shaw en su condición de ciudadano del país, de la patria propia. Tarea importante esa para nosotros. Somos nosotros quienes mejor nos conocemos a nosotros mismos. Igual que, si se me permite la comparación, los judíos somos los únicos autorizados a ser insuperablemente antisemitas: los que mejor pueden conocer y exprimir los defectos del propio pueblo somos los que hemos crecido con él. Otro tanto puede predicarse de nosotros, los alemanes, inmersos en un sentimiento de culpa que invita a expresar sin piedad, no aquello que cualquier extranjero podría observar desde el exterior, sino lo que nos quema dentro donde sentimos, en

85. Nombre de un semanario satírico de notable éxito.

el corazón; es algo que *in nuce* todo alemán lleva consigo, como una culpa, algo que solo puede superarse desde dentro, a través de una renovación, a través de una regeneración de todo nuestro ser, a través de la audacia, de la audacia del carácter.

Se ha planteado una pregunta: "¿Pero qué es lo que podemos hacer bajo el dominio de la censura?". Se le ha preguntado también a Kurt Eisner qué hacía en tal o cual año. Ha respondido que estaba en la cárcel. Nos hemos permitido bramar: "¿Por qué ha estado en la cárcel?". Alguno ha respondido: "¡A causa de la huelga!". Como si la huelga no tuviese ninguna relación con estas cosas, como si durante la oleada de huelgas no hubiese pronunciado ningún discurso, ni en público ni en privado. Por si no lo saben, puedo afirmar que durante años Kurt Eisner, con su incomparable obstinación, ha contribuido a preparar la revolución paso a paso, con la voz y con la escritura. En los modestos debates desarrollados aquí en Múnich —ahora se puede hablar libremente de la historia de la revolución— reunió a su alrededor a un pequeño grupo, un pequeño núcleo de hombres convencidos, conscientes y decididos, y sembró una semilla que pronto maduró. Los demás se mantenían alerta según su estado de ánimo y de carácter. Cuando se abrieron las puertas de los cuarteles se les dijo: "¡Hermanos, bajad a las plazas, haceos ver!". Y se reunieron sin que antes hubiesen sabido o deseado nada concreto, en sentido positivo o negativo.

Los otros, los ciudadanos, dejaron de lado su condición psicológica, de tal forma que, primero en donde fue fundada la república de Baviera, y después en toda Alemania, nada del viejo régimen quedó en pie, realmente nada. Sus exponentes habían muerto o estaban vivos solo en apariencia; eran y no eran. En el momento decisivo no había nadie dispuesto a apoyar ese fantasma, de tal manera que el ídolo, refunfuñando, se diluyó en la nada, que es lo que siempre había sido.

Sucedió que los pocos que primero habían percibido qué significaba la revolución y más adelante la habían hecho realidad, ahora sabían qué es lo que querían. Las masas, sin embargo, tanto las que estaban al margen como las que participaban

con entusiasmo y pasión, habiendo actuado solo por instinto y estado de ánimo, quizás por odio hacia el régimen detestable que las había conducido a la ruina, no sabían cómo continuar. En este punto creo que sucedió que, con pasión, entusiasmo, sinceridad y generosidad inigualables, estas personas dijeron a los responsables de la revolución: "Bien. La habéis hecho, la habéis sentido, la habéis salvado con vuestro ingenio y con vuestra conciencia y conocimiento; ahora mostrad el camino, queremos seguir, queremos escuchar, queremos reencontrar aquella coherencia que durante decenios hemos dejado que nos robasen". El espectáculo que se ha producido en Alemania después del primer acto de la revolución, según mi más íntimo convencimiento, no habría sido posible en ningún otro país. Quienes estaban sorprendidos, incluso espantados, al poco se recuperaron y le dijeron, incluso le gritaron, al mundo: no ha pasado nada; primero debemos votar para elegir una asamblea nacional; nada está preestablecido, y en derecho el pueblo debería reunirse y decidir; hay que plantear si la revolución se ha realizado respetando el derecho. ¿La reconocemos? ¿Queremos la república, como piden los revolucionarios, o queremos algo diferente? ¿Queremos que regrese la dinastía bávara? Todo eso debe decidirse en el seno de la Asamblea Nacional. Estoy convencido de que hay profesores de buena fe que no desean hacer mal alguno, que creen que todo debe cobrar cuerpo por vía legal.

Pero la revolución se separa del derecho y crea uno nuevo que no opera mientras existe la propia revolución; el nuevo derecho será perfilado e instituido por una fuerza creadora. En este punto nadie se pregunta ya si es una mayoría del pasado la que es su depositaria o hay que invocar más bien la totalidad del futuro, una totalidad que durante decenios y siglos ha vivido por completo aislada, como los profetas solitarios, y recae ahora, quizás, en un pequeño grupo. Son el futuro y la totalidad los que se muestran siempre compendiados en la revolución. Y quienes hoy se dan aires de mayoría son las fuerzas del pasado, aquellas que, aunque exhiben todavía vitalidad, están ya muertas, como el viejo sistema. La revolución parirá partidos.

De ello se han percatado los partidos burgueses, que no por casualidad han cambiado sus hábitos el 9 y el 10 de noviembre[86]. Pero no es posible presentarse con un nuevo vestido para crear un nuevo partido. Aunque tal vez caiga en la trampa una buena parte del pueblo alemán, políticamente ignorante, no es necesario que sea así. Me gustaría que la revolución avanzase de la manera más justa, más pacífica y más breve posible, pero si tuviese que suceder que en la próxima Asamblea Nacional o en el parlamento de Baviera emergiese una mayoría del viejo sistema que hoy no existe, estaremos sin más ante una señal de que el camino será más incierto y largo.

No lo digo como advertencia, y menos aún como amenaza: estas cuestiones me resultan por completo ajenas. Lo digo porque conozco a los revolucionarios y conozco las revoluciones, porque sé que una revolución no da marcha atrás. Quien retrocede, quien alberga dudas, en la medida en que es sincero, no se ve atraído por la revolución, o al menos no se ve atraído por completo por ella. Pero la esperanza —lo digo abiertamente— es que incluso entre quienes hayan sido elegidos por los partidos, sobre la base de cualquier consigna trivial, haya alguno que en contacto con los revolucionarios se abra interiormente y se haga permeable y receptivo a lo nuevo y a lo auténtico, a la justicia y a la libertad. Por amor de la paz, esperamos alcanzar rápidamente los cimientos tranquilos del futuro al que aspiramos. Si, no obstante, ello no es posible, el lema mayor recogido en nuestra bandera no será *paz y orden*, sino mundo nuevo, espíritu nuevo, pueblo nuevo, nueva condición social. Comoquiera que nosotros, los alemanes, somos los últimos en materia de revoluciones, el escenario impone un último deber: ríe mejor quien ríe el último, quien a la postre hace la revolución debe hacerla a fondo y por completo. Lo que ha surgido de la revolución francesa —la democracia occidental, la república de las bolsas— no puede constituir nuestro modelo, nuestra meta. Ante nosotros está algo diferente: la nueva democracia.

86. Momento del inicio de la revolución alemana.

Pues bien. Los pensamientos que ayer expuso nuestro excelso primer ministro, Kurt Eisner, el jefe de la revolución, son novísimos para nosotros. Alguien podría avenirse a sostener que si los siguiésemos regresaríamos a una suerte de sistema de representación corporativa, ya superado por la propia revolución liberal. Hablo del caso de que regresásemos a las corporaciones, a los gremios y a instancias de ese cariz. Ese horizonte no me asusta. Sé que la historia, lentamente, va hacia adelante, y que entre tanto gira en torno a sí misma. Sé también que, aunque retornásemos a las corporaciones como forma de organización de todo el pueblo, se trataría de algo extremadamente distinto de lo que el mundo ha conocido ya en el pasado en materia de representación gremial. En lo que a mí respecta, permítanme una observación personal: me produce una gran alegría saber que yo y Kurt Eisner, a quien tuve la oportunidad de conocer durante la guerra, llegamos al mismo resultado a través de caminos diversos y de lenguajes diferentes. Pienso en la obra de un hombre —Konstantin Frantz, el federalista— que mencioné ya antes de la guerra y que el profesor Foerster ha recomendado con insistencia durante esta última. Frantz ha desarrollado la crítica más dura del sistema electoral y del parlamentarismo como un todo tal y como uno y otro se han hecho valer hasta ahora. Más aún, y de la mano de algo que debería aplicarse también al sistema proporcional, ha demostrado que el sistema electoral introducido por Bismarck no representa de hecho a la mayoría del pueblo, tanto más cuanto que los electos se hallan por completo separados de sus electores durante dos, tres o cinco años. Creo que la cuestión decisiva es la siguiente: si el hombre no está solo, no es un individuo aislado, lo que llamamos *nueva democracia* se encuentra en estrecha conexión con el elemento más espiritual e importante de cuantos están presentes en el interior de lo que llamamos *socialismo*. El hombre es un animal social, pero no en el sentido genérico que remite al conjunto del pueblo o a la humanidad europea como nexo que une a todos los individuos singulares: las sociedades existen solo

como sociedades de sociedades que se articulan desde abajo. De la misma forma que el hombre vive en el seno de la familia propia, otro tanto debe suceder con la comunidad y sus corporaciones. A partir de aquí debe verificarse una nueva articulación hacia arriba. El hombre que está solo es un ser perdido, un ser expuesto, ante todo, a un sinfín de formas de demagogia. El hombre debe organizarse en unión con los otros, debe recibir su estímulo, debe actuar de consuno. Hay que acabar con la figura de los individuos aislados que salen de casa y se encaminan a la cabina electoral, en la que encuentran preparada la urna, con el agujero en el que deslizan la papeleta, para después regresar a casa. Todo esto es ridículo y constituye una señal de que después de la gran época cultural de la Europa medieval llegó la época de la disolución, de tal forma que la renovación, la autenticidad, la grandeza, la síntesis deben salir a la luz. Luego del transcurrir de los siglos, ahora el socialismo, que apenas ha iniciado su revolución, está llamado a recrear en la convivencia humana general la articulación, la relación recíproca, la recomposición y la corporación. Esto es al menos lo que yo pienso en relación con una democracia de tipo nuevo, la próxima, al amparo de hombres que tomen decisiones en sus asambleas colectivas de pertenencia común, que envíen delegados de tal suerte que estos últimos permanezcan siempre en contacto con el pueblo constituido en asambleas articuladas por sectores de adscripción, asambleas que no funcionen de forma autónoma con respecto al pueblo y contra este.

Se objetará que se trataría ante todo de un vínculo espiritual, algo inaceptable. Pero de la misma forma que en el seno del pueblo todos están aislados, son nada, son unidades simples, otro tanto ocurre trágicamente en el terreno del espíritu, de la genialidad, de los artistas, de los sabios, de los profetas. Aunque aislados, han interiorizado lo que significa el pueblo —lo diré así—, de tal manera que en ellos ha quedado resumido lo que este es, concretado en la más alta expresión artística y profética. Claro es que están suspendidos en el vacío. Cuando,

por el contrario, el espíritu regrese al pueblo, conoceremos tiempos muy distintos: al excavar en lo profundo, el espíritu ejercerá su influencia sobre el pueblo, explotando los filones mejores gracias al instinto del propio pueblo, gracias a sus necesidades, gracias a su sencillez, gracias a la prodigalidad. Aprecio en lo que acaba de iniciarse —en lo que en términos revolucionarios se llama consejos de obreros, de soldados, de campesinos, como en todas las revoluciones— la articulación de todo el pueblo en corporaciones orgánicas. Veo en todo ello la renovación de un parlamentarismo decadente, lamentable e indigno, que ha desaparecido, ha muerto y ha sido sepultado, derrotado por la revolución, y que no reaparecerá en forma alguna, con Asamblea Nacional o sin ella.

No tenemos necesidad de ninguna dictadura de los partidos. Necesitamos nuevos objetivos, nuevos caminos, una democracia de tipo nuevo, un desarrollo de tipo nuevo, necesitamos —y espero que pronto la obtendremos— una adhesión unánime a la revolución, al menos del lado de las masas trabajadoras, empobrecidas y olvidadas, las masas de todos los estratos sociales. Revolución significa espíritu nuevo. Y, a decir verdad, ¿no es, quizás, un espíritu nuevo, auténtico, creativo, unificador, lo que ha permitido que lo que han preparado unos pocos a través de la revolución se refleje en el pueblo entero? Miren al profesor Quidde. Lo conozco, lo respeto, es un hombre honorable en todo y para todo, un hombre abierto como pocos lo son en su partido; ya no es muy joven, como por lo demás me ocurre a mí, pero todavía está dispuesto a aprender. Pero si el profesor Quidde, historiador y experto en derecho público, junto a todos los demás especialistas en esa materia, incluidos los más radicales, hubiese reflexionado durante años, decenios o siglos, de la manera más profunda, nunca habría resulto un problema singular: ¿cómo se liberará Alemania de sus 22 dinastías reinantes?

¿Cómo llego a esa conclusión? Siempre han dicho: "Ciertamente la revolución. Pero nuestra Constitución es así y entre nosotros no puede haber una revolución. No podéis acabar

con el emperador, no es el emperador, es solo el rey de Prusia, que también es emperador, y después está el rey de Baviera y el de Württenberg, y hacia abajo hasta llegar a Greiz-Schleiz-Lobenstein". El problema no puede resolverse científicamente y de hecho no ha sido resuelto desde la ciencia: ha sido resuelto desde el espíritu. El espíritu es algo muy diferente de la ciencia. Hay espíritu cuando el saber, el sentir y el querer se funden en una unidad y actúan. Eso es lo que ha sucedido. Que los protagonistas hayan sido simples soldados, proletarios o mujeres, que hasta ese momento carecían de derecho alguno en el interior del Estado, no importa. Los ha invadido el espíritu, el espíritu de los utópicos, de los visionarios, de los idealistas, o como queramos llamarlos, que eran objeto de mofa, que siempre han vivido aislados, al margen de cualquier partido; cualquiera que haya sido su número, y en donde se encontrasen, eran los aislados y, de repente, cuando los tiempos han madurado, la profecía se ha convertido en realidad. Y si ustedes reconocen todo esto —por ello no hablo en nombre de un partido singular—, si lo reconocen, podemos olvidar todo lo demás, la herencia del pasado que todos llevamos en las espaldas. Cada cual está llamado a acabar con el partido que lleva dentro de sí, a brindar con modestia por la revolución diciendo: "Sí, no lo había imaginado, sí, algo nuevo me ha asaltado, pero no algo que procede del exterior. Se trata de algo escondido y sepultado en mí mismo que ahora debe salir a la luz, algo de lo que me quiero ocupar, que quiero elaborar". Esto puede decirlo cualquiera, en cualquier lugar en que se encuentre. Y quien lo afirma no tiene necesidad de agregar que se arrepiente. No tiene necesidad de afirmar que se había equivocado. Basta con que diga: "Sí, voy con vosotros, sí, esa es también mi vida, sí, ahora siento que en mí crece un poco de alegría". Quien diga eso, con independencia de dónde haya militado en el pasado, de cómo formule las cosas su partido, quien lo declare, lo diga y lo desee, es bienvenido a la revolución, y puede ayudar y colaborar. Quien, por el contrario, haya permanecido indiferente y, a la vieja usanza, quiera salvar a su

partido, quiera defender sus intereses y preferencias, todo un pasado viciado y muerto, no pertenecerá a la revolución y no podrá colaborar con ella aunque su opción resulte mayoritaria en el parlamento. En tal caso la revolución deberá pasar por encima de las mayorías parlamentarias.

DE 'DAS PETROLEUM-WELTMONOPOL' (EL MONOPOLIO MUNDIAL DEL PETRÓLEO), 1895

Solo hay dos opciones para los consumidores: si la primera es paliativa, la segunda constituye una medida radical que, desgraciadamente, tiene pocas posibilidades de ser llevada a la práctica.

La medida paliativa consistiría en limitar el consumo de petróleo. En especial en los alrededores masificados de las grandes ciudades, las asociaciones de inquilinos podrían presionar a los propietarios para que instalen conductos y luces de gas, o incluso sistemas de luz eléctrica. Si estas medidas adquiriesen relieve, los cambios serían importantes. Aunque la diferencia con respecto al pasado fuese reducida, al menos habría que concluir que el alumbrado no dependería tanto del petróleo y de los circuitos que lo controlan. Y, sin embargo, nadie sabe lo que nos espera. Las asociaciones de consumidores y de inquilinos por lo común no consiguen otra cosa que respuestas unificadas y fuertes del lado de los explotadores.

No puede esgrimirse ningún argumento contra los sindicatos de consumidores. Son extremadamente importantes,

siquiera solo sea para dejar claro cuáles son los límites. Debemos asumir, de todos modos, que el éxito de los sindicatos de inquilinos a la hora de reducir la dependencia con respecto al petróleo tendrá sin más un carácter parcial y provisional. Si por un lado conseguirá que el petróleo sea más barato, por el otro se traducirá probablemente en un gas más caro.

La medida radical consistiría en interferir entre los *verdaderos* productores de petróleo. Hablo de las masas de trabajadores en los pozos. Una huelga general mundial de trabajadores del petróleo, apoyada por los consumidores de todos los países, permitiría acabar con los potentados y rebajar los precios. Su triunfo mejoraría las condiciones de vida de los trabajadores.

Por desgracia, las posibilidades de poner de acuerdo a las dos más importantes organizaciones de trabajadores del petróleo son escasas: los trabajadores estadounidenses apenas están por la labor, en tanto los rusos languidecen bajo un gobierno despótico. Además, los trabajadores deberían ir a la huelga e intentar acabar con la arrogancia y el dominio de los explotadores, no, al menos en primera instancia, de resultas de sus propios intereses, sino en virtud de los de los consumidores. Hay, en fin, una última dificultad: incluso si, con enormes sacrificios, la huelga pudiera cobrar cuerpo, los pozos seguirían siendo propiedad privada de los capitalistas, que podrían configurar otros órganos directores cuya presencia exigiría desarrollar una nueva huelga, y más adelante otra... El proceso proseguiría hasta que los oprimidos —los trabajadores y los consumidores por igual— llegasen a la conclusión de que una lucha gradual contra la concentración de capital es inútil y carece de sentido.

Como quiera que el capital está concentrado, no basta con fruncir el ceño: hay que hacer sonar con fuerza el silbato. En otras palabras, la sociedad debe ascender a un nivel nuevo en el cual ni la tierra ni los medios de producción sean propiedad privada, y en el cual nadie se vea explotado o se vea excluido de la sociedad pudiente.

DE 'ANARCHISMUS-SOZIALISMUS' (ANARQUISMO-SOCIALISMO), 1895.
Traducción de Giuseppe Maio

Estas pocas palabras dicen a todos aquellos que no se encuentran atrapados por los dogmas de partido que anarquismo y socialismo no son en absoluto contrapuestos, sino que se condicionan mutuamente. El auténtico trabajo cooperativo, la verdadera comunidad, solo pueden existir en régimen de libertad, y la libertad de la persona, a su vez, no es posible si los bienes necesarios para la vida no se producen a través del acuerdo fraterno. Desde luego, hay que defenderse siempre de las afirmaciones falaces de la socialdemocracia; para esta socialismo y anarquismo estarían en contradicción entre sí, hostiles "como el fuego y el agua".

DE 'VON ZÜRICH BIS LONDON' (DESDE ZÚRICH A LONDRES), 1896.
Traducción de Giuseppe Maio

Solo en Alemania existe un partido obrero disciplinado y rígido, donde las grandes masas fueron educadas para obedecer a rajatabla la voluntad de los dirigentes, que están sentados en las plantas altas de un verdadero partido-ejército. Para entenderlo, piénsese que Alemania goza de la triste fama de ser el primero entre los países monárquicos y militaristas. Un espíritu cesarista y militarista, asociado con el carácter dependiente y dócil de las masas, lamentablemente está presente en gran medida incluso en los estratos populares más bajos, explotados hasta el extremo tanto desde el punto de vista social como desde el político y económico: sin más rodeos, tenemos que admitir que la socialdemocracia alemana, de modo verdaderamente diabólico, entendió a la perfección cómo construir, sobre la base de este temperamento sumiso del pueblo y esta dependencia de las masas, una férrea dominación de partido, reprimiendo repetidamente todo germen de libertad y revuelta.

DE 'VON ZÜRICH BIS LONDON' (DESDE ZÚRICH A LONDRES), 1896. Traducción de Giuseppe Maio

Electores: he aquí la palabra que, sobre todo en el exterior, tanta impresión suscita, mientras que se ha vuelto la desgracia y la auténtica maldición del movimiento obrero alemán. En Alemania, la táctica de la socialdemocracia ha colocado el parlamentarismo en el centro de los intereses políticos, de modo que toda acción autónoma del proletariado, todo esfuerzo de enriquecimiento teórico, toda batalla de principio y sobre todo la lucha sindical, han quedado paralizados y arrinconados en el fondo. La acción de la socialdemocracia no mira sino a recoger votos, y la campaña electoral se utiliza para instrumentalizar, con todos los medios de la demagogia, a las masas ignorantes, para que en el secreto de la urna concedan su voto al candidato socialdemócrata. Durante la campaña la propaganda socialista queda reducida al mínimo, y lo mismo sucede con la contestación de la propiedad privada y de toda forma de explotación y opresión.

DE 'VON ZÜRICH BIS LONDON' (DESDE ZÚRICH A LONDRES), 1896. Traducción de Giuseppe Maio

Por lo demás, la socialdemocracia reniega de los principios del socialismo no solo durante la campaña electoral, cuando se dirige a las pasiones desenfrenadas de un pueblo ignorante, sino también durante los trabajos parlamentarios, cuando asume totalmente el punto de vista de la sociedad burguesa. Y nada hace para ocultarlo. Últimamente, los dirigentes socialdemócratas han repetido que en el parlamento se conforman con proponer simples reivindicaciones radical-burguesas-democráticas. No quieren en absoluto predicar los principios del socialismo a oídos incapaces de entenderlos.

DE 'ZUR ENTWICKLUNGSGESCHICHTE DES INDIVIDUUMS' (SOBRE LA HISTORIA DEL DESARROLLO DEL INDIVIDUO), 1896

La sociedad nunca ha sido "inventada". El hombre la ha recibido de sus predecesores animales. Ya Aristóteles describía al hombre como un *zoon politikón*, como un animal social. Voy más allá en mi tesis: la sociedad estaba ya presente mucho tiempo atrás, antes de que el *individuo* naciese, porque el individuo —me explayaré sobre esto de manera detallada en un nuevo artículo— no es sino una idea en el espíritu del hombre.

DE 'REISE-EINDRÜCKE' (VIAJES-IMPRESIONES), 1897

La anarquía del futuro solo llegará si los hombres del presente son anarquistas y no meros partidarios del anarquismo. Hay una gran diferencia entre el hecho de ser partidario del anarquismo y el hecho de ser un anarquista. Cualquier filisteo, o cualquier pequeñoburgués, puede ser, por lo demás, partidario de un edificio teórico cualquiera; es necesaria una transformación de la esencia de los individuos o, al menos, una completa subversión, de tal forma que la convicción interior acabe por convertirse en algo vivido en la realidad.

DE 'EIN PAAR WORTE ÜBER ANARCHISMUS' (DOS PALABRAS SOBRE EL ANARQUISMO), 1897. Traducción de Giuseppe Maio

Los oprimidos muestran en todo caso gran simpatía por nuestra vanguardia y el más profundo respeto. Esto se puede ver por doquier, incluso en Alemania, entre las masas socialdemócratas. Aunque no consideren posible o útil adherirse al anarquismo, amplios sectores de la clase obrera se han alegrado, secreta

o abiertamente, de que haya anarquistas. En segundo lugar, de mis observaciones se desprende que nosotros, a pesar de nuestro escepticismo inicial, somos unos optimistas incorregibles, pues, de manera distinta de los individualistas de viejo cuño, creemos en el altruismo y en la capacidad de desarrollo del género humano. Precisamente por esto no nos confiamos a héroes solitarios o autócratas, sino que queremos una sociedad anarquista, una convivencia entre individuos basada en la libre unión y el respeto de la razón. O, dicho en términos económicos: queremos el socialismo.

DE 'WESEN UND AUSSICHTEN DES REVOLUTIONARISMUS' (ESENCIA Y PERSPECTIVAS DE LAS IDEAS REVOLUCIONARIAS), 1899.
Traducción de Giuseppe Maio

La socialdemocracia aspira, entre otras cosas, precisamente a este modelo de militancia y ciertamente estará de acuerdo con este principio fundamental. Mientras tanto, sin embargo, aquellos que no son responsables de que el renacimiento profundo y radical de la sociedad tarde en llegar deben seguir trabajando con energía y valor. A nosotros, que antaño llevábamos la revolución en el corazón, nos toca continuar sirviendo fielmente a la amada secreta, aun si debemos darle otros nombres. Hay que crear organizaciones económicas basadas en el apoyo mutuo, contando con todos los que quieran y puedan hacerlo; educar para la autonomía y la iniciativa individual; organizar la vida de forma independiente y valiente; promover la revuelta contra toda forma de autoritarismo; hacer tabla rasa de las chatarras y de la podredumbre del pasado que se insinúa en el presente bajo la forma de instituciones amenazantes y todavía poderosas. Hay tanto que hacer consigo mismo y con los demás que no puede uno desesperarse por haber nacido casualmente en una época que muestra una cara distinta de la que debería mostrar.

DE 'WESEN UND AUSSICHTEN DES REVOLUTIONARISMUS' (ESENCIA Y PERSPECTIVAS DE LAS IDEAS REVOLUCIONARIAS), 1899.

Traducción de Giuseppe Maio

Desde la aparición del *Manifiesto comunista*, hace más de cincuenta años, lo que se entiende por revolución en el contexto de los partidos revolucionarios —más adelante veremos el estado de la cuestión— en ocasiones se expresa como deseo mientras que en otras suele reconducirse a una futura necesidad social. Sea como fuere, nos hallamos delante de una curiosa señora que puede permitirse celebrar el quincuagésimo año de servicio aún antes de nacer.

Brevemente, se debe únicamente al derecho penal el que la revolución futura se haya envuelto en un velo mágico y aparezca rodeada por una neblina perfumada. Dado que no es oportuno hablar de ella abiertamente, ha quedado la duda de si con el término se alude al desarrollo del proceso de producción, a la transformación de las clases sociales, al progreso de la técnica y las organizaciones económicas o a algo parecido. Ese lenguaje sugerente y críptico frecuentemente fue tomado al pie de la letra por los nuevos adeptos, que lo hacen suyo de la forma más seria: se trata de aquellos con menos experiencia, aquellos que no pueden acceder a los misterios más profundos del culto y que siguen hablando de revolución con extrema tranquilidad de ánimo, entendiendo con el término la conocida teoría del desarrollo hacia el *Estado del futuro*. Al contrario, los sacerdotes que tienen que avivar la llama del marxismo siempre entendieron por revolución el momento de la sublevación violenta y la toma del gobierno por parte del Partido Socialdemócrata apoyado por las grandes masas del proletariado, de modo que el socialismo, cuyas condiciones económicas ya estarían dadas, podría decretarse por ley. Toma del poder político, o sea dictadura revolucionaria.

DE 'DURCH ABSONDERUNG ZUR GEMEINSCHAFT' (POR LA SEPARACIÓN A LA COMUNIDAD), 1901

Para aquellos de nosotros que consideran que forman parte de una vanguardia, la distancia con respecto al resto de la humanidad se ha hecho enorme. No estoy pensando en la distancia que separa a las gentes que suelen describirse como educadas, por un lado, y a las masas, por el otro. Hay trabajadores que están mucho más cerca de la vanguardia que los filisteos instruidos. Hay que entender bien quién pertenece realmente a la vanguardia. Y no es una cuestión de conocimiento o habilidad, sino de perspectiva y orientación. La posición social del individuo que forma parte de la masa se deriva de una herencia que determina su condición desde fuera y desde dentro: pertenece a cierta familia y a cierta clase, adquiere cierto conocimiento y se adhiere a determinada fe, se orienta hacia determinada profesión, es protestante o católico, se convierte en un patriota alemán o inglés, trabaja como comerciante o como editor de periódicos. Autoridad, costumbre, moralidad, tiempo y clase definen su existencia.

En nuestros días, sin embargo, se revela una nueva generación alejada de la tradición. Podemos clasificar a sus miembros de diferentes maneras, y hablar de socialistas y anarquistas, de ateos y gitanos, de nihilistas y románticos. Algunos de ellos han intentado, con entusiasmo, provocar la sublevación de las masas, hacer que estas despierten, purificarlas, levantar en ellas la ira y la indignación, hacer saber a sus integrantes la belleza y el esplendor que les esperan, y organizar a las gentes en nuevos sindicatos de carácter social y económico. Otros han buscado caminos diferentes: han convertido la vida en un juego y han procurado, para sí mismos, lo más bello y exquisito. Se han convertido en grandes solitarios o en pequeños hedonistas.

Me cuento entre quienes han ido al encuentro de las masas. Mis camaradas y yo hemos vuelto. Algo hemos perdido en el camino en materia de partidos y de desesperación. Hemos traído a otros con nosotros. Somos conscientes de los sacrificios.

Y estamos lejos de ser comprendidos. Hemos desarrollado un sentido de la claridad que las gentes, en su confusión cotidiana, no están en condiciones de aprehender. Nuestras almas ya no pueden tolerar la confusión. La conclusión es que debemos dejar de bajar a las masas. En lugar de ello, debemos colocarnos delante de ellas. En primera instancia parecerá que nos alejamos. Pero solo podremos alcanzar la comunidad que necesitamos si nosotros —la nueva generación— nos separamos de las viejas comunidades. Si llevamos adelante de forma radical esa separación y si, como individuos separados, nos permitimos bucear en las profundidades de nuestro ser y alcanzar el núcleo de nuestra más oculta naturaleza, encontraremos entonces la comunidad más antigua y completa. Una comunidad en la que se una no solo toda la humanidad, sino la naturaleza entera. Quien descubra en su interior esa comunidad será bienaventurado y feliz, de tal forma que retornar a las comunidades al uso, arbitrarias, hoy existentes resultará imposible.

DE 'ANARCHISTISCHE GEDANKEN ÜBER ANARCHISMUS' (PENSAMIENTOS ANARQUISTAS SOBRE EL ANARQUISMO), 1901

Me conocería mal quien pensase que preconizo la quietud o la resignación, la renuncia a la acción y al compromiso en el mundo. ¡No! Deseo ardientemente que nos unamos, que actuemos en favor del socialismo municipal, de las colonias cooperativas, de las cooperativas de consumo o de vivienda; que creemos jardines y bibliotecas públicas, que dejemos las ciudades, que trabajemos con espadas y palas, que reduzcamos la vida material a lo esencial para así ganar espacio para el lujo del espíritu; que nos organicemos y nos instruyamos, que actuemos para crear nuevas escuelas y para propiciar la unión entre los niños. Pero todo ello no hará sino ratificar los eternos hábitos de ayer si no se hace valer con un espíritu nuevo y a partir de territorios interiores nuevamente conquistados. [...] Únicamente aquellos

hombres que no solo no soportan la situación general y las instituciones, sino que no se soportan ya a sí mismos, conocerán la gran época que está por venir.

DE 'DREIßIG SOZIALISTISCHE THESEN' (TREINTA TESIS SOCIALISTAS), 1907.
Traducción de Giuseppe Maio

Por esto, no debemos cansarnos de repetir que el Estado no es el país. El país es la tierra, nada más: el otro significado, tergiversado y falsificado, nació y fue aceptado tan solo cuando los señores ya no eran señores, sino que querían seguir siéndolo. La tierra es asunto de los campesinos y sus asociaciones, los constructores de casas y los inquilinos, las asociaciones registradas en el catastro (si las hubiera, aunque por amor del catastro en verdad no se necesita un Estado territorial) y los municipios. Todas estas entidades quedan recogidas en lo que en buen alemán se llama un *ente*. Ente local, o distrito, es una asociación de nivel municipal. El Estado no existe para defender el país. Todo lo contrario. Siempre hay que defender el país y el hogar doméstico precisamente porque existen los Estados.

DE 'DREIßIG SOZIALISTISCHE THESEN' (TREINTA TESIS SOCIALISTAS), 1907.
Traducción de Giuseppe Maio

Así era el Estado étnico del que hemos hablado, así era el municipio de la edad media: pero no el Estado. Este no habita en el corazón y en el alma de sus súbditos. Nunca el Estado se ha vuelto una característica individual, nunca una verdad, nunca una verdadera ilusión. Desde el ocaso de la edad media, el Estado intentó inútilmente sustituir a las repúblicas ciudadanas, a las ligas, los gremios y las cofradías, las comunidades de aldea, las obras y las corporaciones, todas realidades en desuso.

La ilusión auténtica infunde su espíritu en todo lo que roza. Dio forma, vida y belleza a las antiguas ciudades, las casas, los utensilios; por contra, el Estado no posee espíritu alguno, nunca infundió belleza a algo, todo lo dejó o lo transformó en frío y sin vida. La luz de la libertad otorga necesariamente forma a las cosas inanimadas; la forma, que en los seres vivos es relación y unión en un organismo superior, se torna necesidad con el sentimiento de la libre voluntad. La forma y la falta de forma del Estado significan, por el contrario, coerción y violencia.

DE *DIE REVOLUTION* (*LA REVOLUCIÓN*), 1907.
Traducción de Pedro Scaron

Quien comprenda esto me seguirá si, aplicando a nuestro caso este conocimiento, que pronto nos será nuevamente necesario, afirmo que cada ser humano tiene tras sí un pasado de innumerables pueblos y de innúmeros apogeos de la más alta, altísima, civilización. Así, por ejemplo, los hotentotes se remontan, a través de sus antepasados, a periodos de civilización que por cierto no conocemos, pero de los que *a priori* sostenemos, tenemos que sostener, que diez veces, veinte veces —no hay barreras para la fantasía: preguntad a los geólogos y los químicos— igualaron en valor cultural a los más brillantes periodos de griegos o egipcios.

DE *DIE REVOLUTION* (*LA REVOLUCIÓN*), 1907.
Traducción de Pedro Scaron

Debemos abandonar la costumbre de hablar de la antigüedad; hemos de renunciar también a la venerable palabra *antiguo*. Con anterioridad al mundo grecorromano y a su vara, podemos distinguir muchos otros periodos de civilización, ninguno de los cuales se consideró a sí mismo como un principio ni como un fin: todo tiempo se halla en el medio de la eternidad.

Debemos abandonar ese punto de vista acerca del tiempo, conforme al cual somos el centro de gravedad de todos los periodos anteriores. Mucho mejor haríamos si no aplicásemos ninguna designación temporal a la división de la historia, pues la categoría del tiempo está demasiado emparentada en nuestra mente con la de casualidad.

DE *DIE REVOLUTION* (*LA REVOLUCIÓN*), 1907.
Traducción de Pedro Scaron

Como la humanidad tiene por lo menos algunos miles de siglos —esto es seguro; solo admitiré que debe ser mucho más vieja cuando se me den las razones para ello—, podemos tranquilamente considerar como contemporáneos a los hombres del miserable par de milenios del que algo sabemos. Para esta división no habrá épocas diferentes, radicalmente separadas unas de las otras, sino distintas modalidades dentro de este pequeño capitulo conocido de la historia de la humanidad.

DE *DIE REVOLUTION* (*LA REVOLUCIÓN*), 1907.
Traducción de Pedro Scaron

Jamás ha habido individuos aislados: la sociedad es más vieja que el hombre. A los tiempos de disolución, declive y decadencia les está reservado el crear algo así como individuos atomizados y aislados: parias, que no saben a qué pertenecen. Quien despertaba a la vida en la edad cristiana no lo hacía tan solo en medio de la vaga generalidad o de la diminuta comunidad familiar: era miembro de las múltiples agrupaciones y corporaciones que se interpenetraban mutuamente, permaneciendo cada una, empero, autónoma. Era, si vivía en la ciudad, miembro de su calle o callejuela independiente; luego de su parroquia o de su barrio; finalmente de la comunidad urbana como un todo. La ciudad, a través de sus compradores o de las rígidas

disposiciones del mercado, que hacían imposible el agio de los acaparadores, velaba por los víveres, provenientes del campo o aun de más lejos, ante todo por la sal y los cereales. Era un miembro del gremio, que compraba en común la materia prima y a menudo vendía los productos también en común. Si litigaba o cometía un delito, su caso era tratado por el tribunal gremial.

DE *DIE REVOLUTION* (*LA REVOLUCIÓN*), 1907.
Traducción de Pedro Scaron

¿De dónde procede entonces el enorme poder del tirano? No de la coacción exterior de tipo corriente, pues cuando se enfrentan dos ejércitos de igual fuerza, el uno impulsado por el afán de poder y el otro en defensa de su libertad, vence este. No; su poder proviene de la servidumbre voluntaria de los hombres.

¿De dónde saca tantos ojos para vigilarlos, si vosotros no se los prestáis? ¿Cómo puede tener tantas manos para apresaros, si no las recibe de vosotros? ¿De dónde extrae su poder sobre vosotros, si no de vosotros mismos? ¿Cómo podría perseguirlos, si no estuviesen en convivencia con él? ¿Qué podría haceros, si no fuerais los encubridores del ladrón que os roba, los cómplices del asesino que os mata, si no os traicionaseis a vosotros mismos? (La Boétie).

¿Cuál es el origen, entonces, de este hecho sorprendente? El impulso hacia la libertad existe en la propia naturaleza, y si los animales conocieran las jerarquías y dignidades, venerarían la libertad de la aristocracia. La explicación es la siguiente: en un momento dado, por un ataque exterior o por ardides, los hombres perdieron la libertad. Llegan entonces quienes no la han conocido y no saben cuán dulce es. La costumbre es la que nos ha enseñado a ser siervos, pues la naturaleza tiene en nosotros menos poder que la costumbre: "Por bueno que sea lo natural, se pierde si no se hacen esfuerzos para mantenerlo; nosotros cambiamos de acuerdo a lo que es nuestra nutrición,

y esta puede ser de múltiples tipos, pese a la naturaleza". Así como los árboles frutales sostienen frutos ajenos, pendientes de ramas que se les han injertado, así llevan los hombres la falta de libertad. Los hombres solo saben que son súbditos: así ha sido siempre, dicen. "Sobre la base del largo tiempo transcurrido se hacen a sí mismos propiedad de quienes los oprimen bajo el yugo; pero los años jamás otorgan el derecho de hacer el mal: solo acrecientan la injusticia" (repito aquí estas palabras para mostrar cómo Languet, que las hace suyas, tiene que haber conocido este escrito). Hay, es cierto, quienes a causa de su nacimiento están mejor dotados que los demás; estos, si en sí mismos tienen una mente lúcida y la mejoran por el estudio y la ciencia, aunque la libertad esté completamente perdida en el mundo, la experimentan en su fantasía y la rastrean en su espíritu. Pero no se conocen entre sí: han sido despojados de la libertad de expresión y de acción; permanecen aislados en su mundo espiritual.

Otro motivo de la comunidad de la servidumbre es que esta enerva y ablanda a los hombres. Los tiranos han hecho lo imposible por difundir la lujuria, la disipación, la voracidad y el juego, y por volver afeminados a sus pueblos.

En tercer lugar, la monarquía ha usado la religión para sus fines y se ha aliado a los sacerdotes: la corona fue ceñida de milagros y el rey con la aureola de la santidad y la divinidad. "El pueblo ha inventado siempre las mentiras a las que posteriormente ha prestado crédito".

Cuarto: entre el rey y el pueblo se ha incrustado una jerarquía que quiere enriquecerse a costa de ambos, y de ellos surge que la tiranía aporta ganancias a un número de personas casi tan grande como el de quienes quieren la libertad.

DE *DIE REVOLUTION* (*LA REVOLUCIÓN*), 1907.
Traducción de Pedro Scaron

El desarrollo del comercio y las manufacturas ha fortalecido entre tanto a la burguesía; el tercer estado quiere completar

integralmente la atomización y ahondar el individualismo. Subsisten restos de la época de la estructuración y de las federaciones, restos que han degenerado en privilegios o que resultan estorbos en el camino: la organización por estamentos es destruida; los gremios, abolidos; las tierras comunales —vestigios bien conservados de la antigua propiedad común—, divididas; las asociaciones profesionales, disueltas y proscritas. Porque el ciudadano debe estar libre y desembarazado, y no solo en su conciencia; no basta que cada uno haya de contribuir de igual manera al mantenimiento del Estado y deba ser tratado por este igual que cualquier otro individuo. En esta época, al lado de la consigna de libertad e igualdad hay otra, que a los oídos de esos hombres suena como si fuera la misma: libertad y propiedad. El Estado, por medio de sus leyes y de la independencia del poder judicial, por medio de las garantías y seguridades jurídicas, así como de la separación entre el ejecutivo y el legislativo, debe asegurar la absoluta libertad de comercio y de empresa. Solo deben existir ciudadanos y Estado. No debe tolerarse ningún tipo de asociación al margen del Estado, y ni siquiera el Estado puede entrometerse en la libertad de la propiedad.

DE *DIE REVOLUTION* (*LA REVOLUCIÓN*), 1907.
Traducción de Pedro Scaron

En realidad, no fue La Boétie. Fueron los revolucionarios quienes por vez primera editaron su escrito, quienes atribuyeron a este el feliz nombre de *le Contr' un*. *Le Contr' un*, el contra uno, es el pueblo constituido por personas que, movidas por un impulso individual soberano, retiran su adhesión al uno y con ello se liberan de la condición servil. Este segundo descubrimiento se llama el no-Estado, *le Contr' État*. Se ha comenzado a percibir que junto al Estado existe una comunidad: no una suma de átomos individuales, sino una asociación orgánica que se alza como una bóveda aparte de los diversos grupos. No se conoce todavía nada, o se conoce muy poco, acerca de esta formación supraindividual, preñada de espíritu, pero un día se sabrá que el socialismo no es

la invención de algo nuevo, sino el descubrimiento de algo que ya existe y se propaga. Y entonces, cuando se hayan descubierto los sillares adecuados, se dispondrá también de constructores.

DE *DIE REVOLUTION* (*LA REVOLUCIÓN*), 1907.
Traducción de Pedro Scaron

Si no estuviera condenado a redactar este escrito ahora, en 1907, cuando nos hallamos precisamente en medio de los acontecimientos que quiero describir, o si tuviera el poder de modelar las cosas tal como yo quisiera, o si al autor le fuera permitido servirse de un lenguaje utópico, podría expresarme así: esas dos orientaciones, surgidas ya en el comienzo de las revoluciones estatales de los siglos XVII y XIX, dieron su impronta a las revoluciones e intentos de construcción del siglo XX. A una orientación, llamada *política*, se adhirieron todos los partidos; se esforzaron por organizar el Estado constitucional, absoluto y democrático, no solo con el fin de brindar seguridad mutua a los ciudadanos, sino, además, con el propósito de terminar con la pobreza, la prostitución y el desamparo. La segunda tendencia, llamada *socialista*, sostenía que con el descubrimiento de la sociedad, de la acción reciproca, libre y voluntaria de las fuerzas de la convivencia, al Estado solo le restaría una tarea: adoptar las medidas tendentes a su propia extinción y dejar libre el espacio para la estructuración infinitamente múltiple de alianzas, organizaciones y asociaciones, que se aprestaban a reemplazarlo, y a reemplazar también el individualismo —carente de sentido, plan y espíritu— en la economía, la producción y la circulación.

DE *DIE REVOLUTION* (*LA REVOLUCIÓN*), 1907.
Traducción de Pedro Scaron

Señalé antes, por anticipado, que al espíritu de alianza le correspondía un día optar entre el Estado y la sociedad, esto es,

entre ese sucedáneo de la comunidad, el poder político, y la asociación. Señalé también que ambos, otrora separados, hoy se hallan promiscuamente entremezclados. No habrá de tratarse de una separación abstracta, sino real, a través de la destrucción y el espíritu creador. Lo que Étienne de La Boétie recomendó practicar contra el uno, contra el rey —deserción y resistencia pasiva—, será practicado contra ese uno que se llama Estado. Se reconocerá entonces que no es la forma estatal la que trae consigo la servidumbre, sino que han sido la servidumbre y la prostitución de sí mismo, lo más sucio entre lo impuro —la desconfianza hacia el hombre, orientada no solo contra los demás, sino especialmente contra uno mismo a través de la forma estatal—, las que han colocado a la forma de la dominación, de lo exterior, de lo muerto, en el lugar del espíritu, de lo interior, de la vida.

DE *DIE REVOLUTION* (*LA REVOLUCIÓN*), 1907.
Traducción de Pedro Scaron

Somos como átomos dispersos, y en vez de producir bienes para el consumo producimos mercancías —bienes despojados de relaciones— a fin de ganar dinero; este no es un simple medio de cambio, instituido en beneficio de nuestra comodidad común, sino un repulsivo monstruo; de los valores ficticios con los cuales los propietarios se despojan mutuamente más vale ni hablar. Ejércitos de desposeídos tienen que estar a la orden de quienes no procuran crear la riqueza del pueblo, sino la suya privada. Y otros ejércitos, compuestos primordialmente por los mismos desheredados, deben asegurar a las naciones los mercados de colocación de sus productos —o acrecentar esos mercados— e imponer la paz con las armas en la mano, dirigidas contra el propio pecho. Todos los adelantos científicos y técnicos, por prodigiosos que sean, están subordinados a un sistema social decadente; de ahí que todo perfeccionamiento de los medios de trabajo, todo aligeramiento de este, deteriore la condición de los trabajadores.

DE 'DIE GEBURT DER GESELLSCHAFT' (EL NACIMIENTO DE LA SOCIEDAD), 1908. Traducción de Giuseppe Maio

Nosotros, alemanes, aunque desde hace tiempo ya no somos un pueblo verdaderamente dichoso (como lo fuimos en la edad media), tenemos bonitas palabras para definir esta alegría: animado, jovial, exuberante. De este modo se expresa algo comprimido, que desborda y hierve, que dispone un orden completo en sí y en el mundo, y que arregla cualquier cosa: se trata de algo que ha roto sus cadenas. Pero el sentimiento de felicidad de la revolución no expresa tan solo una reacción contra la opresión del pasado, ni refleja únicamente el hecho de que en la revolución se halla una vida rica, intensa, casi rebosante: lo fundamental es que los hombres se sienten liberados de la soledad, aprecian la pertenencia común, sus relaciones, incluida su pertenencia a una masa.

DE 'DER ERSTE MAI' (EL PRIMERO DE MAYO), 1909

Aquello de lo que hemos sido testigos durante los últimos veinte años como una nueva forma de celebración del Primero de Mayo nada tiene de rupturista ni de feliz, y apenas nada tiene de natural. Es un evento sin color, artificial e institucionalizado, que no produce alegría alguna. Y, sin embargo, la gente se aferra a él de forma fanática. En ocasiones intentan conectarlo con un antiguo día festivo para darle un aire tradicional. La cosa, con todo, no funciona.

La decisión del Congreso Socialista Internacional de París de 1889 de manifestarse un día al año en defensa de las demandas de los trabajadores —en particular la jornada de ocho horas— es propia de un movimiento que carece de iniciativa, espontaneidad y vitalidad. Da cuenta de un movimiento que ha sustituido esas virtudes con la disciplina y la organización. [...]

Aún más inútil y peligrosa fue la idea de combinar la manifestación anual previamente establecida y una huelga general anualmente convocada. Lo que distingue a la revolución —y este es el único significado verdadero que puede tener una huelga general— de la guerra es que la guerra es un fenómeno estatal. Como tal puede ser preparada, puede ser objeto de entrenamiento y, hasta cierto punto, puede preverse de la mano de simulacros. La revolución, por su parte, es una repentina interrupción de la vida común, un tiempo de desorden que no puede prepararse ni planearse (y en particular no puede acometerse cada año). Quienes demandan un desorden ordenado una vez al año con una duración de un día, o bien se dejan engañar o bien engañan a otros. Los simulacros de guerra son para los ejércitos. Para el proletariado solo existe el juego de la revolución.

DE 'DAS DRITTE FLUGBLATT. DIE SIEDLUNG' (TERCER FOLLETO. EL ASENTAMIENTO), 1909

Vosotros, proletarios de la gran ciudad, tendréis que acostumbraros a la idea de lo que significa un pueblo socialista, con talleres y factorías, con praderas, campos y jardines, con ganado, rebaños y pollos, por ajena y extraña que pueda pareceros en primera instancia. Es el único camino que nos queda para empezar a realizar el socialismo. Este último es el retorno al trabajo natural, representa la conexión natural y multifacética de todas las actividades, es la unión del trabajo intelectual y del manual, del artesanado y de la agricultura, de la educación y el trabajo, de este último y del juego. ¡Pensad en cómo crecen hoy vuestros hijos! ¡En el horror del trabajo infantil en el capitalismo! ¡En el carácter alienante de las escuelas de estas horas, que producen corazones vacíos y mentes estériles! ¡En cómo se revelará la unión de trabajo, ocio y educación —incluidas las ciencias más avanzadas— en los asentamientos rurales! [...]

Mucha gente no aprecia alternativas a la vida que lleva. Una vez que el cambio haya llegado ya no será necesario que nuestras horas de descanso se prolonguen lo más posible y regatear cada una de ellas. El trabajo y el ocio se convertirán en partes del fluir natural de la vida. La vida cotidiana se transformará. Vuestra personalidad crecerá, como las rocas, como las montañas, altas y fuertes. Una nueva vida llegará. Dispondréis de horas para vosotros y compartiréis con todo el mundo, dentro de la comunidad, las horas que os corresponden. La comunidad se ha creado para vosotros y para los demás.

DE *AUFRUF ZUM SOZIALISMUS* (*LLAMAMIENTO AL SOCIALISMO*), 1911.
Traducción de Diego Abad de Santillán

El capitalismo, por lo demás, no ha cumplido la amable demanda evolutiva de transformarse lenta y valientemente en socialismo; no ha hecho tampoco el milagro de parir, en su ruidoso derrumbamiento, el socialismo. ¿Cómo habría de hacer milagros el principio de lo malo, de la opresión, del expolio y de la rutina filistea? El espíritu que debe ser rebelión hace milagros en estos tiempos en los que la apatía se convierte en una plaga maligna; los ha hecho cuando cambió en una noche la estructura del imperio alemán, convirtiendo la forma estatal sagrada, inviolable, de los profesores universitarios alemanes en un episodio pretérito de los *junkers* rurales y de los magnates del acero de Alemania. El derrumbamiento está ahí, la salvación solo puede traerla el socialismo, que no ha crecido ciertamente como flor natural del capitalismo, sino que está, como heredero e hijo pródigo, ante las puertas tras las que se corrompe el cadáver de su padre antinatural; el socialismo, que no puede ser aplicado al cuerpo de la sociedad como un traje de fiesta en un punto culminante de la riqueza nacional y de la economía floreciente, debe ser creado en el caos, casi de la nada.

DE *AUFRUF ZUM SOZIALISMUS* (*LLAMAMIENTO AL SOCIALISMO*), 1911.
Traducción de Diego Abad de Santillán

Pues solo puede darse una revolución política. No serviría para ayudar a las masas esclavizadas si no sacara de ellas el afán de rebelión contra el abatimiento social y la miseria económica; pero la transformación de las instituciones sociales, de las condiciones de la propiedad, del tipo de economía, no puede venir por el camino de la revolución. Desde abajo solo se puede sacudir, destruir, abandonar; desde arriba, incluso por parte de un gobierno revolucionario, no se puede más que conservar y mandar. El socialismo debe ser construido, debe ser instituido, debe ser organizado con un nuevo espíritu. Ese nuevo espíritu se manifiesta poderosa y vehementemente en la revolución; las marionetas se convierten en seres humanos; los filisteos oxidados se vuelven capaces de conmocionarse; todo lo que está firme —hasta las opiniones y las negaciones— oscila; de la razón que solo se preocupaba por lo suyo nace el pensamiento racional, y millares de personas se sientan o se agitan sin descanso en su habitación y meditan por primera vez en su vida planes para conseguir el bien común; lo bueno se hace accesible a todos; lo increíble, el milagro, se acerca al dominio de lo posible; la realidad habitualmente oculta en nuestras almas, en las figuras y ritmos del arte, en las creencias de la religión, en el ensueño y en el amor, en la danza de los miembros y en el fulgor de la mirada, pugna por hacerse real.

DE *AUFRUF ZUM SOZIALISMUS* (*LLAMAMIENTO AL SOCIALISMO*), 1911.
Traducción de Diego Abad de Santillán

Llegados a este punto, resumamos de antemano: lo que he dicho en el llamamiento que sigue, y lo que he dicho siempre en mis artículos de la revista *Der Sozialist*, que les sirven de

complemento (1909-1915), es que el socialismo es posible y necesario en cualquier forma de economía y de técnica: que no está ligado a la gran industria del mercado mundial, que necesita tan poco la técnica industrial y comercial del capitalismo como la concepción de donde ha surgido ese monstruo; que, dado que debe comenzar, y la realización del espíritu y de la virtud no llegan nunca de manera masiva y normal, sino solo como sacrificio de unos pocos y floración de los precursores, tiene que despegarse de la estrechez de sus condiciones, mediante la pobreza y la alegría del trabajo; que nosotros, en su favor, para nuestra salvación y para el aprendizaje de la justicia y de la comunidad, debemos regresar al campo y a una unión de industria, agricultura y artesanado, y a lo que nos ha enseñado Piotr Kropotkin acerca de los métodos de cultivo intensivo de la tierra y de la asociación del trabajo, también de la asociación del trabajo intelectual con el manual, en su libro, ahora de enorme importancia, *Campos, fábricas y talleres*; a las nuevas figuras de la cooperativa, del crédito y del dinero: todo eso hay que ponerlo a prueba ahora en momentos de máxima necesidad. Puede ser experimentado con un placer creador; la necesidad exige, voluntariamente, pero bajo la amenaza del hambre, un nuevo impulso y una nueva construcción, sin los cuales estamos perdidos.

DE *AUFRUF ZUM SOZIALISMUS* (*LLAMAMIENTO AL SOCIALISMO*), 1911.
Traducción de Diego Abad de Santillán

Los Estados con sus fronteras, las naciones con sus contradicciones, son sucedáneos del espíritu de la comunidad y del pueblo, que no existe. La idea de Estado es un espíritu artificiosamente elaborado, un falso delirio, al amparo de objetivos que no tienen nada que ver unos con otros, que no tocan tierra, como los hermosos intereses del idioma y de las costumbres comunes, y que aparejan entre sí y con un determinado territorio los intereses de la vida económica (y hemos visto ya la clase

de vida económica que se da hoy). El Estado, con su policía y todas sus leyes e instituciones reguladoras de la propiedad, existe por la voluntad de los seres humanos como miserable suplantación del espíritu y de las uniones para objetivos determinados. Y los seres humanos deben existir, por añadidura, para el Estado, que simula ser algo así como una estructura ideal y un fin en sí mismo, es decir, de nuevo un espíritu. Espíritu es algo que mora de la misma manera en los corazones y en los cuerpos dotados de alma de los individuos; algo que, conforme a una necesidad natural, como una cualidad unificadora, brota de todos y lleva a todos a la unión. El Estado no mora nunca dentro de los individuos; no se ha convertido nunca en cualidad individual, no ha sido nunca algo voluntario. Pone el centralismo de la obediencia y la disciplina en lugar del centro que rige el mundo del espíritu; este centro es el latido del corazón y el pensamiento libre y propio dentro del cuerpo viviente de la persona. En otros tiempos hubo comunidades, asociaciones tribales, gremios, hermandades, corporaciones, sociedades, y todas se estratificaban formando una sociedad. Hoy en día existen la coacción, la letra de la ley, el Estado.

Y ese Estado, que por lo demás no es nada, para ocultar esa nada se viste engañosamente con el manto de la nacionalidad. Y esa nacionalidad, que es una cosa delicada, espiritual, entre los seres humanos, mistificadoramente ligada a una comunidad de tierra, no tiene nada de común y no existe. Ese Estado, pues, quiere ser un espíritu y un ideal, un más allá, un algo incomprensible, por el cual han de matarse entre sí millones de individuos de manera entusiasta y embriagados de muerte. Esa es la forma más extrema, la suprema forma de la falta de espíritu, que se ha instaurado, porque el verdadero espíritu de la asociación ha desaparecido y ha sucumbido. Digámoslo nuevamente: si los seres humanos no tuviesen esa horrible superstición en lugar de la verdad viviente de la unión natural del espíritu, no podrían vivir, pues se ahogarían en la vergüenza y la infamia de esa caricatura de vida y de esa desunión, se convertirían en polvo como barro desecado.

DE *AUFRUF ZUM SOZIALISMUS* (*LLAMAMIENTO AL SOCIALISMO*), 1911.
Traducción de Diego Abad de Santillán

El socialismo es un movimiento cultural, es una lucha por la belleza, por la grandeza, por la plenitud de los pueblos. Nadie puede entenderlo, nadie puede guiarlo, a no ser alguien que comprenda que el socialismo viene de hace centurias y milenios. El que no conciba el socialismo como un amplio camino de una larga y difícil historia no sabe nada de él. Y eso quiere decir —oiremos más sobre ello— que ningún político ordinario puede ser socialista. El socialista abarca el conjunto de la sociedad y del pasado; siente y sabe de dónde venimos y determina en consecuencia a dónde vamos.

Esa es la característica del socialista, en contraposición con el político: que va al conjunto; que abarca nuestras condiciones en su totalidad, en su transformación; que piensa lo general. Se sigue de ello que rechaza la totalidad de nuestras formas de vida, que no tienen en mente otro objetivo que realizar que el todo, lo general, lo fundamental.

No solo lo que rechaza, no solo lo que se propone alcanzar constituye para el socialista algo general y muy amplio; sus medios tampoco pueden aferrarse al individuo; los caminos por los que avanza no son caminos laterales, sino principales.

El socialista, pues, debe ser en el pensamiento, en el sentimiento y en la voluntad alguien que ve el todo, alguien que reúne lo múltiple.

DE *AUFRUF ZUM SOZIALISMUS* (*LLAMAMIENTO AL SOCIALISMO*), 1911.
Traducción de Diego Abad de Santillán

¿Qué nos enseña esa ciencia del marxismo? ¿Qué afirma? Afirma que conoce el futuro; presume de tener una comprensión tan profunda de las leyes eternas de la evolución y de los

factores condicionantes de la historia humana, que sabe lo que va a suceder y cómo marchará en lo sucesivo la historia, lo que surgirá de nuestras condiciones y de nuestras formas de producción y de organización.

Nunca se han malentendido de manera más ridícula el valor y el significado de la ciencia; nunca se han burlado tan vilmente de la humanidad y, sobre todo, de la humanidad desheredada, espiritualmente oprimida y atrasada, con una imagen distorsionada por un espejo deformador de esa naturaleza.

Aquí no se está hablando todavía del contenido de esa ciencia, de la supuesta marcha de la humanidad que los marxistas quieren haber descubierto; aquí se trata solamente de desenmascarar, escarnecer y rechazar la arrogancia desmedidamente torpe según la cual hay una ciencia que puede adivinar, calcular y determinar el futuro con seguridad a partir de los datos de las noticias del pasado y a partir de los hechos de las condiciones del presente.

DE *AUFRUF ZUM SOZIALISMUS* (*LLAMAMIENTO AL SOCIALISMO*), 1911. Traducción de Diego Abad de Santillán

Es cierto. Uno se resiste ante un absurdo tan ejemplar, pero esa es indudablemente la verdadera opinión de Karl Marx: el capitalismo desarrolla enteramente al socialismo a partir de sí mismo; el modo socialista de producción *florece* a partir del capitalismo; ya tenemos la cooperación, ya estamos por lo menos en el camino de la propiedad común de la tierra y de los medios de producción; finalmente, no hace falta más que expulsar al par de propietarios que queden todavía. Todo lo demás ha florecido a partir del capitalismo. Pues el capitalismo, que es el progreso, que es la sociedad, es también el socialismo. El verdadero enemigo son "las clases medias, los pequeños industriales, el pequeño comerciante, el artesano, el

campesino". Pues todos ellos trabajan por sí mismos y tienen, a lo sumo, un par de ayudantes y de aprendices. Esa es la chapuza, la empresa enana; pero el capitalismo es la uniformidad, el trabajo de millares en un solo lugar, el trabajo para el mercado mundial, y eso es la producción social y el socialismo.

Esa es la verdadera doctrina de Marx: cuando el capitalismo ha vencido enteramente sobre los restos de la edad media, el progreso queda sellado y el socialismo ya está, por decirlo así, ahí.

¿No es significativo, desde el punto de vista simbólico, que la obra básica del marxismo, la biblia de esa especie de socialismo, se llame *El capital*? A ese socialismo capitalista oponemos nuestro socialismo y decimos: el socialismo, la cultura y la unión, el intercambio justo y el trabajo alegre, la sociedad de sociedades solo podrá venir cuando despierte un espíritu, un espíritu como el que han conocido el periodo cristiano y el periodo precristiano de los pueblos germánicos, y cuando ese espíritu termine con la incultura, la disolución y la ruina, que, hablando económicamente, se llama capitalismo.

Así se encuentran dos cosas opuestas una frente a la otra en toda su crudeza.

A un lado el marxismo, a otro lado el socialismo.

DE *AUFRUF ZUM SOZIALISMUS* (*LLAMAMIENTO AL SOCIALISMO*), 1911.
Traducción de Diego Abad de Santillán

El marxista auténtico, si no se ha vuelto vacilante y no ha comenzado a hacer concesiones (todos esos individuos hundidos llevan haciendo concesiones hace ya mucho tiempo), no quiere saber nada de cooperativas campesinas, de cooperativas de crédito, de cooperativas obreras, aun cuando prosperen y lleguen a tener grandes proporciones; le entusiasman más, por el

contrario, los grandes almacenes capitalistas, en los que se ha aplicado tanto espíritu de organización para lo improductivo, para el robo y la usurpación, para la venta de bienes inútiles. ¿Pero se ha ocupado alguna vez un marxista de este problema grande y decisivo: qué se produce para el mercado mundial, qué se guarda para los consumidores? Siempre fija su mirada en las formas externas, superficiales, accesorios de la producción capitalista, a las que llama producción social, y de las que tenemos que hablar ahora.

DE *AUFRUF ZUM SOZIALISMUS* (*LLAMAMIENTO AL SOCIALISMO*), 1911.
Traducción de Diego Abad de Santillán

La veneración sin límites que muestra ante la técnica el compadre amante del progreso nos ilumina sobre la procedencia de ese marxismo. El padre del marxismo no es el estudio de la historia, no es tampoco Hegel, no es Smith, ni Ricardo, ni ninguno de los socialistas anteriores a Marx; tampoco es una coyuntura temporal democrático-revolucionaria; menos todavía la voluntad y el deseo de cultura y de belleza entre los seres humanos. El padre del marxismo es el vapor.

Hay ancianas que hacen profecías con la borra del café. Karl Marx hizo profecías con el vapor.

Lo que Marx consideró como algo semejante al socialismo, como la etapa preparatoria inmediata a este último, no era otra cosa que la organización de la planta productiva suscitada por las exigencias técnicas de la máquina de vapor dentro del capitalismo.

Allí se encontraron, pues, dos formas completamente distintas de centralización: la centralización económica del capitalismo —el rico, que absorbe hacia sí como centro todo el dinero, todo el trabajo posible— y la centralización técnica de la empresa —la máquina de vapor, que necesita tener próximas a ella el centro de fuerza, tanto las máquinas de trabajo como

los seres humanos que trabajan, y por eso ha creado las grandes empresas fabriles y una compleja división del trabajo—.

DE *AUFRUF ZUM SOZIALISMUS* (*LLAMAMIENTO AL SOCIALISMO*), 1911.
Traducción de Diego Abad de Santillán

El capitalismo y el Estado deben confluir: ese es en verdad el ideal del marxismo. Y si no quieren oír hablar de ideal, les decimos: esa es la tendencia de desarrollo que han descubierto, y que quieren apoyar. No ven que la enorme violencia y la vacuidad burocrática del Estado son necesarias solo porque nuestra vida colectiva ha perdido el espíritu, porque la justicia y el amor, las asociaciones económicas y la multiplicidad floreciente de los pequeños organismos sociales han desaparecido. No ven nada de toda la honda ruina de estos tiempos nuestros; el progreso es su alucinación; la técnica progresa; lo hace naturalmente en la acción; lo hace en muchas épocas de cultura, aunque no siempre —hay también culturas sin progreso técnico—, y lo hace en particular en los tiempos de decadencia, de individualización del espíritu y de atomización de las masas. Y por eso decimos que el verdadero progreso de la técnica, junto con la abyección efectiva de estos tiempos, es —para hablar otra vez de manera marxista a los marxistas— el fundamento material y efectivo de la superestructura ideológica, es decir, de la utopía del socialismo evolutivo de los marxistas. Pero dado que no es solo la técnica progresiva la que se refleja en su pequeño espíritu, sino también las demás tendencias de la época, el capitalismo es para ellos progreso, el Estado central es para ellos progreso. No es mera ironía que apliquemos aquí a los propios marxistas el idioma de su así llamada *interpretación materialista de la historia*. Ellos también han tomado de otra parte esa consideración histórica, y nosotros estamos en disposición, ahora que la hemos llegado a conocer, de decir con más claridad que nunca dónde la encontraron. A saber: en ellos mismos.

DE *AUFRUF ZUM SOZIALISMUS*
(LLAMAMIENTO AL SOCIALISMO), 1911.
Traducción de Diego Abad de Santillán

Los límites de la técnica, tal como esta ha sido integrada hoy en el capitalismo, han sobrepasado los de la humanidad. La vida y la salud de los obreros no importan mucho (no hay que pensar aquí solo en máquinas; recuérdense las peligrosas emanaciones metálicas en el aire de los talleres, de las fábricas de tóxicos, el envenenamiento del aire sobre ciudades enteras); la alegría de vivir y la comodidad de los trabajadores durante su trabajo no importan nada.

Los marxistas y las masas obreras que están bajo su influencia dejan fuera de toda consideración lo mucho que se diferenciará, en este sentido, la tecnología de los socialistas de la de los capitalistas. La tecnología deberá regirse enteramente, dentro de un pueblo de cultura, conforme a la psicología de los seres humanos libres que quieran servirse de ella. Si los trabajadores deciden por sí mismos en qué condiciones quieren trabajar, concertarán un acuerdo entre el periodo de tiempo que desean quedar fuera de la producción y la intensidad del trabajo que quieren realizar dentro de la producción. Los seres humanos pueden ser muy distintos. Los unos trabajarán muy rápida y enérgicamente, para luego disfrutar o descansar largas horas. Los otros no querrán rebajar ninguna hora del día a su tarea; querrán estar cómodos en el trabajo y disfrutar con él; querrán hacer suya la divisa *apresúrate despacio* y adaptarán la técnica a esa naturaleza suya.

DE *AUFRUF ZUM SOZIALISMUS*
(LLAMAMIENTO AL SOCIALISMO), 1911.
Traducción de Diego Abad de Santillán

Proudhon sabía lo que sabemos hoy en día de nuevo los socialistas: que el socialismo es posible en todos los tiempos y que

en todos los tiempos es imposible; que es posible cuando existen los seres humanos que necesita, que lo quieren, es decir, que lo hacen. Y que es imposible cuando los seres humanos no lo quieren, o solo lo quieren, pero no lo realizan. Pero Proudhon no fue escuchado. En lugar de oírlo a él, se ha escuchado a otro que ha enseñado la falsa ciencia que hemos examinado y rechazado: la que dice que el socialismo es la coronación de la gran empresa capitalista, y que solo llegará cuando unos pocos capitalistas sean los propietarios de instituciones que ya casi se habrán convertido en socialistas, de manera que será una cosa muy fácil para las masas proletarias unidas pasar de la propiedad privada a la social.

En lugar de escuchar a Pierre-Joseph Proudhon, el hombre de la síntesis, se ha escuchado a Karl Marx, el hombre del análisis, y así se ha dejado que continúe la disolución, la descomposición, la decadencia.

Marx, el hombre del análisis, ha trabajado con conceptos fijos, rígidos, aprisionados en su caparazón terminológico; con esos conceptos quería expresar y casi dictar las leyes de la evolución.

Proudhon, el hombre de la síntesis, nos ha enseñado que los conceptos cerrados solo son símbolos del movimiento incontenible; ha disuelto los conceptos en una continuidad fluida.

Marx, el hombre de la ciencia aparentemente rigurosa, era el legislador y el dictador de la evolución; se pronunció sobre ella. Y las cosas tenían que ser siempre como él determinaba. Los acontecimientos debían comportarse como un ente acabado, terminado, muerto. Por eso hay un marxismo que es una doctrina y ya casi un dogma.

Proudhon, que no quería resolver ningún problema con palabras, que en lugar de las cosas acabadas propuso movimientos, relaciones, en lugar del ser aparente, el devenir, en lugar de las toscas evidencias, la fluctuación invisible, transformó finalmente —en sus escritos más maduros— la economía social en psicología, y la psicología de la rígida psicología

individual, que hace del ser humano una cosa aislada, en psicología social, que concibe al ser humano como miembro de una corriente de devenir infinita, no separada e inefable. Por eso no hay proudhonismo, sino solo un Proudhon. Por ello lo que Proudhon ha dicho para un determinado momento puede que no tenga validez hoy en día, pues las cosas se han dejado ir durante decenios. Lo único que tiene valor es lo que hay de eterno en las ideas de Proudhon; no se puede asumir el servil intento de volver a él, ni a un momento histórico pasado.

Lo que han dicho los marxistas de Proudhon, que su socialismo es un socialismo pequeñoburgués y pequeñocampesino —repitámoslo una vez más—, es completamente verdadero y es su más alto título de gloria. Dicho de otro modo: su socialismo de los años 1848 a 1851 era el socialismo del pueblo francés de 1848 a 1851. Era el socialismo que en ese momento era posible y necesario. Proudhon no era un utopista ni un augur; no era un Fourier ni un Marx; era un hombre de acción y de ejecución.

DE *AUFRUF ZUM SOZIALISMUS* (*LLAMAMIENTO AL SOCIALISMO*), 1911.
Traducción de Diego Abad de Santillán

Los individuos independientes, que no dejan intervenir a nadie en sus asuntos; la comunidad doméstica de la familia, para la que el hogar y el huerto son su mundo; la comunidad local que es autónoma; el consejo o unión de comunidades y así sucesivamente, las asociaciones cada vez más amplias, con un número cada vez menor de tareas, eso es una sociedad, tan solo eso es el socialismo por el que vale la pena trabajar y que puede salvarnos de nuestra miseria. Vanos y erróneos son los intentos de expandir en Estados y asociaciones de Estados el régimen coercitivo de nuestros tiempos, que es un sustituto de la asociación de espíritu libre que falta, y de extender, aún más de lo extendido hasta ahora, su imperio al dominio de la economía. Ese socialismo policial que sofoca toda cualidad y actividad original

sellaría la decadencia completa de nuestros pueblos, no haría más que mantener juntos átomos completamente dispersos mediante un anillo de hierro mecánico. Los seres humanos solo accedemos a una unión de tipo natural allí donde estamos juntos en una proximidad local, en contacto real. El espíritu unificador, la asociación de varias personas para una obra común, por motivos comunes, tiene en la familia una forma demasiado estrecha y precaria para la vida en común. En la familia solo importan los intereses privados. Necesitamos un germen natural del espíritu común para la vida pública, para que la vida pública esté llena, no como hasta ahora, exclusivamente, de Estado y de frialdad, sino de un calor emparentado con el amor de la familia. Ese germen de toda vida social auténtica es la comunidad, la comunidad económica, de cuya esencia no se hace una idea nadie que quiera juzgarla conforme, por ejemplo, a lo que hoy día se llama comunidad.

DE *AUFRUF ZUM SOZIALISMUS* (*LLAMAMIENTO AL SOCIALISMO*), 1911.
Traducción de Diego Abad de Santillán

Hay muchas cosas a las que podemos adherirnos que todavía contienen algo de vida, de espíritu viviente en sus formas externas: comunidades aldeanas con vestigios de una antigua propiedad común, con los recuerdos de los campesinos y de los trabajadores del campo sobre una propiedad comunal originaria que se ha convertido desde hace siglos en propiedad privada; instituciones de economía colectiva para el trabajo del campo y del artesanado. La sangre campesina corre todavía por las venas de muchos proletarios urbanos; deben aprender a escucharla de nuevo. El objetivo, el objetivo todavía muy lejano, es ciertamente lo que hoy se llama la huelga general; la negativa a trabajar para otros, para los ricos, para los ídolos y para el absurdo. Huelga general, pero de otra especie que la huelga general pasiva de brazos cruzados, que hoy se proclama y que con

una bravuconería cuyo éxito momentáneo es muy dudoso y cuyo fracaso final es enteramente indudable, permite gritar a los capitalistas: "¡Vamos a ver quién resiste más!". Huelga general, sí, pero activa, y aquí nos referimos a otra actividad distinta a aquella que se pone también algunas veces en relación con la huelga general revolucionaria, y que, hablando llanamente, se denomina *saqueo*. La huelga general activa solo vendrá y vencerá cuando los trabajadores se hayan puesto en situación de no dar a otros una pulgada de su actividad, de su trabajo, sino de trabajar únicamente para su propio consumo, para sus verdaderas necesidades. Eso todavía está lejos; pero ¿quién ignora que no estamos ni al final ni en el medio del socialismo, sino en un primer comienzo?

BIBLIOGRAFIA SELECCIONADA

OBRAS DE GUSTAV LANDAUER EN ALEMÁN

Obras escogidas seleccionadas, junto con otros materiales, por Siegbert Wolf:

Volumen 1: *Internationalismus*, Edition AV, Lich, 2008.

Volumen 2: *Anarchismus*, Edition AV, Lich, 2009.

Volumen 3.1: *Antipolitik*, Edition AV, Lich, 2010.

Volumen 3.2: *Antipolitik*, Edition AV, Lich, 2010.

Volumen 4: *Nation, Krieg und Revolution*, Edition AV, Lich, 2011.

Volumen 5: *Philosophie und Judentum*, Edition AV, Lich, 2012.

Volumen 6.1: *Literatur*, Edition AV, Lich, 2013.

Vvolumen 6.2: *Literatur*, Edition AV, Lich, 2013.

Volumen 7: *Skepsis und Mystik. Versuche im Anschluss an Mauthners Sprachkritik*, Edition AV, Lich, 2011.

Volumen 8: *Wortartist. Roman, Novelle, Drama, Satire, Gedicht, Übersetzung*, Edition AV, Lich, 2014.

Volumen 9: Birgit Seemann: *"Mit den Besiegten". Hedwig Lachmann (1865-1918). Deutsch-jüdische Schriftstellerin und Antimilitaristin*, Edition AV, Lich, 2012.

Volumen 10: Tilman Leder: *Die Politik eines "Antipolitikers". Eine politische Biographie Gustav Landauers*, Edition AV, Lich, 2014.

Volumen 11: *Aufruf zum Sozialismus. Ein Vortrag*, Edition AV, Lich, 2015.

Volumen 12: *Friedrich Hölderlin in seinen Gedichten*, Edition AV, Lich, 2016.

Volumen 13: *Die Revolution. Textkritische Ausgabe der Erstauflage*, Edition AV, Lich, 2017.

Volumen 14: *Ein Weg zur Befreiung der Arbeiter-Klasse*, Edition AV, Lich, 2018.

Volumen 15: *Meister Eckharts Mystische Schriften. Neuausgabe der Erstauflage von 1903*, Edition AV, Lich, 2019.

OBRAS DE LANDAUER EN CASTELLANO

La revolución, Tusquets, Barcelona, 1977.

Escepticismo y mística. Aproximaciones a la crítica del lenguaje de Fritz Mauthner, Herder, Ciudad de México, 2015.

La revolución y otros escritos, Enclave de Libros, Madrid, 2016.

La revolución. Una filosofía social propia, NED, Barcelona, 2017.

Llamamiento al socialismo. Por una filosofía libertaria contra el Estado y el progreso tecnológico, El Salmón, Alicante, 2019.

Llamamiento al socialismo, Anarres, Buenos Aires, 2022.

OBRAS DE LANDAUER EN OTRAS LENGUAS

For Socialism, Telos, Candor, 1983.

La révolution, Sulliver, La Rochelle, 2006.

La Communauté par la retrait et autres essais, Du Sandre, París, 2008.

La rivoluzione, Diabasis, Parma, 2009.

Un appel aux poètes et autres essais, Du Sandre, París, 2009.

Revolution and Other Writings. A Political Reader, Merlin, Pontypool, 2010.

La comunità anarchica, Elèuthera, Milán, 2012.

Per la storia dell'evoluzione dell'individuo, Lit, Roma, 2017.

Appel au socialisme, Le Lenteur, St-Michel de Vax, 2019.

Appello al socialismo, Castelvecchi, Roma, 2019.

Esilio e anarchia. Scritti ebraici, Lit, Roma, 2019.

Una strada per la liberazione della classe lavoratrice, Les Milieux Libres, Soazza, 2021.
Call to Socialism, Uitgeverij Aspekt, Soesterberg, 2022.

MONOGRAFÍAS SOBRE LANDAUER

BRAUN, Bernhard (1991): *Die Utopie des Geistes. Zur Funktion der Utopie in der politischen Theorie Gustav Landauers*, Schulz-Kirchner, Idstein.
BUBER, Martin (dir.) (1929): *Gustav Landauer. Sein Lebensgang in Briefen* (dos volúmenes), Rütten & Loening, Fráncfort.
DELF, Hanna y MATTENKLOTT, Gert (dirs.) (1997): *Gustav Landauer im Gespräch. Symposium zum 125. Geburtstag*, Niemeyer, Tubinga.
ESPER, Thomas (1961): *The Anarchism of Gustav Landauer*, University of Chicago, Chicago.
FIEDLER, Leonard M.; HEUER, Renate, y TAEGER-ALTENHOFER, Annemarie (dirs.) (1995): *Gustav Landauer (1870-1919). Eine Bestandsaufnahme zur Rezeption seines Werkes*, Campus, Frankfurt.
KALZ, Wolf (1967): *Gustav Landauer. Kultursozialist und Anarchist*, Hain, Meisenheim am Glan.
LAUSBERG, Michael (2018): *Landauers Philosophie des libertären Sozialismus*, Unrast, Münster.
LINDENAU, Mathias (2023): *Gustav Landauer: Homme de lettres und Edelanarchist*, Europäische, Zug.
LINK-SALINGER HYMAN, Ruth (1977): *Gustav Landauer: Philosopher of Utopia*, Hackett, Cambridge.
LINSE, Ulrich (1974): *Gustav Landauer und die Revolutionszeit 1918-1919*, Kramer, Berlín.
LUNN, Eugene (1973): *Prophet of Community: The Romantic Socialism of Gustav Landauer*, University of California, Berkeley / Los Ángeles / Londres.
MATZIGKEIT, Michael (dir.) (1997): *"... die beste Sensation ist das Ewige..." Gustav Landauer – Leben, Werk und Wirkung*, Theatermuseum der Landeshauptstadt Düsseldorf, Düsseldorf.
MAURER, Charles B. (1971): *Call to Revolution: The Mystical Anarchism of Gustav Landauer*, Wayne State University, Detroit.

MENDES-FLOHR, Paul y MALI, Anya (dirs.) (2015): *Gustav Landauer: Anarchist and Jew*, De Gruyter, Berlín.

PFEIFFER, Frank (2005): *"Mir leben die Toten..." Gustav Landauers Programm des libertären Sozialismus*, Dr. Kovac, Hamburgo.

RAGONA, Gianfranco (2010): *Gustav Landauer. Anarchico, ebreo, tedesco*, Riuniti, Roma.

— (2011): *Gustav Landauer. A Bibliography (1889-2009)*, Storia e Letteratura, Roma.

STEINER, Wilfried (2021): *Gustav Landauer oder Die gestohlene Zeit: Essay*, Limbus, Innsbruck.

STEININGER, Rita (2020): *Gustav Landauer. Ein Kämpfer für Freiheit und Menschlichkeit*, Volk, Múnich.

VV AA (2018): *Gustav Landauer, un anarchiste de l'envers*, À Contretemps / Éditions de l'éclat, París.

WOLF, Siegbert (1988): *Gustav Landauer zur Einführung*, Junius, Hamburgo.

— (1992): *Gustav Landauer. Bibliographie*, Anares, Grafenau.

TEXTOS GENERALES DE ENTORNO O TRABAJOS QUE INCLUYEN CAPÍTULOS SOBRE LANDAUER

BOTZ, Gerhard *et al.* (1977): *Im Schatten der Arbeiterbewegung. Zur Geschichte des Anarchismus in Österreich und Deutschland*, Europaverlag, Viena.

BROUÉ, Pierre (1971): *Revolution en Allemagne: 1917-1923*, Minuit, París.

BUBER, Martin (2008): *Caminos de utopía*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México.

FRÖLICH, Paul *et al.* (2013): *Révolution et contre-révolution en Allemagne (1918-1920): De la fondation du Parti Communiste au putsch de Kapp*, Science Marxiste, París.

KREILER, Kurt (1978): *Die Schriftstellerrepublik. Zum Verhältnis von Literatur und Politik in der Münchner Räterepublik. Ein systematisches Kapitel politischer Literaturgeschichte*, Guhl, Berlín.

KUHN, Gabriel (dir.) (2012): *All Power to the Councils. A Documentary History of the German Revolution of 1918-1919*, PM Press, Oakland.

COLECCIÓN CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO CRÍTICO

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *Antonio Gramsci. Para la reforma moral e intelectual*
Edición de Francisco Fernández Buey
2. *Camillo Berneri. Humanismo y anarquismo*
Edición de Ernest Cañada
3. *Ernesto Che Guevara. Escritos revolucionarios*
Edición de Francisco Fernández Buey
4. *León Tolstói. Sobre el poder y la vida buena*
Edición de José Luis Gordillo
5. *Bartolomé de Las Casas. Cristianismo y defensa del indio americano*
Edición de Francisco Fernández Buey
6. *Henry S. Salt. Los derechos de los animales*
Edición de Jesús Mosterín
7. *Aldo Leopold. Una ética de la Tierra*
Edición de Jorge Riechmann
8. *Girolamo Savonarola. Tratado sobre la república de Florencia y otros escritos políticos*
Edición de Francisco Fernández Buey
9. *Martin Luther King. Un sueño de igualdad*
Edición de Joan Gomis
10. *Hans Jonas. Más cerca del perverso fin y otros diálogos y ensayos*
Edición de Illana Giner Comín
11. *Piotr Kropotkin. La moral anarquista*
Edición de Frank Mintz
12. *Flora Tristán. Feminismo y socialismo*
Edición de Ana de Miguel y Rosalía Romero
13. *Cornelius Castoriadis. Escritos políticos*
Edición de Javier Pedrol
14. *Karl William Kapp. Los costes sociales de la empresa privada*
Edición de Federico Aguilera Klink
15. *Nicholas Georgescu-Roegen. Ensayos bioeconómicos*
Edición de Óscar Carpintero

16. *Günther Anders. Filosofía de la situación*
Edición de César de Vicente Hernando
17. *Mahatma Gandhi. Política de la noviolencia*
Edición de Rubén Campos Palarea
18. *Raymond Williams. Historia y cultura común*
Edición de Alicia García Ruiz
19. *André Gorz. Crítica de la razón productivista*
Edición de Joaquín Valdivieso
20. *León Trotsky. Defensa de la revolución*
Edición de Jaime Pastor
21. *Herbert Marcuse. La tolerancia represiva y otros ensayos*
Edición de César de Vicente Hernando
22. *Vladímir Illich Lenin. El revolucionario que no sabía demasiado*
Edición de Constantino Bértolo
23. *Karl Marx. El arma de la crítica*
Edición de Joaquim Sempere
24. *Francisco Fernández Buey. Filosofar desde abajo*
Edición de Jordi Mir y Víctor Ríos
25. *Paulo Freire. Pedagogía liberadora*
Edición deTeresa García Gómez
26. *René Dubos. Pensar globalmente, actuar localmente*
Edición de Carmen Madorrán Ayerra
27. *Guy Debord. Crítica del espectáculo y de la vida cotidiana*
Edición de Diego Ruedas Torrres, Vidal Labajos Sebastián
28. *Barry Commoner. Ecología y acción social*
Edición de Jorge Riechmann e Iranzu Tellechea

Aunque la obra de Landauer se desplegó en muchos y muy dispares ámbitos –la mística, el judaísmo, la literatura, las traducciones o el periodismo–, los textos que se recogen en este libro se vinculan con la figura del filósofo de la historia, por un lado, y con la del agitador político y de conciencias, por el otro. Incluyen media docena de artículos completos, inéditos en castellano, y una selección de fragmentos extraídos de otras procedencias, y en singular de las dos obras mayores de Landauer: *La revolución* y *Llamamiento al socialismo*. En el escenario actual, el propio de un capitalismo que se antoja terminal, muchas de las originales consideraciones de Landauer parecen exhibir un renacido vigor.

GUSTAV LANDAUER

Hay muchos motivos para evitar que caigan en el olvido la vida y la obra de Gustav Landauer (1870-1919). Autor difícilmente clasificable, él mismo se describió como un anarcosocialista. En sus textos es muy poderosa, con todo, la influencia de una mística comunitaria que busca las raíces del socialismo en un hilo que conduce desde muchas de las instancias comunitarias existentes en la Europa central en la edad media hasta el presente. Recuperar ese hilo fue, al fin y al cabo, el empeño principal de la Liga Socialista creada por Landauer y, en los últimos meses de la vida de este, de los consejos obreros que defendió al calor de la revolución alemana de 1918-1919.

Enfrentado a las tesis de Marx, a la sórdida realidad de las apuestas de la socialdemocracia germana y al bolchevismo emergente, conviene subrayar que las relaciones de Landauer con el anarquismo de base proletaria fueron siempre tensas. Landauer en modo alguno fue, con todo, un pensador alejado de las luchas concretas, como lo testimonian, sin ir más lejos, su defensa del cooperativismo socialista y la posición orgullosamente antimilitarista que postuló durante la primera guerra mundial. Encarcelado varias veces, en 1893 la policía alemana describió a Landauer –no lo olvidemos– como el mayor agitador del movimiento revolucionario radical.

THEMA: DNT/JPFB/JPFC
9 788413 528298
14,5 € ISBN: 978-84-1352-829-8

CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO CRÍTICO